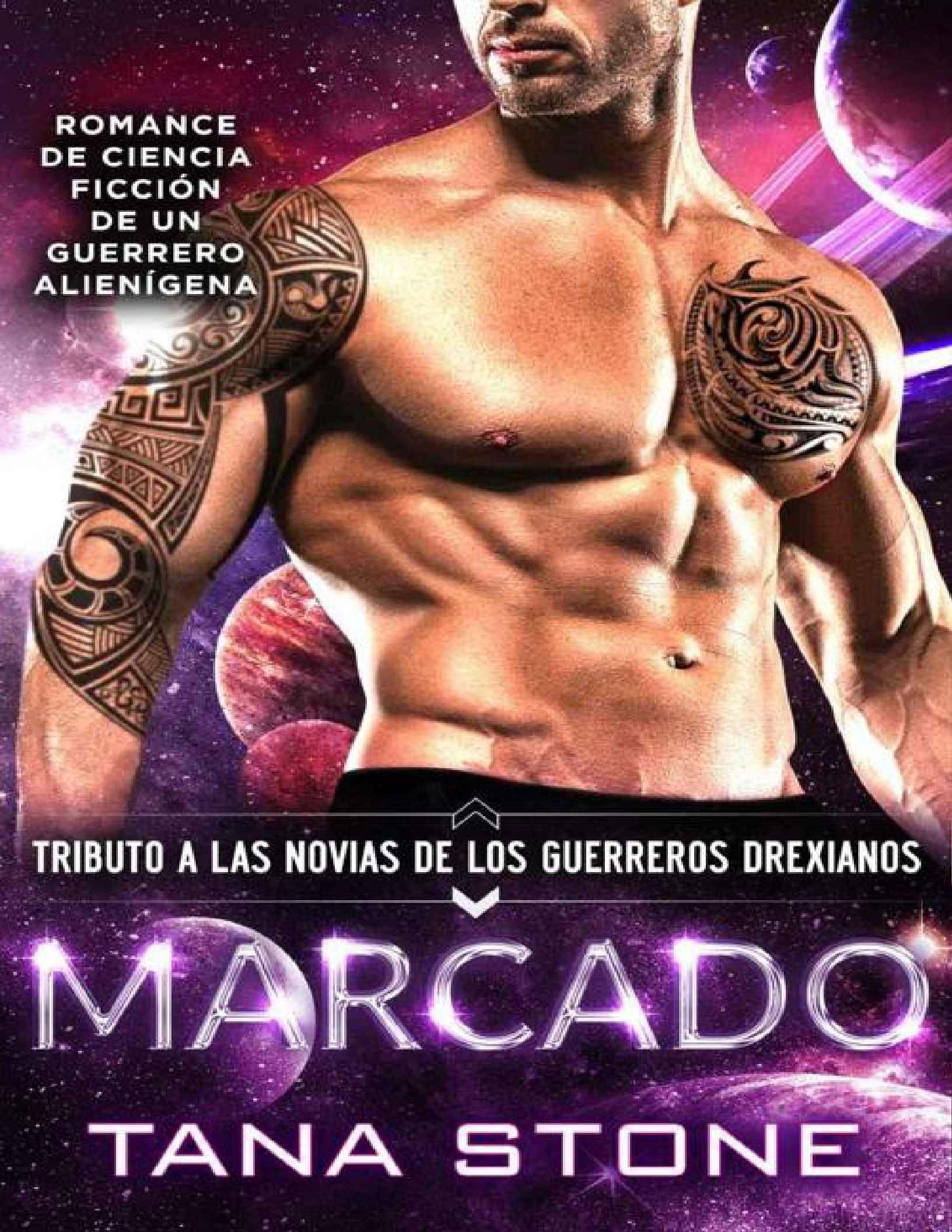




ROMANCE
DE CIENCIA
FICCIÓN
DE UN
GUERRERO
ALIENÍGENA

TRIBUTO A LAS NOVIAS DE LOS GUERREROS DREXIANOS

MARCADO

TANA STONE

MARCADO

ROMANCE DE CIENCIA FICCIÓN CON GUERREROS ALIENÍGENAS

NOVIAS TRIBUTO PARA LOS GUERREROS DREXIANOS

LIBRO DIEZ

TANA STONE

TRADUCIDO POR
LIZ GARAY

BROADMOOR BOOKS

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tana Stone](#)
[Acerca del Autor](#)

CAPÍTULO ÚNO

El capitán Brok juntó las manos a la espalda y miró por la pantalla frontal de la nave. Intentó no impacientarse, pero después de semanas buscando por la galaxia, estaba empezando a ponerse nervioso. Al mirar alrededor del puente de metal opaco y a los guerreros de la Fuerza Infernal en sus puestos, supo que ellos sentían lo mismo. Los oficiales de cabello largo, caras sin afeitar y piel tatuada no se quejaban abiertamente, pero había habido un marcado aumento de combates informales en el gimnasio, y al menos la mitad de los drexianos en el puente lucían uno o dos moretones.

Brok se tocó con un dedo el punto sensible de su propia mandíbula, un recuerdo de su primer oficial, Kalex, durante un combate *Kranji* particularmente largo y sudoroso. Su mirada se dirigió al guerrero en su consola y no pudo evitar sonreír ante el ojo morado que lucía. Sabía que ambos habían agradecido la distracción, e incluso el agudo dolor. Cualquier cosa para distraerles del aburrimiento de lo que había llegado a parecer una búsqueda interminable.

El capitán se pasó una mano por su propio cabello oscuro, que había crecido aún más durante su prolongada misión de rescate. Su tripulación de la Fuerza Infernal nunca había pasado tanto tiempo sin batalla. *Él mismo* nunca había pasado tanto tiempo sin luchar. No desde que había tomado el mando de su propia nave. La fuerza de combate de élite del imperio Drexiano estaba acostumbrada a luchar contra su enemigo en la periferia, no a perseguir humanos secuestrados. Bueno, para ser más precisos, estaban persiguiendo a una Novia Tributo y a un organizador de bodas gatazoide.

Una serie de pitidos le hicieron volver la mente al puente y su corazón latió más rápido cuando notó que una nave se acercaba. «Informe».

«Un carguero», informó uno de los oficiales, con decepción en su voz. «Parnitiana».

No tenían problemas con los parnitianos ni motivos para detener al carguero. Si tan solo la nave hubiera sido kronock, pensó Brok. Entonces tendrían la pelea que todos habían estado ansiando.

«¿Cuánto falta para que estemos dentro del alcance de Spartos?», preguntó.

Kalex se giró desde su consola y le dedicó una sonrisa torcida. «Estamos a unos cincuenta astrominutos más cerca que la última vez que preguntó».

El capitán resopló. «*Grek*».

Cuando determinaron por primera vez la posibilidad de que la hembra humana y el gatazoide

pudieran estar en Spartos, él y su tripulación se sintieron victoriosos. Había sido la primera pista concreta que habían tenido después de perder el rastro ante los piratas de Ganthar. Pero eso había sido hacía días y todavía estaban viajando hacia el lejano planeta. Un planeta que era tan misterioso para ellos como cualquier otro de la galaxia y que era conocido por ser xenófobo y cerrado para los forasteros. Y ni siquiera estaban seguros de que ahí se encontraran Serge y Madeleine.

Madeleine.

Gruñó en voz baja al pensar en la hembra humana que estaban buscando, y algunos de sus oficiales lo miraron. Aunque nunca había visto a la mujer en persona, no había podido deshacerse de su imagen desde la primera vez que la vio en la pantalla. A él y a su equipo les habían mostrado imágenes de todas las Novias Tributo que habían estado buscando, pero de alguna manera, la imagen de Madeleine había sido la que se había apoderado de él. En el momento en que vio su cabello casi negro, sus rasgos delicados y sus ojos ligeramente hacia arriba, perdió la capacidad de pensar con claridad. La humana no se parecía a ninguna que hubiera visto antes, y no es que hubiera visto muchas hembras humanas, pero había algo en sus ojos oscuros que le hizo necesitar conocer más de ella.

Los piratas de Ganthar la habían llamado despectivamente ‘la pequeña’ debido a su baja estatura, pero Brok sabía que no había nada débil en ella. Podía ver la chispa en sus ojos incluso en la imagen. Esta chispa hizo que su pulso se acelerara y su pene se hinchara.

Basta, se dijo. Ella no es tuya.

Técnicamente, ella no pertenecía a ningún drexiano. Aún no. Aun así, Brok sabía que ella nunca podría ser suya. Hacía mucho tiempo había aceptado el hecho de que nunca aceptaría una Novia Tributo. Sería mejor si un capitán de la Fuerza Infernal no tuviera distracciones. ¿Y qué hembra humana aceptaría a un guerrero con cicatrices como él, cuando había disponibles tantos drexianos jóvenes y perfectos?

Tocando con un dedo el corte que recorría un lado de su cara, se permitió imaginar un futuro en el que no hubiera sido desfigurado luchando contra los kronock. Un futuro en el que podría tomar una Novia Tributo. Un futuro en el que no estaría solo en su habitación noche tras noche, sin nada más que imágenes de la hermosa humana en su mente mientras se acariciaba.

«¿Capitán?».

Brok parpadeó un par de veces y se dio cuenta de que Kalex lo estaba mirando, esperando una respuesta a una pregunta que no había escuchado.

«Transmisión del alto mando drexiano, señor», repitió Kalex. «¿Debo pasarla al puente?».

Brok sacudió bruscamente la cabeza. «La tomaré en mi sala de estrategia».

Kalex se dio la vuelta con un solo movimiento de cabeza. «La envío».

Brok salió del puente a grandes zancadas, haciendo que sus botas resonaran en el suelo de acero y sus pies vibraran. No había nada elegante y sofisticado en las naves de guerra de la Fuerza Infernal, y esa era una de las cosas que más amaba de ellas. Disfrutaba del sonido del metal, el olor a sudor rancio y el constante rugido de los motores de la nave. Eran tan duras y toscas como

los guerreros que las tripulaban.

La habitación contigua a la que entró no era grande y contenía una mesa de ébano pulido con una sola silla y una pantalla que ocupaba la mayor parte de la pared frente a ella. Un mapa estelar transparente cubría otra pared más pequeña con puntos parpadeantes de varios colores y su ruta indicada por una línea roja brillante. El aire del interior era más fresco. Había menos cuerpos para calentarlos, y las luces eran tenues.

Brok se hundió en la silla y presionó un botón para activar la pantalla. En unos momentos, un rostro familiar llenó la pantalla.

«Alto Comandante Dorn». Brok se golpeó el pecho con el puño a modo de saludo, pero también le sonrió al drexiano con el pelo tan desgreñado como el suyo.

Dorn gruñó y le devolvió la sonrisa. «Sabes que odio los títulos, Brok. Siempre seré solo Dorn para ti».

Brok sabía que el excomandante de la Fuerza Infernal había sido arrastrado involuntariamente a un puesto en el liderazgo drexiano después de que lo asignaron en La Nave, la estación espacial de los drexianos oculta en el sistema solar de la Tierra, para que tomara una Novia Tributo. Tuvo que ocupar el puesto de su hermano mayor en el Alto Mando y luego se quedó para arreglar un lío particularmente desagradable que involucraba a un espía en el Alto Mando y traidores entre su gente. Aunque Dorn era vital para el Alto Mando, y se rumoreaba que también estaba enamorado de su novia y su inminente hijo, Brok sabía que extrañaba pelear con la Fuerza Infernal.

«Muy bien», dijo Brok. «¿Tienes noticias para mí?».

Dorn se inclinó hacia delante y sus ojos verdes brillaron. «¿Todavía vas de camino a Spartos?».

Brok dejó escapar un suspiro. «Sí. El planeta está lejos de donde rastreamos a las Tributos por última vez, aunque esperamos llegar allí pronto».

«Bien. Hemos estado recopilando información sobre el planeta, pero no hay tanta como hubiera esperado».

Brok juntó las manos delante de él. «Evitan el contacto con otras especies, aunque son capaces de viajar a velocidad warp, ¿correcto?».

«Afirmativo. Son una sociedad curiosa. Por lo que podemos ver en los informes limitados, son muy avanzados, pero desconfían de otras especies. No comparten tecnología, aunque hay rumores de que es impresionante en aspectos únicos».

Dorn vaciló mientras decía las últimas palabras, y Brok le arqueó una ceja. «¿En qué aspectos?».

«Una vez más, esto se desprende principalmente de rumores y susurros, pero los pocos alienígenas que han logrado interactuar con los spartosianos, o incluso colarse en el planeta, han informado que han utilizado sus desarrollos principalmente para aumentar el placer».

Brok ladeó la cabeza. «No comprendo».

Dorn se encogió de hombros. «Son una sociedad hedonista, pero no un planeta del placer, por lo

que sabemos hasta donde llega su indulgencia. Quizás esa sea una de las razones por las que permanecen tan aislados. Por el miedo al juicio de otras especies. No lo sé. Y, nuevamente, esta información se recopila de muy pocas fuentes primarias, ya que no permiten visitas».

«Si temen tanto a los forasteros, ¿por qué comprarían una humana y un gatazoide a los piratas de Ganthar? ¿Por qué estarían siquiera tratando con los Ganthar?».

Dorn se encogió de hombros. «Tu suposición es tan buena como la mía, aunque la hembra humana ciertamente podría considerarse físicamente atractiva. Eso encajaría con la idea de una sociedad hedonista».

El estómago de Brok se endureció hasta convertirse en un nudo. No quería pensar que Madeleine fuera utilizada de ninguna manera por un planeta lleno de buscadores de placer. Obligándose a mantener la calma, formó un puño. «Eso no explicaría al gatazoide».

«Los gatazoides son conocidos en toda la galaxia como artesanos. Quizá por eso consideraron valioso a Serge».

«¿No es el organizador de bodas en La Nave?».

El costado de la boca de Dorn se arqueó. «El pequeño era en realidad mi organizador de bodas, y mi novia insiste en que regrese sano y salvo. Sé que te han dicho que las Novias Tributo son nuestra máxima prioridad, pero personalmente te pido que no te vayas sin Serge».

Ahora era el turno de Brok de darle a su amigo una sonrisa inquisitiva.

«Confía en mí», dijo Dorn. «Las hembras humanas son bastante testarudas y no quiero experimentar la ira de mi pareja si algo malo le sucediera a Serge. Por no hablar de la ira de la mitad de las Tributos de la estación».

Tienes mi palabra de que encontraré a Serge y a la novia y te los devolveré. Estoy seguro de que la Pareja de la Tributo está ansioso por verla regresar».

«En realidad, esta novia aún no ha sido emparejada. El software de emparejamiento que se había desarrollado para unir a las novias con los drexianos resultó dañado en el ataque de los kronock, y mi pareja se niega a permitirnos volver a la antigua forma de emparejar Tributos. Lo calificó de ridículo y dolorosamente anticuado».

Brok no sabía qué significaba todo eso, todo lo que sabía era que la hembra con la que había estado fantaseando no estaba destinada a otro drexiano. «Entonces, ¿Madeleine no será emparejada hasta que regrese a La Nave?».

Los ojos de Dorn parpadearon. «Correcto».

Brok se dio cuenta de que había llamado a la Tributo por su nombre de pila, por lo que rápidamente se aclaró la garganta. «¿Cómo van las reparaciones de La Nave?».

La expresión de Dorn se oscureció y se frotó las mejillas sin afeitarse con una mano. «Tan bien como se puede esperar después del cobarde ataque de los kronock. La mayor parte del daño fue superficial, pero fue necesario volver a cablear los sistemas holográficos. Afortunadamente, el ataque reveló áreas que necesitábamos actualizar, por lo que la nueva y mejorada Nave tendrá un escudo mucho más fuerte y contará con mucho más armamento».

«¿Fue tu idea?».

Dorn sonrió ampliamente. «Tal vez. Si nuestro enemigo ahora tiene tecnología de salto, entonces La Nave siempre será un objetivo. Argumenté con éxito que debería equiparse más como una nave de guerra y menos como un crucero de recreo».

«Si por ti fuera, el puente de La Nave parecería una nave de guerra de la Fuerza Infernal». Otro rostro apareció en la pantalla de visualización. Este con el pelo más corto y claro, pero los mismos ojos verdes intensos.

Brok lo reconoció inmediatamente como el hermano de Dorn que había servido en el Alto Mando antes de que su hermano ocupara su lugar. Muchas veces, había sido Kax quien le había dado actualizaciones y órdenes del liderazgo drexiano. «Alto Mando...», comenzó, pero luego se detuvo.

«Kax», dijo el drexiano. «Ahora solo Kax. Estoy aquí simplemente en mi calidad de oficial de inteligencia militar».

«Bastardo afortunado», murmuró su hermano.

Kax se rió entre dientes. «Es bueno verte de nuevo, capitán Brok. Me alegró saber que era tu nave la que va en busca de Serge y de la última Novia Tributo desaparecida».

«Nos acercamos a Spartos. Espero tener buenas noticias para ustedes una vez que estemos dentro del alcance de las comunicaciones».

«De eso es de lo que quería hablar contigo». El rostro de Kax se volvió solemne. «No deberías acercarte a Spartos como lo harías con cualquier otro planeta».

«Sé que no ven con buenos ojos la interferencia con otras especies», dijo Brok.

Kax negó con la cabeza. «Su nivel de xenofobia no tiene precedentes. Si saben que tu nave está en órbita, podrían dispararte y simplemente no sabemos si tu nave sobrevivirá».

Brok se movió en su asiento. «¿Dispararían contra una nave de guerra de la Fuerza Infernal sin provocación? Eso significaría guerra».

«No lo considerarían no provocado. Tomarán cualquier contacto como un acto de agresión. Incluso solicitudes diplomáticas. Y una guerra con Spartos no es la mejor manera de recuperar sanos y salvos a nuestra Tributo y al gatazoide».

Aunque el corazón de Brok latía con fuerza ante la idea de una batalla, sabía que el oficial de inteligencia tenía razón. No era la mejor manera de rescatar a los prisioneros de forma segura.

«Si usas tu blindaje invisible, deberías poder orbitar el planeta sin ser visto. Por nuestros últimos informes, sabemos que el planeta realiza patrullas regularmente para protegerse de cualquier incursión, pero un solo transbordador furtivo debería poder pasar sigilosamente, si lo haces en el momento adecuado».

Brok apretó los labios. No había imaginado una misión de rescate en un transbordador, pero si eso era lo que hacía falta, eso es lo que harían. Y él mismo lo dirigiría. Sabía que nunca podría permanecer a bordo de la nave mientras Madeleine estuviera en el planeta. No. Necesitaba ser él

quien fuera tras ella y garantizara su seguridad.

«Y una cosa más», dijo Kax. «Esta no puede ser una misión de asalto a gran escala al estilo Fuerza Infernal. No funcionará. Si Spartos es lo que creemos que es, necesitas enviar a un guerrero que pueda infiltrarse en su población sin ser notado».

A Brok se le secó la boca. Una misión en solitario en un planeta hedonista no era lo que esperaba, pero se recordó a sí mismo que los guerreros de la Fuerza Infernal estaban entrenados para cualquier cosa, desde batallas intensas hasta tortura. Él podría manejar esto.

«Los spartosianos parecen similares a los drexianos, ¿no es así?», preguntó Brok, pensando en la información que había leído antes.

Kax y Dorn intercambiaron una mirada. «Sí, aunque aparentemente usan mucha menos ropa que nosotros».

Brok miró de hermano en hermano. «¿Cuánta menos?».

CAPÍTULO DOS

«De ninguna manera voy a andar por ahí así», dijo Madeleine, señalando el top sin espalda y drapeado que caía por delante. Al menos la falda que le habían dado era larga, pero la gasa plateada le llegaba hasta las caderas y parecía tener tantas aberturas altas que parecía como si llevara tiras colgantes. «Parezco una bailarina del vientre».

«¿Y yo?». El cabello puntiagudo y generalmente morado de Serge estaba sonrosado desde la raíz hasta las puntas. Bajó la mirada hacia el ceñido overol negro.

«¿Qué pasa contigo? Me encantaría usar lo que llevas. Al menos no corres peligro de caerte». Caminó por el suelo de piedra, evitando mirarse en el espejo de piso pegado a una pared. No había mucho espacio en la habitación de la torre que le habían asignado, por lo que tuvo que girar sobre sus talones después de unas cuantas zancadas largas.

Serge puso los ojos en blanco. «No tiene color ni estilo. Está claro que no saben que soy un visionario estilístico». Respiró hondo. «No creerás que asumen que soy una especie de sirviente, ¿verdad, Madeleine?».

«Te dije que me llames Maddie. Todos mis amigos en casa lo hacen, y como hemos estado juntos durante semanas como prisioneros, voy a decir que ya somos amigos». Observó el traje de gato de Serge y la forma en que se ajustaba alrededor de sus delgados tobillos. «Considérate afortunado de no estar vestido como una especie de genio galáctico y mesero de cocteles».

Serge resopló. «Entonces, ¿cómo llamarías a esta atrocidad?».

«Es más como Gatúbela mezclada con mecánico de automóviles».

Serge se dejó caer en una de las dos sillas frente a la cama individual y se pasó una pequeña mano por la frente. «Ni siquiera sé lo que eso significa, pero estoy horrorizado».

Madeleine sonrió. Se había acostumbrado al dramatismo del pequeño extraterrestre, que había sido significativo desde que habían sido secuestrados por piratas de Ganthar, y luego vendidos a una especie de comerciantes, y finalmente entregados a otro grupo de alienígenas que parecían normales, aunque un poco escasamente vestidos. Al principio, había estado agradecida de estar lejos de los rudos piratas que no tenían problemas en mirarla de arriba abajo como si fuera una comida. Pero después de un viaje relativamente sencillo por el espacio con los intermediarios, llegaron a su nuevo hogar y las cosas pasaron de extraño a peor.

El planeta Spartos fue el primero en sorprenderla por su belleza. La mayor parte de lo que había

visto estaba cubierta de agua, agua cristalina que parecía increíblemente azul, con acantilados y edificios de alabastro que sobresalían de sus profundidades. No parecía haber carreteras, solo canales por los que pasaban las góndolas flotantes y algún que otro sendero estrecho. Era como una mezcla entre Venecia y una isla griega, con mucha mejor tecnología.

Incluso ahora, podía mirar por la ventana alta de su habitación y ver el agua reluciente debajo con un destellante color aguamarina a la luz del sol. El planeta tenía un sol, pero era más rojo y más pequeño que el de la Tierra, y cuatro lunas, lo que significaba que nunca parecía oscurecer completamente por la noche si estas eran lunas llenas.

El planeta alienígena parecía casi transportado al pasado y parecía menos extraño que la estación espacial drexiana, que había sido su primer encuentro con hábitats alienígenas. Ese lugar era elegante y blanco, y tenía ascensores que iban en ángulo y suites holográficas que hacían que pareciera que estaba en la sabana africana. Alienígenas con cuernos y colas, criaturas de piel púrpura y enormes guerreros drexianos habían sido mucho para asimilar. Pero no había tenido mucho tiempo para asustarse por eso antes de que estuvieran bajo ataque, y la habían apresurado a entrar a un transbordador de escape con Serge. Luego, habían sido interceptados y capturados por los piratas de Ganthar.

Así que, en general, Spartos le había parecido el lugar menos extraño. Inicialmente.

La cruda belleza del planeta la distraía lo suficiente como para que no prestara demasiada atención al hecho de que todos en el planeta parecían demasiado felices. Y también demasiado afectuosos para su gusto.

Los spartosianos parecían relativamente humanos, con una piel brillante de un blanco plateado, la única señal obvia de que no lo eran. Por lo que podía ver, todos eran rubios también, desde tono platino hasta miel y fresa. Una hazaña impresionante que la hizo preguntarse cuántos matrimonios mixtos se generaban. Había visto algunos otros tipos de alienígenas, pero todos trabajaban para los spartosianos y no eran considerados ciudadanos de pleno derecho.

«Mira el lado bueno». Puso una mano en el hombro de Serge. «Al menos ya no estamos retenidos en esa celda».

«Tienes razón sobre eso», Serge la miró por debajo de su brazo. «Esos piratas de Ganthar no eran agradables». Se mordió la comisura del labio. «No crees que Reina siga allí, ¿verdad?».

Madeleine no había tenido la oportunidad de conocer bien a la enlace vexling antes de que los secuestraran y los obligaran a vivir en celdas separadas, pero sabía, por todas las historias que Serge le había contado, que la mujer era su mejor amiga. Pasaba la misma cantidad de tiempo quejándose de ella y preocupándose por lo que podría haberle pasado.

«Tal vez fue rescatada. Dijiste que los drexianos vendrían tras nosotros».

Serge se enderezó y su rostro se iluminó. «Estoy seguro de que lo hicieron. Probablemente ya estaría de vuelta en la estación ahora mismo». Su sonrisa cayó. «No supondrás que ella esté planeando bodas sin mí, ¿verdad? No. Ella nunca haría eso, ¿verdad?».

Madeleine no tuvo la oportunidad de responder antes de que Serge saltara de la silla y comenzara a caminar por la habitación. «Será mejor que no haya seguido adelante sin mí. Ella no sabe nada sobre cómo reunir todos esos detalles. Hago que parezca fácil, pero te aseguro que no lo es».

Pataleó con su pie pequeño. «Reina, será mejor que no creas que puedes ocupar mi lugar, desvergonzada vexling». Dirigió sus últimas palabras hacia el cielo, como si le hablara directamente a Reina.

Madeleine enarcó una ceja. «Estoy segura de que ella no ocupará tu lugar».

«¿Y si ya ha planeado todas las bodas?». Lanzó sus manos al aire. «¿Qué pasa si no tengo nada que hacer cuando regrese?».

«Ella no puede haber planeado todas las bodas. Todavía estoy atrapada aquí contigo».

Serge dejó escapar un suspiro. «Así es. Ella no puede planificar tu boda sin ti, ¿verdad?». Serge se detuvo y la estudió. «Aunque, para ser honesto, no pensé que estuvieras entusiasmada con todo el programa de las Novias Tributo».

Para ser honesta, no lo estaba. La idea de ser sacada de la Tierra para asignarle un gran guerrero alienígena con quien casarse, solo porque los drexianos habían dejado de producir mujeres, no la había impresionado. No le importaba que los drexianos fueran tipos rudos que, a cambio de novias, protegieran la Tierra de extraterrestres feroces que querían destruirla. Incluso si el plan fuera aprobado por los gobiernos de la Tierra, ella no tenía que aceptarlo.

«No vas a insistir en ser una de las rechazadas, ¿verdad?» preguntó Serge en voz baja, como si fuera demasiado horrible decirlo en tono alto.

Le había hablado de las humanas que rechazaban a sus Parejas y vivían en una sección de la estación con solo lo básico para vivir. Por mucho que no le entusiasmara ser una “novia ordenada por correo” para extraterrestres, eso tampoco la había atraído.

«No sé qué voy a hacer, pero si alguna vez me caso, te prometo que serás tú quien planee mi boda».

Eso pareció apaciguar a Serge. Él le sonrió y luego se dio unos golpecitos en la barbilla con un dedo. «¿Y me das carta blanca en cuanto al diseño?».

«No presiones».

«Bien», Serge cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza hacia ella. «¿Qué opinas de una silueta sirena para tu vestido de novia? ¿O un vestido tipo camión? Eres una de las pocas a la que le podría quedar bien. Caderas estrechas, pechos turgentes, piernas delgadas. Es como si estuvieras hecha para ello. Y con tu fabuloso color de piel, podrías lucir un blanco puro. ¿Cómo te llaman en la Tierra?».

Maddie no podía sentirse ofendida por la evaluación franca del gatazoide sobre su cuerpo o de su color de piel, ya que el extraterrestre evaluaba a todos de esa manera. «Asiática-estadounidense. Al menos la mitad».

Serge asintió como si supiera lo que eso significaba. «Bueno, eres divina, cariño. No puedo esperar para ponerte un vestido de novia».

«Aceptaría cualquier cosa antes que esto». Madeleine volvió a mirar su atuendo actual. «Y de todos modos, ¿qué se supone que debemos hacer aquí? Nunca nos lo dijeron en el camino hacia aquí. Se me ocurrió que se suponía que íbamos a trabajar, pero ¿qué tipo de trabajo puedo hacer

con esto?».

Las cejas perfectamente arqueadas de Serge se dispararon hacia el cielo. «Se me ocurren algunas cosas»

«Estos spartosianos se llevarán la sorpresa de su vida si intentan algo así. No tomé años de kickboxing por nada».

«Recuerda, Madeleine», dijo Serge, olvidando de nuevo su apodo. «Somos invitados en este planeta. No se puede andar por ahí golpeando a los nativos».

«Puedo hacerlo si intentan algo divertido».

Serge se retorció las manos, recordándole a la vexling que era su mejor amiga. «Todavía no conocemos las reglas de su sociedad y, considerando lo que he oído sobre ellos, no creo que debamos asumir que tienen los mismos límites que nosotros».

Ella entrecerró los ojos hacia él. «Pensé que nunca habías conocido a uno de estos extraterrestres».

«No lo he hecho, quiero decir, no lo había hecho. Nunca abandonan su planeta. Son notoriamente xenófobos».

«Está bien, es bueno saberlo. ¿Qué más has escuchado?».

Serge se miró los pies y sus hombros se contrajeron.

«¿Serge?».

«Solo que no son buenos en el comercio o el trueque. Son conocidos por otras cosas». Su cabello había vuelto a sonrojarse.

«¿Qué otras cosas?».

Serge se frotó las palmas de las manos en la parte delantera de su traje. «Si los rumores son ciertos, les importa más pasar un buen rato».

Ella parpadeó un par de veces. «¿Qué significa eso? ¿Creen en semanas laborales de cuatro días y en fumarse un porro? ¿Me estás diciendo que son europeos?».

«Más bien hedonistas», murmuró Serge en voz tan baja que apenas pudo distinguir las palabras.

«¿Dijiste hedonistas?». Madeleine ni siquiera estaba segura de qué significaba eso exactamente. Sonaba un poco como un resort con un estilo de vida alternativo, donde la ropa era opcional y las llaves de las habitaciones se pasaban como si fueran ‘Tic-Tacs’. Eso explicaría la ropa ridículamente reveladora.

«Prométeme que no andarás practicando kickboxing con nadie que te mire», dijo Serge. «No estaremos aquí para siempre. Te prometo que los drexianos nos encontrarán y nos sacarán de aquí, pero no podrán rescatarnos si no estamos vivos».

Tenía la intención de discutir con él, pero sus palabras la detuvieron en seco. «¿Crees que nos matarían?».

«No sé. Lo único que sé es que no les gustan los forasteros ni nadie que los desafíe, así que, si queremos sobrevivir, sugiero que no armemos problemas».

Madeleine casi se quejó. Causar problemas había sido su *modus operandi* durante mucho tiempo. Si le hubieras preguntado a alguno de sus amigos, habrían dicho que era una adicta a la adrenalina que no aceptaba mierdas de nadie. Seguir la corriente nunca había sido uno de sus puntos fuertes. Por otra parte, nunca había estado atrapada en un planeta alienígena, así que tal vez necesitaba esforzarse más. Si no por ella misma, al menos por el nervioso gatazoide que había estado a su lado durante semanas.

«Solo por ti», le dijo. «No tengo miedo de estos spartosianos, pero me comportaré bien por ti».

Serge dejó escapar un fuerte suspiro. «No sabes lo feliz que me hace eso, cariño. Y recuerda mis palabras, los drexianos nos sacarán de aquí en un dos por tres».

Ella casi se rió. Su afición por los dichos de la Tierra la divertía, pero todavía la sorprendía cada vez que a él se le ocurría uno.

Antes de que pudiera comentar algo, la puerta de su habitación se abrió y una mujer spartosiana, con un traje similar al suyo, entró apresuradamente, deteniéndose en seco cuando vio a Serge en su habitación. «Oh, están juntos».

La habitación de Serge estaba al otro lado del pasillo y las puertas no estaban cerradas con llave, por lo que desde el día anterior habían estado yendo y viniendo entre sus habitaciones.

Maddie cruzó los brazos sobre el pecho y la miró. «¿Es eso un problema?».

Serge le dio un codazo, pero la rubia no pareció darse cuenta de su tono brusco ni del golpe de Serge.

«Ningún problema». Su voz era casi cantarina mientras dejaba una bandeja en la mesa baja entre las sillas, sus piernas brillaban mientras la falda de corte alto se arremolinaba a su alrededor. «Me dijeron que te trajera la medicina antes de que seas convocada».

Madeleine no sabía qué preguntar primero: si la medicina o que la convocaran, pero Serge se le adelantó.

«Ninguno de nosotros está enfermo», dijo.

La mujer se rió y se tapó la boca con una mano. «Todavía no, no lo están».

Bueno, eso no fue nada espeluznante. Maddie intercambió una mirada con Serge mientras la mujer señalaba el pequeño cuenco que contenía dos pastillas azules entre dos vasos llenos de líquido rosa.

«Las pastillas previenen la enfermedad por radiación».

Serge se llevó una mano al corazón y miró a su alrededor como si hubiera materia nuclear escondida en algún lugar de la habitación. «¿Radiación?».

«Spartos tiene altos niveles de radiación que se escapan de su núcleo. Por eso todo el mundo tiene que tomar una pastilla». Su voz era tan alegre que sonaba como si estuviera dirigiendo un tour por Disney World. «Si no lo hacen, se les caerá el pelo y enfermarán de muerte».

«Oh, cielo santo». Calvo no me vería bien. No gracias». Serge se abalanzó sobre las pastillas, jugueteando con el jugo rosado mientras tragaba una pastilla azul y la tomaba de un gran trago.

Madeleine tomó la otra pastilla que él le entregó, se la metió en la boca y tomó un sorbo más medido del jugo demasiado dulce.

La mujer sonrió y cogió la bandeja con el cuenco y los vasos ahora vacíos. «Ambos van a ser muy felices aquí. Spartos es el planeta más maravilloso de la galaxia». Ella les sonrió a ambos. «Ya lo verán».

Ella se fue sin cerrar la puerta y Serge se dio unas palmaditas en la cabeza con ambas manos. «No sé cómo puedo estar feliz con la amenaza inminente de la calvicie. Esperemos que esas pastillas hagan su trabajo o que los drexianos lleguen aquí antes de que haya algún daño permanente».

Maddie escupió su pastilla azul en la palma de su mano abierta y Serge se quedó con la boca abierta.

«He sido paramédica durante casi cinco años», dijo, mirando la cápsula azul. «De ninguna manera voy a tomar una pastilla de la que no sé nada».

Serge cerró la boca con fuerza. «Bueno, ¿no es esto simplemente perfecto? Voy a tener mi primera novia calva. Considérate afortunada de tener buena cabeza para los sombreros, cariño».

CAPÍTULO TRES

«Sigo pensando que no debería ir solo». El primer oficial de Brok caminó hombro con hombro con él hacia el hangar, expresando sus preocupaciones sobre la misión en solitario, y no por primera vez desde que el capitán había anunciado su plan.

Pasaron por las puertas dobles abiertas y entraron en el hangar, donde varios cazas y un par de transbordadores estaban ubicados en una línea uniforme frente a la salida abierta que conducía al espacio. Los cascos de la nave eran de color gris fuerte y el revestimiento exterior oscuro formaba parte de la tecnología de protección invisible de las naves.

«Aprecio tu preocupación, Kalex», dijo Brok, «pero tiene que ser una misión en solitario».

«¿Por qué tiene que ser usted?».

Era una buena pregunta, y el capitán Brok no podía responder honestamente sin revelar su compulsión personal por salvar a la Novia Tributo. Sabía que no era protocolo que un capitán de la Fuerza Infernal liderara una misión fuera de casa, especialmente una en solitario, pero también sabía que no podría esperar a bordo de la nave mientras otro guerrero iba a rescatar a la hembra. Aunque nunca la había conocido, se sentía responsable de Madeleine. Ella era suya para protegerla y suya para rescatarla, incluso si fuera solo para devolverla a La Nave para que pudiera ser emparejada con un guerrero drexiano que no era él.

«¿No aprecias tu ascenso?», golpeó una mano en el hombro de su primer oficial, sonriéndole.

Kalex frunció el ceño. «Sabe que no deseo convertirme en capitán de la Fuerza Infernal de esta manera».

Brok apretó brevemente el hombro del oficial y luego lo soltó. «Regresaré pronto, y con nuestra Tributo y el gatazoide. Mientras tanto, sigue tus órdenes».

Kalex asintió, con la boca todavía fruncida. «Mantengan la nave por encima de la atmósfera del planeta y alejada de sus patrullas. Permanezcan en modo sigiloso hasta que yo reciba su transmisión».

Brok golpeó con la mano el costado del transbordador más pequeño y la rampa de entrada descendió lentamente. «No te preocupes por mí. He estado en complicaciones más difíciles que esta».

Su primer oficial no parecía convencido. «Luchar contra los kronock es una cosa. Jugar al espía

es otra».

Kalex tenía razón. Brok no era un oficial de inteligencia capacitado. Era un capitán acostumbrado a la batalla y a la guerra abierta. El subterfugio y el engaño no le resultaban fáciles.

«Si tengo suerte, encontraré a la hembra y al gatazoide antes de tener que poner a prueba mis habilidades de encubierto».

«¿Y si no tiene suerte?».

Observó al guerrero con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. «Entonces esperemos que pueda pasar por un spartosiano convincente».

«¡Capitán!».

Tanto Brok como Kalex se giraron para ver aproximarse a un drexiano con cabello castaño recogido en un moño.

«Vekron», dijo Brok, contento de ver a su jefe de seguridad, pero esperando que el guerrero no estuviera allí para advertirle también.

El drexiano extendió la palma abierta cuando llegó a ellos, revelando un pequeño dispositivo cuadrado. «Tome esto».

Brok lo tomó y lo giró en su mano. «¿Y esto es...?».

«Algo en lo que he estado trabajando en mi tiempo libre», dijo Vekron. «Algo que podría ayudarlo en la superficie».

Brok le miró arqueando una ceja. Sabía que el jefe de seguridad tenía talento para desarrollar y mejorar la tecnología. Podría parecer un típico guerrero de la Fuerza Infernal, con sus tatuajes que cubrían un bíceps musculoso y parte de su pecho y una barba de varios días cubriendo sus mejillas, pero tenía el cerebro de un científico. Había juguetado con los sistemas de su nave en más de una ocasión, razón por la cual los sensores estaban mejor sintonizados que otras naves de guerra de la Fuerza Infernal, y por qué sus escudos eran más fuertes.

«Es un dispositivo de protección sigiloso personal», Vekron se aclaró la garganta. «Funciona con los mismos principios que nuestra tecnología de blindaje, pero obviamente sin los paneles especiales del casco».

Kalex miró fijamente el dispositivo. «¿Estás diciendo que esto hará que yo sea...?».

«Invisible». Un lado de la boca de Vekron se arqueó. Se balanceó sobre sus talones, sonriendo, claramente satisfecho con su invento.

«¿Y funciona?», preguntó Brok, estudiando al guerrero y notando las profundas ojeras bajo sus ojos. Entonces, por eso se veía tan desarreglado.

«En todas mis pruebas hasta ahora, sí. Sin embargo, esta sería la primera prueba en una misión».

Brok asintió. Ser capaz de camuflarse haría que moverse por la ciudad de Spartos fuera una tarea mucho más fácil. Incluso si no funcionaba perfectamente, era mejor que nada. «¿Cuánto tiempo

llevas trabajando en esto?».

Vekron se movió de un pie al otro y bajó la mirada. «Bastante tiempo, señor. Siempre supe que era posible, pero era solo cuestión de desviar la luz de la manera correcta». Levantó la vista rápidamente. «Pero nunca dejo que mi proyecto paralelo interfiera con mis turnos de trabajo».

«Sé que no lo hiciste». El capitán giró el pequeño dispositivo que tenía en la mano. «Bien hecho. Siempre he dicho que nuestros guerreros de la Fuerza Infernal son más que músculos y fuerza».

«Gracias, capitán». Vekron echó los hombros hacia atrás.

Brok le dio una palmada en el brazo. «Por supuesto, sabes que, si esto funciona como dices, necesitarás compartir tu tecnología con toda la flota drexiana».

«Sí, señor». Vekron volvió a mirar el dispositivo. «Oh, asegúrese de mantenerlo conectado a usted en todo momento para que funcione mejor. Creo que también ocultará a otra persona si está muy cerca o a un objeto que esté sosteniendo».

Brok asintió. «¿Y lo activo con...?».

Vekron señaló el pequeño botón en la parte superior. «Simplemente presione eso cada vez».

«¿Como esto?». Movié el pulgar sobre el botón y miró hacia abajo mientras su cuerpo desaparecía. Era algo surrealista mirar hacia abajo donde había estado y no ver nada.

Kalex contuvo el aliento, pero no emitió ningún otro sonido de sorpresa. Vekron sonrió aún más ampliamente.

Cuando Brok volvió a presionar el botón, su cuerpo reapareció y dejó escapar un suspiro. «Creo que esto será muy útil».

«Eso espero, señor», dijo Vekron.

Brok lo enganchó a su cintura junto al dispositivo universal que manejaba las comunicaciones y los escaneos, y donde podría localizar los rastreadores de Madeleine y Serge. Se llevó el puño al pecho en saludo a ambos guerreros.

«Tenga cuidado, capitán», advirtió Kalex nuevamente. «Incluso con el dispositivo, será el primer drexiano en poner un pie en Spartos».

Él asintió antes de subir la rampa del transbordador.

Caminó rápidamente hacia la cabina y trató de hacer a un lado la preocupación de su oficial. El drexiano tenía razón en que la misión era más delicada que cualquier otra que hubieran emprendido antes. Y era una situación de primer contacto, que tenía sus propias reglas. Su habitual respuesta descarada y musculosa no funcionaría, lo cual era otra razón por la que se lo estaba tomando personalmente.

Tenía más experiencia que su tripulación. Aunque nada amaba más que la batalla, sabía que podía actuar para salvar a los prisioneros. Si se necesitaba calma para salvar a Madeleine y Serge, entonces se obligaría a ser paciente y firme. No estaba seguro de que todos sus guerreros de la Fuerza Infernal pudieran decir lo mismo. Al menos con el dispositivo de camuflaje, tenía la oportunidad de evitar el contacto el mayor tiempo posible.

Brok se hundió en la silla del piloto y tamborileó con los dedos sobre la consola, cerró la rampa, encendió los motores y sintió el ruido bajo sus pies. Le gustaba volar y, como capitán, ya no tenía ese placer a menudo. Unos pocos toques más a la suave consola y la nave se elevó del suelo del hangar.

Respiró profundo antes de sacar la nave, sin molestarse en mirar hacia donde sabía que Kalex y Vekron estaban observando. Saliendo de la boca abierta del hangar, inmediatamente activó el escudo sigiloso y puso rumbo a la superficie del planeta.

Los pocos reconocimientos que habían podido obtener habían revelado un planeta que era principalmente agua con tierra asomando a través de los océanos en altos picos de roca. Aunque nunca había estado ahí, ni siquiera lo había visto, sabía que la Tierra también era principalmente agua, pero que también tenía grandes áreas de tierra plana. Al parecer, Spartos era diferente.

Brok evaluó las naves que patrullaban el espacio aéreo alrededor del planeta. Había un número decente, pero sus patrones eran predecibles y, después de observar durante unos momentos, pudo pasar por un hueco. Al sumergirse bajo la capa de nubes, emergió para ver un espectacular mar azul verdoso brillando como si las pequeñas olas estuvieran coronadas de joyas. Una ciudad que supuso era la Ciudad de Spartos surgió del agua en puntas blancas y afiladas.

Parecía que el lugar estaba excavado en la roca de alabastro con senderos serpenteantes a los lados y ventanas que daban al agua. Las torres de piedra se elevaban hacia el cielo, mientras que los edificios más bajos se apiñaban en la orilla del agua. Embarcaciones largas y estrechas navegaban a toda velocidad por los canales entre las rocas salientes, con gente parada en la parte trasera de los botes abiertos para dirigirlos mientras se deslizaban por encima de la superficie, enviando ocasionales salpicaduras de agua detrás de ellos.

Los sensores de su nave lanzaron un pitido para indicar que tanto la hembra como el gatazoide estaban allí; al menos sus rastreadores lo estaban. Una vez más se alegró de que a los piratas de Ganthar no les importara lo suficiente como para eliminar sus rastreadores, y que los spartosianos claramente no eran conscientes de su existencia. No era de sorprender, ya que habían sido rediseñados para que solo la tecnología drexiana pudiera detectarlos, aparentemente una innovación de una inteligente IA en La Nave.

Brok recorrió el entorno en busca de un lugar decente para aterrizar. Aunque su transportador era compacto, la ciudad parecía no tener espacios abiertos. El escudo sigiloso no impediría que alguien entrara en la nave si no estuviera oculta.

«*Grek*», murmuró para sí mismo, mirando el agua. No era un gran nadador, pero en realidad no había otra opción.

Eligiendo un lugar donde el agua parecía más tranquila, bajó la nave lentamente. Las olas se agitaban en todas direcciones, pero esperaba que nadie tuviera los ojos puestos en el agua para detectar el extraño movimiento de agua que estaba creando su nave. El fondo de la nave tocó el agua y comenzó a balancearse hacia adelante y hacia atrás. Se llevó una mano al estómago. Prefería por mucho el temblor de una nave debido a la batalla que el balanceo rítmico del mar. Con otro toque en la consola, ancló la nave al fondo del océano, afortunadamente no muy profundo, y luego la enganchó a la pared rocosa más cercana. Se aseguró de que el blindaje estuviera preparado para resistir mientras tocaba el pequeño dispositivo universal en su cinturón que le permitiría localizar la nave encubierta y controlarla de forma remota.

Con una última mirada a las superficies oscuras de la cabina, extendió la mano y abrió la escotilla, elevándose al siguiente nivel y cerrando la escotilla debajo de él. Sabía que el aire del planeta era respirable para él, aunque un poco más húmedo de lo que estaba acostumbrado, pero aun así, Brok tomó una última bocanada de aire fresco antes de abrir la última escotilla y asomar la cabeza al exterior.

Miró a su alrededor con cautela, agradecido de no poder ver a nadie. Había elegido un lugar en el otro extremo de la ciudad, donde la población y el desarrollo parecían más escasos. Por suerte, había tenido razón. La roca junto a la que había aterrizado estaba maltrecha y sucia, sin ninguna vivienda excavada en su interior. Solo un camino desgastado descendía hacia el agua, pero no había cerca ninguna nave anclada.

Con un suspiro de alivio, salió de la nave y la aseguró. Respiró, el aire cálido y húmedo entró en sus pulmones, y se alegró de llevar solo una camiseta y unos pantalones oscuros. La tela ya estaba pegajosa contra su piel.

Todo lo que tenía que hacer era deslizarse desde el techo y llegar al camino. Consideró que el salto era fácil de lograr y estaba listo para saltar, cuando una ola hizo que el transbordador se tambaleara hacia un lado, enviándolo hacia atrás. Se zambulló en el agua, sorprendido por lo caliente que estaba y también por cómo parecía girar a su alrededor. Podría ser que fuera hermoso, pero no tan plácido como parecía.

Comenzó a bracear torpemente hacia la roca, contento de haber solo necesitado un par de metros, ya que no sabía nadar bien, cuando sintió que algo grande chocaba contra su pierna. Mirando hacia el agua cristalina, su corazón se detuvo al ver la enorme criatura plateada, cuyos dientes afilados brillaban mientras su amplia boca se abría debajo de él.

CAPÍTULO CUATRO

«Lo que daría yo por un inclinador en este momento», murmuró Serge, mientras él y Madeleine bajaban las escaleras sinuosas desde sus habitaciones en la torre.

«Para una especie que obviamente ha dominado los viajes espaciales, parece que prefieren un estilo clásico en sus edificios». Madeleine se agarró a puños su falda de gasa para no tropezarse.

«¿Clásico? Eres muy amable, cariño».

«Bueno, podría decir que parece que estamos atrapados en una extraña combinación de ‘Noches Medievales’ y un club de striptease». Intentó mantener la vista en sus pies y no en el asistente que tenía delante, cuyos pantalones eran tan ajustados que Serge casi se desmayó cuando entró en la habitación.

«Eso es más parecido. Espera, ¿qué son ‘Noches medievales’?».

«Un restaurante temático en la Tierra, donde los actores fingen ser caballeros de la Edad Media y tú comes tu comida con las manos mientras los animas».

Serge contuvo el aliento. «Suena bárbaro».

Madeleine reprimió una risa cuando su guía, a quien llamó ‘Pantalones ajustados’, se giró para mirarla. Su cabello dorado era rizado, lo que lo hacía lucir un poco angelical, hasta que sus ojos se dirigieron hacia los pantalones, lo que no dejaba nada a la imaginación.

Cuando llegaron al final de las largas escaleras de caracol, les indicó que siguieran adelante. «Por aquí».

Serge corrió para seguir el ritmo. «¿Cómo camina tan rápido con pantalones tan pequeños?».

Maddie se encogió de hombros, más interesada en el sendero que estaban cruzando y que daba a un canal y los rápidos aerodeslizadores que pasaban rápidamente. Quedó impresionada por los hombres que conducían las alargadas y puntiagudas naves. La hacían recordar a los gondoleros, excepto que no tenían postes que les impidieran caer al agua y, por supuesto, no tenían camisas que remataran sus ajustados pantalones cortos negros.

«¿Por qué caminamos, cuando todos los demás parecen estar volando en aerodeslizadores?», preguntó Serge, lanzando una mirada sombría a la espalda desnuda de su guía.

«Esta es la ruta más directa al palacio», dijo ‘Pantalones ajustados’, sin darse la vuelta.

Los grandes ojos de Serge se abrieron aún más. «¿Palacio? Bueno, al menos finalmente se nos está mostrando la atención que merecemos».

Maddie no estaba segura de si Serge tenía razón en eso. No se le había ocurrido que fueran considerados invitados de honor, aunque sus habitaciones en la torre superaban con creces las celdas de la nave pirata. Cualquiera día preferiría una cama estrecha sobre un banco duro.

No había estado al tanto del intercambio entre estos alienígenas y aquellos que los habían adquirido de los piratas de Ganthar, pero estaba bastante segura de que ella y Serge habían sido vendidos, no rescatados. No habían sido maltratados y las esposas les fueron retiradas tan pronto como estuvieron a bordo de la nave de quienes los recuperaban, pero tampoco habían sido devueltos a los drexianos, a pesar de los muchos intentos de Serge de informarles que estaban bajo protección drexiana.

El sendero que daba al canal conducía a otro edificio con más escaleras que subían, otro sendero sobre otro canal y, finalmente, puertas altas custodiadas por un par de dioses de cabello platino que Maddie estaba casi 100 por ciento segura de que se aceitaban el pecho.

«Los nuevos», murmuró su guía.

Les abrieron las puertas y los escoltaron a un salón con un enorme techo abovedado y ventanas altas a ambos lados que dejaban entrar la luz e iluminaban los pisos de mármol. El centro del largo salón estaba vacío, pero los lados detrás de las columnas centrales contenían sofás bajos y grandes otomanas donde la gente descansaba.

Cuando ella y Serge comenzaron a caminar por el centro del pasillo detrás de ‘Pantalones ajustados’, quienes ocupaban los asientos se interesaron, se enderezaron y los miraron fijamente. Maddie quería desesperadamente devolverles la mirada, pero no sabía quiénes eran esas personas, y Serge probablemente tenía razón. Cuanta menos gente incomodara, sería mejor.

A medida que se acercaban al frente del salón, vio que había varias sillas grandes y doradas dispuestas en un área elevada: tronos sobre un estrado, supuso. Los individuos en los tronos se parecían a los otros extraterrestres que había visto, pero el pecho desnudo del hombre en el centro estaba cubierto con remolinos dorados tatuados en su piel iridiscente. La mujer a su lado llevaba una falda suelta similar a la que tenía Maddie, pero con las piernas cruzadas, las muchas aberturas altas en la tela significaban que sus piernas, también tatuadas en oro, estaban expuestas hasta la parte superior del muslo. Bandas doradas de color también envolvían sus brazos desnudos, y su cabello rubio blanco era largo y liso. Dos hombres más jóvenes flanqueaban los tronos centrales, pero tenían menos tatuajes, aunque sus pechos y brazos desnudos mostraban algunos patrones dorados.

El hombre sentado en la silla más grande, que Maddie supuso que debía ser el jefe o el rey, les hizo señas para que avanzaran con un único y brusco movimiento de su mano. «Acércalos».

‘Pantalones ajustados’ los escoltó escaleras arriba y luego retrocedió.

Madeleine se movió de un pie al otro, sin estar segura de si hacer una reverencia o un saludo, sonreír o hacer contacto visual. Ella tampoco sabía qué hacer con sus manos. Era consciente de los ojos que recorrían su cuerpo, especialmente los de los hombres más jóvenes, y se sentía muy desnuda con el top sin mangas que apenas cubría sus senos y dejaba su espalda expuesta. Al

menos la falda cubría sus piernas, aunque tenía alrededor de cien aberturas altas, por lo que la más mínima brisa la haría destellar por toda la habitación. Finalmente, juntó las manos detrás de la espalda y cuadró los hombros.

Fue la mujer quien habló primero con una voz seductora. «He escuchado que fueron secuestrados por los piratas de Ganthar». Ella se estremeció y se pasó las manos por los brazos como una caricia. «Tan perfectamente horrible».

«Lo fue», Serge meneó la cabeza arriba y abajo, su voz era más aguda de lo habitual.

Maddie lo miró y vio que el organizador de bodas sonreía más ampliamente de lo que nunca lo había visto sonreír, y sus enormes pupilas hacían que sus ojos redondos parecieran casi negros.

La sensual sonrisa de la mujer se dirigió a él. «¿Y tú qué eres?».

El cabello de Serge se sonrojó desde la raíz y se rió. «Gatazoide».

¿Cuándo se había reído Serge alguna vez? Lo había oído quejarse muchas veces, además de suspirar y poner los ojos en blanco, pero ¿reírse como una niña?

«Fascinante». La rubia acerada se inclinó hacia adelante y se mordió el labio inferior mientras lo miraba.

Uno de los machos más jóvenes se rió. «Tendrás que perdonar a mi madre, la reina. No tenemos muchos alienígenas que visiten nuestro planeta».

Maddie dirigió su atención hacia él. Era guapo y de hombros anchos, con el pelo color miel que caía largo sobre sus hombros. Él le sonrió, su mirada recorrió su cuerpo sin dudar y sus pupilas se ensancharon. Ella asumió que era algún tipo de príncipe. Tenía suficiente confianza para ello.

«Nunca habíamos tenido una como tú», dijo con voz suave y profunda.

Madeleine luchó contra el impulso de recordarle dónde estaban sus ojos. «Aparentemente no».

«Ella es bastante encantadora». La reina puso una mano sobre el brazo de su marido y se lo frotó.

Él asintió y se aclaró la garganta. «Confío en que se hayan puesto cómodos».

«Mucho», dijo Serge con otra risita. «Gracias por su amable...».

El rey lo interrumpió. «Spartos no suele interactuar con otras especies, pero estamos descubriendo que nuestra política de larga data puede requerir ajustes». Se inclinó hacia adelante y los estudió a ambos. «Ustedes son parte de nuestro programa de prueba, por así decirlo».

Serge la miró. Claramente esto tampoco era lo que esperaba. Según su experiencia, los programas de prueba solían ser una mierda. Cada vez que lanzaban algo como programa de prueba con su equipo de paramédicos, siempre les llevaba mucho tiempo resolver los problemas. Había aprendido que ser la primera no siempre era algo bueno.

«Por muy honrados que nos sintamos...», dijo Serge, su voz entre aturdida y acicalada, «debo informarle que ambos somos miembros del imperio Drexiano y, por lo tanto, somos...».

Fue interrumpido nuevamente, esta vez por la reina. «¿Ustedes son drexianos? Pensé que eras un gataboide». Se volvió hacia su esposo. «Y pensé que los drexianos eran mucho más grandes».

«Gatazoide», corrigió Serge, aunque agitó una mano en el aire como si rechazara el error. «No somos drexianos, pero somos parte de su imperio. Trabajamos para ellos. Bueno, yo trabajo para ellos en La Nave y ella es una Novia Tributo».

Los cuatro se inclinaron hacia el frente.

«¿Una Novia Tributo?», repitió uno de los príncipes, con los ojos fijos en ella. «He oído hablar de ellas».

Maddie no pensó que ahora fuera el momento de explicar que técnicamente aún no era la novia de nadie y que no estaba segura de si estaba de acuerdo con el concepto.

«Entonces, ¿eres una de las hembras tomadas por los brutos para ser sus parejas?». La reina se lamó el labio inferior mientras sacudía la cabeza, en una extraña combinación de simpatía y evidente excitación.

«Soy humana», dijo Maddie, sin ser una respuesta directa a la pregunta, pero sí lo más cercana que estaba dispuesta a hacerlo.

«Por supuesto, no tenemos ninguna intención de retenerte en contra de tu voluntad». La voz del rey resonó en el cavernoso salón. «Enviaremos un mensaje a estos drexianos, y si desean que regreses, estoy seguro de que vendrán por ti».

Los otros tres sentados en los tronos giraron bruscamente la cabeza para mirarlo, pero él continuó. «Hasta entonces, te damos la bienvenida a Spartos».

Serge se relajó visiblemente a su lado. «Estamos agradecidos por su...».

«La hembra se unirá a mi reina como una de sus damas de honor, lo cual es un gran honor entre nuestro pueblo. De esa manera, ella tendrá la oportunidad de aprender sobre los de nuestra especie antes de que se vaya».

La reina sonrió ampliamente. «Sí, qué idea tan maravillosa».

Maddie se obligó a devolverle la sonrisa. «Suena genial».

El rey le hizo un gesto con la muñeca a uno de sus hijos. «Encuentra una posición adecuada para el pequeño».

Serge se irguió en toda su altura, balanceándose ligeramente en el acto. «Les aseguro que tengo muchos talentos que me encantaría compartir con su gente. En La Nave, soy el mejor organizador de bodas».

Uno de los príncipes se puso de pie con un suspiro y le hizo un gesto a Serge para que lo siguiera. «¿Bodas?».

Maddie escuchó a Serge charlar con el joven príncipe sobre su trabajo en la estación espacial drexiana mientras se alejaban y salían del pasillo. Sabía que era una tontería, pero sintió un momento de pánico cuando la dejaron sola en el salón del palacio. Puede que Serge la hubiera vuelto loca con su conversación ininterrumpida, pero al menos habían estado juntos en esto. Ahora se sentía extrañamente sola, a pesar de estar en una habitación enorme llena de gente.

La reina se puso de pie y se deslizó hacia adelante, sus faldas ondeando alrededor de sus piernas. Era más alta que Madeleine y le recordaba a una diosa nórdica con sus ojos azul hielo y su cabello rubio casi blanco. Pasó sin detenerse, luego se detuvo e inclinó la cabeza.

«¿No vienes?».

Madeleine salió de su trance y se apresuró a avanzar. «Lo siento».

La reina le sonrió, mientras entrelazaba su brazo con el de ella y la acercaba a su cuerpo. «Odiaría tener que castigarte en tu primer día».

CAPÍTULO CINCO

«¡Grek!», Brok vio los dientes puntiagudos dirigiéndose hacia él y pateó salvajemente, arrastrándose por el agua con los brazos. Nunca había hecho más que mantenerse a flote braceando, pero la desesperación hacía que sus movimientos fueran toscos, nada elegantes.

Se escuchó un chasquido detrás de él cuando la criatura salió del agua, sus mandíbulas apretando nada más que aire y luego chapoteando de regreso al mar. Brok no esperó a ver si el animal regresaba para otro intento. Con otros dos fuertes esfuerzos, se subió a la cornisa de roca y se alejó rodando del agua, jadeando por respirar.

¿Qué diablos había sido eso? Miró frenéticamente por encima del hombro mientras se arrastraba alejándose del borde, pero el agua hipnótica de color azul verdoso parecía pacífica y tentadora. No había señales de que algo mortal acechara bajo la superficie. Entrecerró los ojos con fuerza. El agua era tan clara que sentía que podía ver hasta el fondo, pero no vio ningún destello plateado ni ninguna aleta reveladora.

De pie, dejó que el agua fluyera, formando charcos alrededor de sus pies. Al menos hacía calor y el aire estaba húmedo, por lo que no se enfriaría caminando con ropa empapada, aunque probablemente tampoco era la mejor manera de estar de incógnito. Puso una mano en los dos dispositivos sujetos a su cintura, aliviado de que ambos todavía estuvieran allí y aún más aliviado cuando los tocó y uno parpadeó en verde y el otro en azul. Al menos no había perdido el dispositivo que podría conducirlo hasta Madeleine y Serge y llevarlo de regreso a su nave camuflada, o el que podría asegurar que hiciera todo eso sin ser visto.

El capitán miró cautelosamente a su alrededor. Había tenido razón en una cosa, incluso si había juzgado gravemente mal el océano. Había pocos habitantes en el lado de la ciudad que había elegido. Sospechó que podría ser la sección que albergaba a la clase trabajadora, ya que los edificios de piedra más cercanos no brillaban tanto como los más lejanos, y percibió un leve olor que le indicó que tal vez había demasiados residentes viviendo en muy pocas viviendas.

Por la información limitada de los spartosianos, sabía que se parecían a los drexianos, siendo una versión más pequeña y descolorida. Su cabello oscuro ciertamente atraería miradas, al igual que su piel bronceada. Afortunadamente, no planeaba ser visto por los nativos de cabello pálido. El dispositivo que Vekron le había dado debería permitirle moverse sin ser visto por toda la ciudad, la tecnología sigilosa crearía una burbuja a su alrededor siempre que llevara el dispositivo y funcionara correctamente. Sin él, probablemente no pasaría mucho tiempo hasta que alguien lo viera, y no quería que eso sucediera.

«Aquí va», murmuró para sí mismo, mientras presionaba un botón en el dispositivo más pequeño en su cintura.

Como si hubiera accionado un interruptor, desapareció de la vista. Se dio unas palmaditas en el cuerpo. La ropa todavía empapada estaba pegada a su piel, pero no podía ver nada. Cuando se movía, había una ligera ondulación en el aire y los objetos detrás de él parecían como si el agua hubiera pasado a través de ellos por un momento, pero aparte de eso, era invisible.

«Cuando regrese a la nave, tendré que darle un ascenso a Vekron».

Comenzó a caminar, pero se dio cuenta de que dejaba un rastro de agua a su paso. Maldijo de nuevo. No podía pasar desapercibido si dejaba charcos a su paso.

Brok empezó a desabotonarse los pantalones, pero luego vaciló. ¿Cuál era su problema? Después de todo, nadie podía verlo. Claro, tendría que revelarse cuando localizara a Serge y Madeleine, pero para entonces debería haber podido conseguir algo de ropa seca. Y ciertamente no tenía nada de qué avergonzarse. Estaba en la mejor forma de su vida desde que había pasado horas en la arena Kranji de la nave de guerra, tratando de alejar su anhelo no deseado por la Novia Tributo.

Sacudió la cabeza y continuó desnudándose, bajándose los pantalones y luego quitándose la camisa empapada. Los aplastó y los metió detrás de una roca, junto con sus botas militares. Cuando solo llevaba puesto sus ajustados calzoncillos negros, les sujetó los dispositivos.

«Nadie puede verme», se recordó a sí mismo. Ni siquiera él podía hacerlo.

Continuó por el sendero rocoso, sus pasos eran prácticamente silenciosos sin sus botas de suela gruesa. Era tan extraño no oír sus propios pies golpeando el suelo de acero, como en la nave, que el silencio resultaba casi desconcertante. No existía el silencio en una nave de guerra de la Fuerza Infernal.

Brok se alegró de no gotear más agua ni anunciar su llegada con pasos resonantes a medida que se acercaba a la ciudad. El chapoteo del agua contra la roca pronto fue reemplazado por voces y el aire ya no olía a sal, sino que llevaba el olor a grasa de cocina.

Al doblar una esquina, Brok se encontró con un largo canal, con edificios a ambos lados. Las naves estaban atadas a algunos de los edificios, desde ellos se vendían mercancías y la gente colgaba de las ventanas, haciendo trueques y ofreciendo otros artículos a la venta. De vez en cuando pasaban flotadores en el aire, pero más naves de fondo plano eran propulsadas por palos largos. En numerosos lugares del canal cruzaban puentes destartados que no coincidían con los edificios y los residentes los cruzaban con cautela.

Brok supuso que el canal conducía a la ciudad y, según su dispositivo, allí era donde estaban la humana y el gatazoide. Se paró en el borde del agua, esperando pacientemente hasta que pasó un aerodeslizador. Saltó, haciendo que el bote se inclinara hacia un lado. Los pasajeros chillaron mientras se balanceaban, y el spartosiano de atrás miró a su alrededor, tan confundido como cualquiera sobre por qué la embarcación se había balanceado tan repentinamente.

Con cuidado de no volver a agitar el bote, Brok se dirigió hacia el frente para equilibrar el peso, parándose con las piernas bien separadas para evitar caerse, mientras aceleraban a través del canal y tomaban amplios giros. Pronto, el borde decadente de la ciudad dio paso a los edificios

relucientes que había visto surgir del agua.

En esta zona no había puentes improvisados. En cambio, eran puentes de piedra bellamente tallados, algunos de ellos cubiertos, se extendían a lo ancho del canal, y ninguna de las naves era propulsada manualmente. El olor a grasa no permaneció en el aire. En cambio, el aroma de las flores lo rodeaba, aunque no vio muchas flores. De vez en cuando, flores brillantes brotaban de una jardinera, pero no lo suficiente como para explicar el perfume en el aire.

La música se escuchaba desde las puertas y parecía que todos los demás residentes cantaban, incluso los hombres que dirigían las naves. Brok estaba agradecido de que nadie pudiera verlo, porque estaba seguro de que su boca colgaba abierta probablemente de la manera más poco atractiva. ¿Había llegado durante algún tipo de festival? Los spartosianos parecían estar celebrando algo, pensó, mientras pasaba una nave llena de hembras ligeras de ropa y en diversas posturas provocativas. Y todos parecían llevar casi tan poca ropa como él.

El bote en el que viajaba disminuyó la velocidad lo suficiente como para que un vendedor en la orilla les entregara a los pasajeros algunas frutas de color rojo brillante, que procedieron a alimentarse unos a otros de manera seductora, mientras el bote continuaba avanzando. Brok trató de ignorarlos y a los ruidos cada vez más fervientes que hacía la pareja una vez que terminaron la fruta.

Miró al macho que dirigía la nave, a quien no parecía darse cuenta ni importarle que la pareja ahora se acariciara abiertamente mientras navegaban a toda velocidad por la ciudad. Claramente, los rumores de que Spartos era una sociedad hedonista eran ciertos. Nunca había visto un lugar así, y eso incluía varios de los planetas del placer, donde los residentes estuvieran tan desinhibidos.

Volviendo a mirar a la pareja sentada en el bote, ahora vio que el macho tenía su cabeza completamente debajo de las voluminosas faldas de la hembra mientras ella gemía ruidosamente, sin dar lugar a dudas de lo que estaba haciendo entre sus piernas abiertas.

Brok se obligó a apartar la mirada, incluso cuando sintió que su pene se endurecía. La idea de tener su cabeza entre las piernas de una hembra hizo que la sangre corriera hacia el sur. Había pasado tanto tiempo desde que había estado con una, con cualquier hembra, que casi gruñó en respuesta a los gemidos entrecortados de la hembra que se hacían más fuertes. Dejó escapar un último grito de placer antes de que el macho emergiera de debajo de sus faldas, sonriendo ampliamente. Antes de que tuviera que presenciar, u oír, que el macho sacara su pene y comenzara a correrse entre sus piernas, la nave redujo la velocidad hasta detenerse.

Brok miró el dispositivo que llevaba en la cintura. No había llegado al lugar exacto donde estaban Serge y Madeleine; ahora parecía que estaban ligeramente separados, pero necesitaba salir de la nave. Con un solo salto, llegó al rellano y se alejó sin mirar atrás, casi chocando con un par de machos que se turnaban para saltar e intentar besar un par de pechos que colgaban de una ventana superior. La hembra propietaria de los amplios pechos se reía alegremente mientras los machos, que parecían no mucho más que adolescentes, se empujaban entre sí y saltaban más alto, aullando y vitoreando cuando sus lenguas hacían contacto con uno de los pezones rosados.

Se apartó del camino antes de chocar con ellos, aunque dudaba de que alguno de ellos notara algo. Estaban demasiado cautivados por la hembra que los provocaba con sus redondos pechos. No se consideraba un mojigato. Después de todo, había frecuentado planetas y casas de placer,

como hacían todos los drexianos, pero ¿qué *grek* tipo de lugar era este? ¿Y por qué todos parecían estar borrachos con el Tónico de Placer Palaxiano?

El pánico se apoderó de sus entrañas. Si habían pagado generosamente a los piratas de Ganthar por Madeleine, no tenía dudas de por qué lo habían hecho. Tenía que encontrarla antes de que ella hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse. O antes de que *le* hicieran algo.

CAPÍTULO

SEIS

«¿A dónde llevaban a mi amigo otra vez?», Maddie le preguntó a la reina, mientras entraban a una espaciosa habitación con vista a uno de los canales.

La reina hizo un breve gesto con la mano. «Estará perfectamente a salvo, querida. No tenemos intención de hacerles daño a ninguno de los dos».

Eso no era del todo reconfortante, pensó Maddie. Tampoco había respondido a su pregunta, aunque se había dado cuenta de que los spartosianos no eran las personas más directas. Parecían preferir hablar en círculos y sonreír mucho. ¿Por qué todos en este planeta sonreían tanto?

Intentó no preocuparse por Serge, el pequeño era más duro de lo que parecía, ¿verdad?, y decidió concentrarse en dónde estaba ella. No habían caminado muy lejos del salón principal, por lo que sabía que todavía estaban en el palacio, pero esta habitación parecía ser una especie de cámara privada, aunque no un dormitorio. Si fuera honesta, parecía más bien un patio de juegos interior o un gimnasio peculiar.

Había tapetes a lo largo de una sección del piso cubiertos con una tela sedosa y un par de columpios suspendidos del techo en el centro de la habitación. Las bolas doradas gigantes empujadas contra las paredes le recordaron las pelotas de ejercicio que había usado en el gimnasio para hacer abdominales cuando se sentía realmente fuerte. Pufs de tela estaban agrupados alrededor de un conjunto de ventanas altas en forma de arco, como sillas dispuestas frente a una pantalla plana, y en un nicho a un lado había un par de piscinas hundidas. En una de ellas salía vapor de la superficie y en la otra no.

La reina tomó su mano y su agarre fue sorprendentemente fuerte. «Parece que necesitas relajarte y disfrutar». Ella tiró de ella hacia los columpios. «Puedo ver la tensión en ti».

Madeleine se dejó llevar hasta el par de columpios, aunque le pareció un poco extraño que la reina pasara su tiempo columpiándose. No parecía algo muy majestuoso. No es que ella fuera una experta en comportamiento de la realeza.

Ambas se sentaron en uno de los columpios de tela y, como si fuera una señal, dos mujeres emergieron de las puertas laterales y tomaron su lugar detrás de ellas para empujarlas.

Totalmente normal, se dijo Maddie. No había nada extraño en esto. Aparte del hecho de que no la habían empujado en un columpio desde que probablemente tenía unos seis años.

«Cuéntame de los drexianos», dijo la reina, mientras ambas éramos empujadas hacia atrás y

luego hacia adelante.

Madeleine se sostuvo mientras volaba hacia adelante y su falda volaba hacia su regazo. Usó una mano para tratar de alisarla, ya que la brisa que soplaba sobre la tela transparente dejaba poco a la imaginación y revelaba que los spartosianos no creían en la ropa interior. «No sé mucho sobre ellos. Solo los he visto de pasada».

La reina se giró para mirarla. «¿Pero eres una de sus Novias Tributo?».

Madeleine notó que a la reina no parecía importarle que su falda también flotara sobre su regazo. Supongo que ahora todos somos amigos, pensó, tratando de desviar la mirada cortésmente. «No estuve en su estación espacial mucho antes de que tuviéramos que evacuar, y nunca conocí al drexiano con el que se suponía que me casaría, si es que ya me habían asignado uno. Principalmente interactué con Reina y Serge, a quien conociste».

«Sí. La criaturita del pelo raro».

Madeleine se sintió a la defensiva con respecto a Serge. «Es un gatazoide».

La mujer asintió y se balanceó más alto, con sus largas piernas desnudas extendidas frente a ella mientras su cabello rubio volaba hacia atrás. «¿No se siente maravilloso el viento en tu piel?».

«Mmmm». Madeleine hizo un gesto de asentimiento, pero definitivamente no le gustaba tanto el balanceo como a la reina spartosiana. Claro, era divertido, pero la expresión entusiasta en el rostro de la otra mujer le hizo pensar que de alguna manera no estaba obteniendo el efecto completo.

«Entonces, ¿todavía no estás apareada con un drexiano?».

«¿Qué? ¿Apareada? No, y ni siquiera sé si quiero estarlo». ¿Por qué le estaba confesando esto a una completa desconocida?

«¿No?».

La reina desaceleró su movimiento. «He oído que los drexianos son bastante grandes y físicamente impresionantes. ¿No es eso cierto?».

Madeleine se encogió de hombros. «No. Por lo que he visto, eso es cierto».

«¿Entonces no crees que sería placentero aparearte con ellos?».

La reina puso los pies en el suelo para detenerse.

Bueno, ella no se andaba mucho con rodeos, ¿verdad?

Las mejillas de Madeleine se calentaron y también desaceleró su movimiento. «Supongo. Quiero decir, no lo sé. Realmente no lo había pensado así».

La rubia fijó sus fríos ojos azules en ella, sus labios se curvaron en una sonrisa. «¿Qué otra forma de verlo existe?».

Antes de esperar respuesta, agarró la mano de Madeleine y la sacó del columpio. «Si algo no te hace sentir bien, no tiene sentido hacerlo».

Madeleine definitivamente no estaba de acuerdo con eso. La mayoría de las cosas que hacía no eran necesariamente agradables, pero le proporcionaban una gran satisfacción. Ella nunca podría afirmar que disfrutaba que la vomitaran o la sangraran, o todas las otras locuras que le sucedieron como paramédico, pero tampoco lo cambiaría por nada del mundo. Y la mayoría de

las cosas que la emocionaban, como el buceo libre, la escalada en roca, el paracaidismo, eran bastante aterradoras cuando estaba en medio de ellas. Pero la descarga de adrenalina valía cualquier miedo o incluso dolor momentáneo. La adrenalina la hacía sentir viva.

«¿No estás de acuerdo?». La reina la miró y estudió su expresión, lo que Madeleine sospechaba revelaba lo mucho que *no estaba* de acuerdo.

«A cada cual lo suyo. Supongo que disfruto de cosas que no son obviamente placenteras».

La rubia la miró entrecerrando los ojos. «Muy curioso. Spartos tomó la decisión de cortar el contacto con otras especies porque nos dimos cuenta de que el conflicto y la guerra eran desagradables. Interactuar con otros planetas restó valor a nuestro disfrute general, por lo que lo detuvimos. Nuestro planeta es rico en recursos naturales, por lo que no necesitamos comerciar con otros mundos y hemos sido muy felices manteniéndonos apartados. Pero siento que ahora nos hemos estado perdiendo variedad».

«¿Hace cuánto tiempo que hacen eso?».

La reina la condujo a través de la habitación de la mano hasta que llegaron al par de piscinas redondas y hundidas. «Tantas generaciones que lo he olvidado».

«Entonces, ¿por qué estoy aquí? No soy de Spartos y tu gente tuvo que lidiar con piratas espaciales para atraparme».

Sus pupilas se encendieron. «Solo puedo imaginar lo aterrador que debe haber sido eso, querida». Se quitó la falda y se desabrochó la blusa para que cayera al suelo, dejándola completamente desnuda. «Mi gente te trajo porque, por mucho que no queramos tratar con otras especies, no podemos evitar sentir curiosidad por ellas».

Madeleine rápidamente miró hacia abajo. Aparentemente, los spartosianos no tenían problemas de modestia. Desnuda, la piel de la extraterrestre parecía aún más nacarada.

La reina entró en la piscina con vapor saliendo de la superficie, gimiendo mientras se sumergía por completo. Cuando estaba recostada en el agua con los codos enganchados a los lados y los pechos flotando sobre la superficie, le hizo un gesto a Madeleine para que se uniera a ella. «Debes entrar. Es divino».

Algo en el tono de la mujer le hizo pensar que no se trataba de una petición. Está bien, Maddie, se dijo a sí misma. Puedes hacerlo. No eres una mojigata. Ya te has bañado desnuda antes. Esto no es gran cosa.

Mirando por encima del hombro, vio a las mujeres que las habían estado balanceando ubicadas a unos pasos de distancia. Le estaban sonriendo, pero nada en sus expresiones indicaba que esto estuviera fuera de lo común.

Respiró hondo y se quitó la falda y la blusa sin mangas, dejándolos en el suelo y caminando lo más rápido que pudo hacia la piscina sin tropezar con sus propios pies. El calor del agua le quemó la piel al principio, pero después de unos momentos sintió que sus músculos se relajaban. Un gemido involuntario escapó de sus labios mientras inhalaba el vapor perfumado que surgía del agua.

La reina se rió. «Te dije que es celestial».

Madeleine no podía discutir con ella. Respiró hondo otra vez. El aroma de los aceites en el agua era adictivamente calmante y, después de unas cuantas respiraciones más, se preguntó por qué había estado tensa. La reina tenía razón. Esto se sentía bien.

Cruzó los brazos a un lado de la piscina y apoyó la cara en ellos, mientras estiraba el resto de su cuerpo detrás de ella en una larga línea. ¿Por qué no debería sentirse bien? ¿Por qué ella no debería sentirse bien?

Una risita burbujeó en su garganta. No se había sentido tan liviana y despreocupada, bueno, tal vez nunca. Ciertamente, no desde antes de que sus padres murieran en el accidente de tren y ella sobreviviera. Sacudió levemente la cabeza. No, ella no quería pensar en eso. Pensar en esa época de su vida no le hacía sentir bien y en ese momento lo único que le importaba era sentirse bien. Sintiendo placer. ¿No era eso lo que la reina había dicho que era importante? Tal vez estos spartosianos tenían razón, después de todo.

Se giró para decirle a la reina que estaba de acuerdo con ella, pero solo vio la forma de la espalda desnuda de la mujer alejándose mientras salía de la piscina y las asistentes la envolvían en toallas.

«Quédate y disfruta del agua», dijo la reina, mientras se alejaba. «Tengo algunas cosas que atender».

Qué extraño, pensó Madeleine, pero reclinó la cabeza en el borde de la piscina y cerró los ojos. Una sensación de satisfacción la invadió de nuevo, y su piel prácticamente zumbaba por el placer del agua caliente que la envolvía.

Cuando sintió las grandes manos en su cintura, le tomó un momento darse cuenta de que no se lo estaba imaginando. Al girarse rápidamente, vio a uno de los príncipes de antes junto a ella en el agua, también desnudo, con una expresión de deseo en su rostro que hizo que se le secara la boca.

CAPÍTULO SIETE

«¿Qué carajo?». Madeleine se cubrió los pechos desnudos con una mano y la euforia se desvaneció cuando él apretó con más fuerza su cintura.

«Pensé que podrías disfrutar de algo de compañía». Sonrió como si fuera la cosa más normal del mundo meterse desnudo en un jacuzzi con un completo extraño.

Tal vez estaba en su mundo, pero no en el de ella. Sacudiendo la cabeza con fuerza para disipar la extraña sensación de tontería que la había invadido, Madeleine puso su mano libre sobre su pecho y empujó. «Te equivocas».

Desafortunadamente, él no se movió y su amplia sonrisa no flaqueó. «Puedo hacerte sentir bien. Incluso mejor que el agua».

Dejó que sus ojos se posaran en el agua humeante y en el embriagador aroma que despedía. ¿Era eso lo que la había hecho sentir tan feliz y desinhibida? ¿Había algo en el agua? Mordiéndose el labio inferior para darse una sacudida, probó el sabor de la sangre y sintió que la niebla mental se disipaba.

«Gracias, pero pasaré». Ella se soltó de su alcance y lo esquivó rápidamente, dirigiéndose hacia las escaleras.

Su fuerte brazo rodeó su cintura por detrás y tiró de ella hacia atrás. «No quieres decir eso. Soy un príncipe. Todas las mujeres en Spartos quieren ser complacidas por mí». Su aliento calentó su oreja mientras presionaba su cuerpo contra el de ella. «Soy legendario».

Podía sentir su legendario reclamo presionando contra su trasero, y su corazón se aceleró. Giró la cabeza por la habitación, pero todos se habían ido. No es que supusiera que alguien vendría corriendo si ella gritaba. Estaba bastante segura de que cualquiera que estuviera dentro del alcance de su audición tenía órdenes estrictas de no molestar al príncipe mientras realizaba su conquista.

Deseó desesperadamente no haber dejado que la separaran de Serge. El gatazoide podía ser demasiado dramático a veces, pero ella sabía que él daría su vida para mantenerla a salvo, aunque no sabía qué podía hacer el extraterrestre contra alguien tan grande como este tipo. No era del tamaño de un drexiano, pero pesaba al menos veinticinco kilos más que ella. No es que fuera difícil, considerando que solo medía unos centímetros más del metro y medio de altura.

Madeleine se tomó un momento para concentrar su mente. Ser pequeña nunca le había impedido

hacer nada. Se había enfrentado cara a cara con paramédicos varones y había pateado muchos traseros en las colchonetas de Muay Thai.

La mano del príncipe se movió desde donde rodeaba su cintura hasta sus pechos, tomó uno y lo apretó. «Solamente disfrútalo. La vida está para disfrutarla».

Más de esta mierda, pensó. Según su experiencia, la vida era dura y sucedían cosas malas. Por eso no se sorprendió cuando fue secuestrada por los drexianos y luego nuevamente por los piratas espaciales. El desastre siempre estaba ahí esperándola, y por eso le gustaba afrontarlo de frente. No podría tomarla por sorpresa ni derribarla si lo esperaba.

Pero también sabía cómo ser inteligente y lo despistados que podían ser los chicos, cualquier chico.

«Tal vez tengas razón», susurró ella, arqueándose hacia él. «Te sientes bien».

Él hizo rodar su pezón entre sus dedos y ella apretó los dientes. Iba a disfrutar pateando las preciosas pelotas de este príncipe. Girándose lentamente, levantó los brazos para rodear su cuello con ellos.

Él la miró de reojo, su cabello rubio húmedo y cayendo hacia adelante alrededor de su rostro. «Estás a punto de sentirte aún mejor».

«Qué pena que tú no». Ella le sonrió mientras levantaba su rodilla rápidamente para conectarla directamente con su ingle.

Sus ojos se abrieron y luego giraron hacia atrás mientras sus manos se dirigían a su entrepierna.

Madeleine se dio la vuelta y corrió lo más rápido que pudo a través del agua, hasta llegar a la mitad de las escaleras antes de que su tobillo fuera jalado hacia atrás. Reforzando sus brazos para frenar la caída, aterrizó en las escaleras y el dolor le atravesó una pierna.

«No tan rápido», gruñó él con su cuerpo cubriendo el de ella mientras ella intentaba salir de la piscina por completo.

Joder, pesaba. Intentó darse la vuelta, pero su peso la mantuvo inmovilizada.

Él tomó sus muñecas y las ancló sobre su cabeza. «No creo que hayas sido honesta con nosotros».

Ella dejó escapar una risa ahogada mientras luchaba contra él. «¿En qué fui deshonesta?».

Presionó sus labios contra su oreja. «No tomaste tu pastilla».

«¿Qué pas...?». De repente recordó la pastilla azul que Serge había estado tan ansioso por tomar y que ella había escupido. Las pastillas que se suponía que evitarían el envenenamiento por radiación. «¿Intentaron drogarme?».

Él se rió. «No creas que eres especial, hembra. Todo spartosiano las toma. Nuestra agua contiene los mismos compuestos, pero la pastilla proporciona una dosis diaria en caso de que un residente no esté lo suficientemente expuesto al agua».

Ella respiró hondo bajo su pesado cuerpo. «¿El agua potable también está drogada?».

«¿Agua potable?», otra risa. «Toda el agua de Spartos contiene propiedades especiales que liberan inhibiciones. La clase dominante simplemente decidió echarle una pequeña mano».

Un planeta cubierto de agua que te hacía sentir loco y liberado. Simplemente perfecto.

«No es para preocuparse». Le sujetó las muñecas con una mano mientras con la otra jugueteaba con un gran anillo en su dedo. La parte superior del anillo abovedado se abrió para revelar una de las pastillas azules que había rechazado antes.

Antes de que pudiera cerrar la boca, él sacó la pastilla y se la metió en la boca, presionando su boca firmemente contra la de ella mientras ella intentaba no tragar. Sus intentos de escupirlo o morderlo fueron infructuosos y, después de un minuto, sintió que la pastilla se disolvía en su lengua.

No, no, no, no, no, no. Si se hubiera drogado solo por respirar el vapor del agua, ¿cómo diablos se sentiría después de ingerir la píldora?

Ella se resistió a él, pero sus movimientos eran lentos. Espera, ¿por qué estaba ella luchando contra él? Su duro cuerpo estaba cálido contra su espalda, y su piel sentía un hormigueo cuando él la frotaba. Ella se hundió contra el suelo y él aflojó la presión sobre sus muñecas.

«Ahora entenderás lo que es experimentar la vida como un spartosiano», le murmuró al oído mientras le daba la vuelta.

Mirándolo, trató de recordar por qué no quería esto, pero sus pensamientos estaban confusos. ¿Por qué no quería sentirse bien? No era como si no hubiera tenido muchos novios, aunque nunca se había acostado con alguien que no conocía. Pero, ¿por qué no lo había hecho? Su corazón latió más rápido cuando sintió algo duro presionar contra sus piernas. ¿Por qué no debería hacer lo que la hacía sentir bien?

Algo le molestaba en el fondo de su cerebro, pero no podía concentrarse. Si se sentía bien tenía que estar bien, ¿verdad? Y en ese momento Madeleine se sentía bien. Miró al hombre que se cernía sobre ella, con los ojos hambrientos. Luego su rostro se relajó y se desplomó encima de ella, su peso muerto casi la dejó sin aliento.

Antes de que pudiera apartarlo de ella, el cuerpo de él fue levantado y dejado caer a un lado con un fuerte golpe. Se sentó y giró la cabeza por la habitación vacía. ¿Qué diablos había pasado?

Algo agarró su mano y la levantó. «Vamos, Madeleine. Tenemos que irnos».

CAPÍTULO OCHO

Brok la empujó hacia adelante y miró furtivamente alrededor de la habitación. Al menos el hombre spartosiano en el suelo no se levantaba. Por otra parte, le había golpeado bastante fuerte en la cabeza. No es que el *grekking* bastardo no se lo mereciera.

La rabia lo atravesó mientras repetía la escena que había visto cuando entró. Madeleine desnuda y tendida debajo del alienígena, claramente reacia y el hombre preparándose para tomarla. El spartosiano había tenido suerte de que no le hubiera roto el cuello. Jaló su mano una vez más, necesitando sacarla de allí.

Madeleine se echó hacia atrás y le dio un manotazo en la mano a pesar de que claramente no podía verlo. «¿Qué está sucediendo? ¿Quién está ahí?».

Brok contuvo la respiración, recordándose que ser atrapado por una fuerza invisible debía ser bastante desconcertante. Presionó un botón en el dispositivo en su cintura, esperando un momento hasta que la capa se soltó y apareció frente a ella. «Soy el capitán Brok de la Fuerza Infernal. Estoy aquí para rescatarte».

La humana se quedó boquiabierta, y más mientras lo miraba de arriba abajo. «¿Cómo hiciste eso?».

«Tecnología drexiana».

Ella pensó en eso por un momento antes de inclinar la cabeza hacia él. «¿Y por qué solo llevas ropa interior?».

Él arqueó una ceja y su mirada se posó en el cuerpo desnudo de ella.

Pareció darse cuenta instantáneamente de que no estaba vestida, sus mejillas se inundaron de color, mientras movía su brazo libre para cubrir sus senos. «Me parece justo».

Vio un montón de ropa en el suelo, la recogió y se la tendió. «¿Es esto lo que llevabas antes?».

Ella asintió, tomó la frágil tela y se la puso rápidamente, la tela se pegó a su piel húmeda. Echando un vistazo por encima del hombro al cuerpo caído, se rió y luego se tapó la boca con una mano.

Sacudiendo la cabeza como si estuviera intentando aflojar algo, entrecerró los ojos hacia el hombre derribado. «¿Está muerto?».

Brok observó el ascenso y descenso del pecho del hombre spartosiano. «Lamentablemente no».

Ella giró la cabeza hacia él y parpadeó con fuerza. «¿Qué quieres decir con lamentablemente?».

Brok se acercó y vio lo dilatadas que estaban las pupilas de Madeleine. «¿Has estado bebiendo?».

Se mordió el labio inferior y meneó la cabeza de arriba a abajo. «Traté de no tragarme la pastilla, pero él me obligó».

La furia invadió a Brok. «Esa es otra razón por la que desearía que estuviera muerto».

La humana intentó mirarlo fijamente, pero su mirada se desvió. «Si muere, ¿a quién crees que culparán estos alienígenas?».

Tenía razón, aunque su propio corazón todavía latía con fuerza como resultado de la furia que había sentido cuando vio al hombre a punto de aprovecharse de ella. A Brok le había quedado claro que ella había estado fuera de esto, y el spartosiano desnudo parecía no tener ningún problema en follar con una mujer que no era capaz de dar su consentimiento. Pero tal vez había interpretado mal la situación. ¿Había ella deseado a esa criatura de pelo amarillo?

«¿Preferías que no lo hubiera detenido?».

Madeleine negó con la cabeza. «No estoy diciendo eso». Se frotó las sienes y se estremeció; el repentino movimiento de la cabeza era claramente doloroso.

Le tocó la cara con una mano. «¿Estás adolorida?».

Ella lo miró con una sonrisa vacía. «Estoy bien, pero mi cabeza todavía se siente destrozada por esa pastilla». Su mirada recorrió su cuerpo. «Hablando de bien...».

Los rumores no habían mencionado pastillas que hicieran actuar como un tonto, aunque suponía que una sociedad hedonista querría tener las inhibiciones lo más bajas posible. Por lo que había visto en el barco y en la ciudad, las pastillas funcionaban muy bien.

«Esperemos que desaparezca pronto», dijo, moviéndose bajo su mirada descarada.

«¿Dijiste que estás con la Fuerza Infernal?», ella volvió a mirarlo a la cara. «¿Está eso relacionado con los drexianos?».

«Sí. La Fuerza Infernal es la división de combate de élite del ejército drexiano».

Ella lo miró de arriba abajo otra vez. «Entonces, ¿mandaron a los tipos duros a buscarme?».

«Normalmente voy vestido más formalmente». Se aclaró la garganta. «Desafortunadamente, me metí en el océano antes de venir aquí y tuve que dejar mi ropa en el transbordador».

«Está bien. Te ves bien en ropa interior ajustada». Se tapó la boca con una mano en el momento en que las palabras salieron de sus labios.

Él contuvo la risa y en su lugar le dio un breve asentimiento. «Gracias».

«No sé por qué dije eso», susurró. «Creo que esa pastilla me aflojó la lengua, lo cual no es nada bueno».

«¿No?». Él se permitió sonreír ante su evidente vergüenza, pero se alegró de su cumplido.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y logró darle una mirada severa. «¿Estás aquí para rescatarme?».

Recordó por qué había estado tan ansioso por sacarla y tomó su mano nuevamente. «Necesitamos salir de aquí antes de que el spartosiano despierte y alerte a todos».

Ella lo detuvo cuando llegó a la puerta. «Espera. No podemos salir así. Al menos, tú no puedes».

Brok miró su cuerpo casi desnudo, con tatuajes que cubrían un lado de su pecho y la mitad de un brazo.

«No podrías pasar por uno de ellos», dijo Madeleine. «¿Puedes volver a hacer esa cosa de desaparecer?».

«Sí, pero aún tú serás visible».

«Pero soy una invitada de honor. Y estoy vestida como el resto de ellos. Eres demasiado grande para ser de Spartos, además no eres rubio, y tengo la sensación de que no están trayendo extraterrestres atractivos a su planeta para darle vida a las cosas.

El rostro de Brok se calentó al ser llamado extraterrestre atractivo, y rápidamente presionó su dispositivo, agradecido cuando desapareció, y ella ya no pudo ver cómo sus palabras lo habían afectado.

Ella no es tuya, se recordó. Solo estás aquí para rescatarla.

Incluso si ella lo hubiera llamado atractivo, eso no significaba nada. Después de todo, tenía un físico impresionante, incluso si su rostro estaba arruinado. Dejó escapar un suspiro para calmarse y se dijo nuevamente que sus palabras no significaban nada.

«¿Listo?», susurró ella, mirando el espacio donde él había estado.

Abrió la puerta y miró hacia afuera. Sin guardias. No había ninguno cuando localizó la habitación, y le complació ver que eso no había cambiado.

«Por aquí». Él tomó su mano y la empujó detrás de él mientras avanzaba por el amplio corredor de piedra que se alejaba del palacio.

«¿Es este el camino hacia Serge?».

Brok casi maldijo cuando recordó que la mujer no era el único objetivo de su misión. Sacó el otro dispositivo de su cinturón y vio el segundo punto rojo parpadeante. El gatazoide estaba en algún lugar del sótano del palacio, varios niveles más abajo de donde estaban ellos. Él gimió. La posibilidad de bajarla por todos esos pisos y volver a salir sin que la detuvieran era casi inexistente.

«Necesito sacarte primero», dijo. «Luego, volveré por el gatazoide».

Madeleine soltó la mano de él y se puso las manos en las caderas. «De ninguna manera. No me iré sin Serge».

Admiraba su lealtad, pero también sabía que era más peligroso para la mujer humana estar en

Spartos que para el gatazoide.

«Prometo que no lo dejaremos. Pero primero necesito llevarte al transbordador».

Ella entrecerró los ojos hacia él. «Escucha, ese pequeño gatazoide ha sido mi único amigo durante todo este loco lío. Puede que sea el organizador de bodas más extraño que jamás haya visto, pero ha estado a mi lado desde el primer día. No me conoces, pero no dejo a ningún hombre atrás. De ninguna manera voy a salir corriendo hacia un lugar seguro y abandonarlo, así que tendrás que encontrar una manera de llevarnos a los dos al transbordador.

Grek. Esto no iba tan bien como esperaba. Antes de que pudiera explicar lo difícil que iba a ser recuperar a Serge, unos pasos resonaron. Pasos que se iban acercando a ellos.

Brok escaneó el pasillo, pero no había ningún lugar donde esconderse y ciertamente no podían volver a la habitación. No si hacia allí se dirigían los pasos que se acercaban. No, Madeleine necesitaba estar lejos cuando encontraran al spartosiano herido o cuando él volviera en sí solo.

«Mierda», susurró Madeleine, sus ojos se dirigieron a la puerta de la habitación de la que habían salido. «Esto no es bueno».

Brok vio aparecer largas sombras a la vuelta de la esquina y supo que solo pasarían unos momentos antes de que vieran a Madeleine. Sin pensarlo, la apoyó contra la pared, presionando su cuerpo lo más cerca posible del de ella e inclinando la cabeza para cubrir la de ella. Ella abrió la boca para emitir un sonido de protesta, pero él la silenció con un fuerte beso.

Él fue vagamente consciente de las pisadas que pasaban junto a ellos, cuando sus labios se abrieron para él. No había planeado hacer más que sofocar su grito, pero se encontró hundiéndose en el calor de su boca. Su lengua acarició la de ella mientras la besaba más profundamente, presionándola con más fuerza contra la pared. Todo el deseo que se había estado acumulando dentro de él irrumpió en su cuerpo, y lo único que podía escuchar eran los latidos de su corazón, y todo lo que podía sentir era el calor de su boca y la suavidad de su piel mientras sus manos se movían hasta sus caderas.

Lo que más lo sorprendió fue su reacción hacia él. En lugar de alejarlo, ella se derritió en el beso e incluso respondió a su urgencia con su propia intensidad. Después de un momento, se apartó y dio un paso atrás, la realidad de dónde estaban y lo que había hecho lo golpeó. Era consciente de que su pene estaba duro y que había estado presionando su cadera.

Madeleine parecía atónita mientras respiraba profundamente. En lugar de abofetearlo o preguntarle por qué la había besado, recorrió el pasillo con la mirada hasta donde las pisadas habían desaparecido. «No me vieron».

Él dio un paso más y, cuando su cuerpo estuvo al mismo nivel que el de ella, ella pareció desaparecer. Retrocediendo de nuevo, se aclaró la garganta. «Si estoy lo suficientemente cerca de ti, el camuflaje te cubrirá a ti también».

Sus ojos se movieron sobre él, pero él sabía que ella solo veía espacio vacío. Extendió una mano hasta que sus dedos tocaron su pecho desnudo. «Es bueno saberlo».

CAPÍTULO NUEVE

Madeleine se apartó los mechones húmedos de la frente. Si el impacto de ser rescatada por un drexiano invisible no la hubiera despertado de su estupor, el beso ciertamente lo habría hecho. Sus labios todavía zumbaban por eso y su pulso se aceleraba salvajemente.

No podía verlo ahora, pero lo había visto bien cuando desactivó el dispositivo de camuflaje. Era alto y ancho, como todos los drexianos que había visto, pero a diferencia de los guerreros que había encontrado en La Nave, con uniformes almidonados y saludos bruscos, este tipo parecía estar en casa en un bar de motociclistas en la Tierra. No solo estaba tatuado, sino que tenía una cicatriz que le recorría un lado de la cara. Sin embargo, la cicatriz no lo hacía lucir menos hermoso ni la distraía de sus sorprendentes ojos color aguamarina. De hecho, a ella le gustaba su pelo largo y revuelto y su apariencia peligrosa.

Se sentía atraída por los chicos malos, o por su apariencia, y el capitán Brok de la Fuerza Infernal, con su físico desgarrado y sus ojos azules que brillaban intensamente, parecía un chico malo de verdad. Y ese beso lo había demostrado. No había nada vacilante en la forma en que la presionó contra la pared. No, él la había besado como un hombre acostumbrado a tomar lo que quería, y eso le envió un escalofrío de placer no deseado por su espalda.

«Creo que se han ido», dijo, cuando se dio cuenta de que él no se movía.

«Bien». Se aclaró la garganta. «Te estaba llevando al transbordador».

«Buen intento». Ella soltó su mano de su alcance. «Íbamos a encontrar a Serge».

Brok suspiró y ella no necesitó verlo para reconocer la expresión exasperada de su rostro. Tampoco necesitaba verlo para saber lo cerca que estaba de ella. Podía sentir el calor corporal desprendiéndose de él.

«No lo estás poniendo fácil, Madeleine».

A ella le gustó la forma en que pronunció su nombre, alargando cada sílaba para que sonara más exótica. «Llámame Maddie. Y no sabía que la Fuerza Infernal necesitaba que las cosas fueran fáciles».

Un ruido sordo suyo resonó en las paredes de piedra. «Solo estoy tratando de mantenerte a salvo». El pausó. «¿No te llamas Madeleine?».

«No, sí». Desde que murieron sus padres, casi nadie la llamaba por su nombre completo. Era más

rápido decirle ‘Maddie’ cuando estaba en una llamada de emergencia, y el apodo parecía sentarle mejor que el de Madeleine, más elegante. «Pero, Maddie es más corto, por lo que la mayoría de la gente termina llamándome así».

«Si no te importa, prefiero llamarte Madeleine».

Sintió prisa al oírlo decir su nombre con su voz ronca, así que se encogió de hombros. «Haz lo que quieras, pero eso no cambia el hecho de que voy a ir por Serge, contigo o sin ti».

Otro resoplido. «Si estuvieras en mi nave, te encerraría en el calabozo por desobedecer órdenes».

«Entonces, es bueno que no estemos en tu nave». Ella sonrió dulcemente al espacio vacío donde supuso que él estaba parado. «Y no soy una guerrera drexiana, ni parte de la Fuerza Infernal, así que técnicamente no tengo que seguir tus órdenes».

Él murmuró varias palabras que ella no pudo entender, pero supuso que no eran halagadoras. «Escucha», dijo. «No estoy tratando de ser un dolor de cabeza, pero no puedo deshacerme de mi único amigo aquí para salvar mi propio cuello. Si nos vamos, lo haremos con Serge. Una vez que lo tengamos, con gusto seguiré cualquier orden que me des».

«¿Lo harás?».

Ella vaciló un poco. «Si me ayudas a recuperar a Serge, tendrás mi completa obediencia».

Una mano cálida envolvió la de ella y notó que su mano desapareció cuando él la tocó. «Te haré cumplir eso, Madeleine».

Su voz era tan seria que su estómago dio un salto mortal. Mierda. ¿Qué acababa de prometer?

Apretando con más fuerza su mano invisible, la jaló hacia adelante. «Mis sensores dicen que está en el nivel inferior de este palacio. Deberíamos encontrar una escalera trasera por aquí».

Avanzaron rápidamente por el pasillo de techos altos hasta llegar a un aparente callejón sin salida.

«Demasiado para una escalera trasera», murmuró, mirando por encima del hombro hacia donde tendrían que retroceder.

«Es aquí», dijo Brok. «Debe estar oculta».

Madeleine miró la pared de piedra de marfil. «¿Un pasadizo secreto?» Comenzó a golpear la roca dura y escuchó a Brok hacer lo mismo. Después de unos momentos, una de las piedras más pequeñas se hundió en la pared, presumiblemente después de que Brok la presionó, y un panel se abrió.

«Este lugar definitivamente tiene muchos secretos», dijo Madeleine mientras la llevaba hacia la escalera oculta.

«Cierto. Entiendo cada vez más por qué no quieren tener relaciones diplomáticas con otros planetas».

«¿Porque no quieren que el resto de los alienígenas sepan lo raros que son?».

«Algo como eso. Sería difícil explicar el razonamiento detrás de mantener drogada a toda la

población».

Madeleine se estremeció al recordar lo fuera de sí que se había sentido cuando la píldora hizo pleno efecto. Realmente no le importaba lo que el príncipe spartosiano había estado a punto de hacerle. Una parte de ella realmente lo había agradecido, aunque ese nunca habría sido el caso si hubiera estado sobria. Se dio una pequeña sacudida, evitando la sensación de vergüenza y arrepentimiento que sentía, a pesar de que no había pasado nada. Le gustaba pensar que vivía al límite y abrazaba lo desconocido, pero incluso eso era demasiado para ella.

Brok la mantuvo pegada a él mientras bajaban silenciosamente las escaleras de caracol que serpenteaban hacia las entrañas del edificio. Con una mano en el muro de piedra, sintió que se volvía más fresco y ligeramente húmedo a medida que descendían, y se preguntó si estaban bajo el nivel del agua de la ciudad.

En un momento, escuchó voces que venían desde abajo y se hacían más fuertes. Brok la aplastó contra la pared segundos antes de que pasaran un par de mujeres, y ella contuvo la respiración hasta que la conversación aguda y alegre subió las escaleras. La presión de su gran cuerpo contra el de ella no la sobresaltó la segunda vez, y extrañó el calor cuando él se alejó.

«Ya casi llegamos», susurró, cuando llegaron a un rellano que se extendía a otro corredor. En lugar de ser brillante con techos altos como el piso de arriba, este pasillo era oscuro y húmedo con apliques parpadeantes en las paredes que daban una luz desigual. Había un persistente olor a moho y el sonido lejano del agua goteando. Definitivamente estaban bajo tierra, y la idea le puso la piel de gallina.

«Esto no es una mazmorra, ¿verdad?», preguntó, con la voz quebrada. No podría soportar que a Serge lo hubieran encerrado en otra celda.

«No lo sé. No lo creo».

Sin decir una palabra más, avanzaron por el pasillo hacia el sonido de voces y ruidos. El olor a moho pronto fue reemplazado por olor a pescado. Pero no pescado crudo, pescado que se estaba cocinando. Tampoco es que fuera especialmente agradable.

Los sonidos se hicieron más fuertes y las voces se elevaron, y Madeleine casi gritó cuando reconoció la voz de Serge en medio de la cacofonía. «Él está ahí. Más adelante».

Brok no respondió, pero la presión de su mano sobre la de ella aumentó y se movió más rápido. Doblaron una esquina y el pasillo se abrió hacia una enorme cocina con gente ajetreada desde los hornos que se alineaban en una pared hasta las mesas en el centro de la habitación y una larga encimera de piedra que recorría toda la longitud de otra pared. Algunos de los trabajadores eran spartosianos, pero aún más eran alienígenas de todo tipo. Una mujer alta, de piel morada, trabajaba con un montón de masa sobre el mostrador mientras un alienígena achaparrado y con cuernos estaba sentado en una mesa baja cortando la piel de anguilas plateadas. Otros alienígenas enormes con piel carmesí y cabezas calvas que rozaban el techo arrastraban enormes calderos hacia llamas rugientes.

Madeleine escudriñó la habitación hasta que localizó a Serge en un rincón alejado. Se encontraba sentado en un taburete raspando la carne de un extraño pez de ocho patas. Su cabello era fucsia y murmuraba furiosamente para sí mismo.

«Ese es él», le dijo Madeleine a Brok, levantando la mano que sostenía para señalar al gatazoide. «No puedo creer que lo pusieran a trabajar en las cocinas. *No* va a estar contento».

Aunque sabía que Serge estaba a punto de reprenderla, no le importaba. Estaba tan feliz de que él estuviera a salvo y no encerrado en una especie de mazmorra spartosiana.

Tirando del invisible drexiano detrás de ella, Madeleine se abrió camino a través de la bulliciosa cocina. Recibió algunas miradas curiosas, pero la mayoría de los trabajadores estaban demasiado ocupados con sus tareas para preocuparse demasiado por ella.

«¡Serge!», gritó cuando llegó hasta él.

El gatazoide levantó bruscamente la cabeza al oír su nombre y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa, que rápidamente se transformó en indignación mientras evaluaba su ropa húmeda. «¿Dónde has estado? ¿Fuiste a nadar mientras yo trabajaba aquí abajo?».

«No exactamente». No quería entrar en detalles de su desagradable encuentro con el príncipe spartosiano. Allí al menos no. «Estamos aquí para sacarte».

Serge parpadeó con sus grandes ojos redondos. «¿Estamos?».

«Estoy parado junto a un guerrero drexiano invisible que vino a rescatarnos».

La expresión de Serge no cambió. «¿Invisible?». Sus hombros se hundieron. «La presión finalmente te ha afectado, ¿no, cariño? Está bien. No te culpo. Han sido unas semanas difíciles. Yo mismo casi he tenido alucinaciones algunas veces».

«No estoy alucinando», insistió Madeleine. «El capitán Brok de la Fuerza Infernal está justo a mi lado».

La frente de Serge se arrugó. «Qué extrañamente específico».

«Ella está diciendo la verdad». La voz de Brok era baja y profunda. «He venido a sacarlos a ambos de Spartos».

Serge gritó y soltó el cuchillo que sostenía, cayendo y alojándose en la punta de su zapato. Lanzó otro grito de dolor y sus ojos se agitaron una vez antes de volver a girar hacia atrás.

CAPÍTULO DIEZ

Brok atrapó al pequeño alienígena antes de que cayera al suelo. Como seguía invisible, parecía como si el gatazoide estuviera medio desplomado y medio flotando en el aire. Madeleine lo alcanzó y lo ayudó a mantenerse erguido, mientras Brok se arrodillaba.

«Será mejor que le quite esto del pie». Levantó el cuchillo y los ojos de Serge se abrieron de golpe.

«¿Qué pasó? ¿Qué está sucediendo?», el alienígena miró frenéticamente a su alrededor y luego sus ojos se posaron en el cuchillo que parecía estar suspendido sobre su pie. «¿Finalmente he enloquecido?». Clavó los ojos en Madeleine y bajó la voz hasta convertirla en un susurro desesperado. «¿Me estoy volviendo loco?».

Madeleine sonrió y le frotó el brazo. «No estás loco. Te lo dije. El capitán Brok es invisible».

Serge la miró con cautela y luego miró el espacio vacío, observando cómo Brok levantaba el cuchillo y lo colocaba sobre la mesa. Él extendió un dedo rechoncho. «Entonces, ¿está ahí?».

Madeleine le hizo callar mientras unos cuantos alienígenas miraban en su dirección. «Tiene un dispositivo especial que lo oculta».

«Como las naves drexianas», dijo Brok, para que solo Serge y Madeleine pudieran oírlo.

El gatazoide asintió, esta información pareció apaciguarlo. «¿Y está aquí encubierto? ¿Para sacarnos de aquí?».

«Sí», dijo Brok.

Serge se levantó y puso sus manos en las caderas. «Bueno, ya era hora. Estoy listo para volar este puesto de paletas».

Madeleine enarcó una ceja. Se había acostumbrado al uso que hacía Serge de las expresiones terrestres, pero ésta era nueva para él.

«¿Puedes creer que me trajeron aquí?», preguntó Serge, abriendo sus pequeños brazos. «¿Yo, precisamente, trabajando en la cocina? Les conté mis habilidades y calificaciones, pero ¿esa rubia engreída me escuchó? No, no lo hizo. Me arrastró hasta aquí. ¡Aquí de todos los lugares! Como si alguna vez en mi vida hubiera pelado un pescado».

Madeleine le dio unas palmaditas en el brazo al gatazoide.

«Me alegra ver que estás bien», continuó Serge después de respirar rápidamente, mirando a la mujer humana. «Insistí en que me llevaran de regreso contigo, pero ¿me escucharon? Por supuesto que no. De todos modos, ¿adónde te llevó la reina?».

Madeleine tragó. «Es difícil de explicar. Una especie de zona de recreo».

Una expresión de indignación cruzó por el rostro de Serge. «¿Recreo?».

«Sí, pero créeme cuando te digo que no deberías estar celoso», le dijo Madeleine. «Serge, hay algo realmente turbio en este planeta».

«Claramente. Ponen a trabajar a artistas como yo pelando pescado».

Madeleine puso los ojos en blanco. «Más que eso. Hay algo en el agua que vuelve a todo el mundo un poco tonto, y esas pastillas azules que nos dieron no son para prevenir el envenenamiento por radiación».

Serge se llevó una mano a la garganta. «¿No lo son? No me digas que son tóxicas. ¿Voy a morir? Voy a morir, ¿no? Lo sabía. Este es mi fin».

«No vas a morir. Pero reducen las inhibiciones y te obligan a hacer cosas que normalmente no harías».

Serge inclinó la cabeza hacia un lado. «Eso explica por qué no podía dejar de reírme antes. Y sabes que nunca me río». Miró sospechosamente alrededor de la habitación. «Entonces, ¿todos aquí están drogados?».

«Probablemente los trabajadores de aquí, no», dijo Brok. Ninguno de los extraterrestres en las cocinas parecía demasiado alegre o excitado.

«Típico», refunfuñó Serge. «El guardián de aquí es muy estricto y no he visto a una sola persona sonreír en todo este tiempo».

«¿Guardián?», Madeleine miró por encima del hombro.

Serge agitó una mano. «Figura retórica, cariño. Pero no debes enredarte con la criatura que dirige este lugar, eso te lo aseguro».

Brok volvió a mirar la gran y bulliciosa sala. Por suerte, todos parecían estar tan concentrados en hacer su trabajo que no prestaban mucha atención a Serge y Madeleine... y no podían verlo. Si pudieran, sospechaba que su reacción sería muy diferente.

«Debemos irnos». Interrumpió la lista cada vez mayor de quejas de Serge sobre el trato que recibían en las cocinas.

«No tienes que pedirlo dos veces». Serge se puso de pie, pero inmediatamente hizo una mueca.

«¿Tu pie?», Madeleine miró el pequeño corte en su zapato.

«Mi dedo del pie», aclaró Serge. «Fue apuñalado con una daga».

Brok difícilmente habría llamado daga al cuchillo de pescado, pero no se molestó en corregir al gatazoide. «¿Puedes caminar o deberíamos enviar otro grupo de rescate a buscarte más tarde?».

Serge inspiró profundamente y enderezó los hombros. «¿Más tarde? Muérdete la lengua. Saldré de aquí, aunque tenga que arrastrarme con las uñas».

«Esperemos que no llegues a eso», dijo Madeline, obviamente conteniendo una risa. Puso una mano debajo de uno de los codos de Serge y lo levantó ligeramente.

Brok tomó la otra mano de Madeleine, haciendo que desapareciera de la vista, y comenzó a guiarla a través de la sala llena de gente y de vapor, con Serge cojeando al otro lado de Madeleine. Cuando llegaron a la entrada del pasillo, Serge dejó escapar un ruido agudo y se detuvo en seco.

Una hembra con la piel tan verde como el whisky nooviano y una sucesión de mentones temblorosos que conectaban su cabeza con su cuerpo les bloqueó el camino. Era tan ancha que no podían rodearla sin pisar en el suelo la gruesa cola que se enroscaba a su alrededor.

Brok no estaba seguro de qué especie era, pero parecía en parte anfibio, con su piel gruesa y escamosa. Fuera lo que fuese, no parecía complacida.

Sus ojos brillantes se fijaron en Serge. «¿Adónde vas?».

«Él viene conmigo», dijo Madeleine, su voz firme e inquebrantable.

«¿Y usted es?».

Madeleine echó los hombros hacia atrás. «Una invitada de la reina. Este es mi asistente».

La alienígena que Brok supuso era la encargada de la cocina negó con la cabeza y movió la barbilla en respuesta. «Fue asignado a mi equipo de trabajo».

«Eso fue un error», dijo Madeleine. «Además, está herido y necesita atención médica».

La guardiana lo miró de arriba abajo. «Él se ve bien para mí».

«Mi dedo del pie». La voz de Serge no fue mucho más que un chillido, mientras señalaba su pie.

La guardiana miró hacia abajo y luego hacia arriba, curvando sus finos labios verdes. «Mientras sus brazos funcionen, tendrá que volver a trabajar».

Madeleine frunció el ceño y luego miró hacia el lugar donde estaba Brok, con la boca abierta. Mirando hacia abajo, vio que el dispositivo de camuflaje parpadeaba, haciendo que su cuerpo apareciera y desapareciera de la vista.

Grek. Lo golpeó, pero no antes de que la gran cabeza de la hembra se girara hacia él y sus ojos duros y brillantes se abrieran de golpe.

«¿Qué está pasando aquí?». Su voz era tan temblorosa como su barbilla.

Cuando su forma volvió a desaparecer por completo de la vista, soltó la mano de Madeleine y pasó por encima de la gran cola de la guardiana. Acercándose a ella, le rodeó el cuello con un grueso brazo antes de que ella pudiera reaccionar. Usó su otro brazo para sostener la cerradura mientras apretaba la llave y ella comenzaba a luchar.

Tanto Madeleine como Serge se quedaron boquiabiertos mientras la alienígena empezaba a arañar sus brazos invisibles, agitando los brazos y moviendo la cola salvajemente detrás de ella.

Incluso algunos de los trabajadores en la cocina miraron boquiabiertos mientras la alienígena giraba y convulsionaba sin razón aparente. Su piel verde se enrojeció a medida que sus movimientos se hacían más lentos, y finalmente Brok bajó a la criatura inerte al suelo.

«¿Está...?», preguntó Serge, sin apartar la vista de la figura inerte tirada en el suelo de piedra.

Brok le palpó la barbilla hasta que registró el pulso en su cuello. «Solo desmayada».

«Es bueno casi matando gente», dijo Madeleine.

«Supongo que es una habilidad útil», murmuró Serge, mientras Madeleine lo levantaba para pasar por encima de la alienígena.

Brok pudo ver que varios de los trabajadores de la cocina habían comenzado a moverse hacia la guardiana, con expresiones de sorpresa, y algunos de alegría manifiesta en sus rostros.

«No sé qué le pasó», dijo Madeleine, encogiéndose de hombros exageradamente. «Ella simplemente se desplomó».

Los trabajadores murmuraron estando de acuerdo. La habían visto caer sin que nadie la tocara.

Serge señaló con el pulgar hacia el pasillo. «Todos ustedes quédense aquí. Iremos a buscar ayuda».

Brok volvió a tomar la mano de Madeleine y los tres comenzaron a moverse rápidamente por el pasillo, doblaron una esquina y se toparon directamente con una hembra spartosiana de cabello casi blanco que estaba flanqueada por dos hombres rubios sin camisa. Dejó caer su mano para que ninguno de los alienígenas notara su invisibilidad.

«Ahí estás, querida». La sonrisa de la reina se posó en Madeleine. «Hemos estado buscándote por todas partes».

La momentánea mirada de sorpresa de Madeleine fue rápidamente reemplazada por una de alivio. Ella tomó la mano de la mujer. «Me alegro mucho de que me hayas encontrado. Serge y yo íbamos a buscar ayuda. ¡Hay alguien suelto en el palacio intentando atacarme!».

CAPÍTULO ONCE

Los ojos de la reina se abrieron enormes. «¿Atacarte?».

Madeleine asintió, intentando parecer una mujer histérica. Odiaba jugar la carta de la damisela en apuros porque aborrecía a las mujeres que fingían ser débiles, pero también sospechaba que sería más fácil identificarse con una mujer frágil. Y más creíble para los spartosianos. «Alguien atacó a tu hijo cuando estaba con él. Corrí a buscar ayuda».

La mirada imperiosa se deslizó para abarcar el húmedo pasillo. «¿Corriste a buscar ayuda aquí?».

Madeleine tragó saliva. Su historia estaba empezando a desmoronarse, pero sabía que tenía que redoblar sus esfuerzos. Cuando tenía dudas, siempre doblaba su apuesta. «Entré en pánico y me perdí. Las escaleras y pasillos de este lugar son confusos». Ella dirigió su mirada a los hombres que atendían a la reina. «Pensé que podría haber guardias afuera de las puertas, pero no había nadie allí».

La expresión de la reina cambió.

Así es, perra, pensó Madeleine. Sabes por qué no había nadie afuera de las puertas. Tu hijo cerdo los despidió cuando entró para que nadie me oyera si gritaba.

«No vi bien quién era, pero tu hijo puede decírtelo. Lo golpearon por detrás».

Ella asintió. «Él dijo eso».

Madeleine dejó escapar un suspiro fabricado de alivio. «Me alegro mucho de que esté bien. Pensé que podría estar gravemente herido. Cuando no pude encontrar ningún guardia, encontré a Serge, quien ha estado consolándome».

Serge le dio unas palmaditas torpes en la mano. «Ya, ya, cariño».

«Estábamos en camino a buscar ayuda cuando nos encontramos contigo». Madeleine le dedicó a la reina su más dulce sonrisa, aunque sintió que sus mejillas temblaban por el esfuerzo.

«Me alegro de que no hayas resultado herida, querida». La reina se recuperó y parecía haber decidido creer la historia de Madeleine. «No puedo imaginar a nadie de nuestra gente cometiendo un crimen violento como este. Simplemente no sucede entre nosotros».

Porque se mantiene a todo el mundo en un estado de perpetua euforia, pensó Madeleine.

La reina respiró hondo y lanzó una rápida mirada a los dos machos con el torso desnudo que estaban a su lado. «Debe haber un intruso alienígena».

Madeleine tuvo ganas de señalar que había muchos trabajando en las cocinas y además, sospechaba que en diversas tareas de baja categoría en toda la ciudad. Spartos parecía preferir que pareciera una sociedad homogénea, pero la idea de que no permitían otras especies en su planeta era definitivamente falsa.

«¿Por qué piensas eso?», ella preguntó. «Estábamos esperando que alguien pudiera venir a...», las palabras de la reina se apagaron cuando sus ojos pasaron de Maddie a Serge.

Así que esperaban que los drexianos intentaran rescatarnos, pensó Maddie. Sabía que las declaraciones spartosianas de notificar al imperio drexiano eran falsas, pero era interesante que a la reina casi se le hubiera escapado.

«Bueno, estoy segura de que debes decírselo a alguien». Madeleine le dedicó una dulce sonrisa. «No dejes que te retengamos».

«Disparates». La reina la tomó del brazo y su agarre volvió a ser más fuerte de lo esperado. «Tú y tu pequeño amigo podrían estar en peligro. Solo puedo asumir que el intruso alienígena viene por ti. Nadie tendría motivos para atacar a un spartosiano».

Se me ocurren algunas razones, pensó Madeleine.

Antes de que pudiera presentar una protesta razonable, la entregó a los dos guardias.

«Lleven a nuestra invitada de regreso a sus habitaciones en la torre», ordenó la reina, señalando a Serge con los dedos como una ocurrencia tardía. «Y al pequeño. Necesito implementar procedimientos para cerrar el palacio y poner a la ciudad en alerta máxima. Si hay intrusos en nuestro planeta, los encontraremos».

Madeleine no sabía dónde estaba Brok. Él le había soltado la mano una vez que apareció la reina, y ella no lo había sentido cerca de ella. Por una parte, esperaba que se hubiera escabullido, pero por otra, extrañaba su toque reconfortante. Aunque era invisible, le gustaba sentir su gran mano sosteniendo la suya. La hacía sentir segura, cosa que no había sentido desde hacía mucho tiempo, y ni siquiera sabía que era algo que echaba de menos.

La seguridad era algo que había hecho todo lo posible por evitar durante años. Si era mortal, lo intentaba. Había buscado trabajo de paramédico en el barrio más peligroso de Chicago. Se metía precipitadamente en situaciones peligrosas, normalmente sin pensarlo dos veces. Ansiaba la adrenalina de saber que cada turno podría ser el último. La conciencia de una muerte inminente le parecía mejor que verse sorprendida, como cuando sus padres habían muerto. Además, ella había sido la única de su familia que sobrevivió al accidente de tren, y solo una de tres personas en total. Vencer las probabilidades era lo suyo. Ir a lo seguro, no lo era. Por supuesto, si su dispositivo de camuflaje volvía a funcionar mal, estarían lejos de estar a salvo.

Maddie escaneó el pasillo en busca de cualquier indicio del drexiano, aunque sabía que no debería querer verlo aparecer de nuevo, mientras la reina se alejaba por el pasillo con su falda larga ondeando detrás de ella. Uno de los guardias tomó el brazo de Madeleine, pero ella lo apartó.

«Estamos bien siguiéndote, gracias».

Los hombres rubios intercambiaron una mirada, pero uno abrió el camino mientras el otro cerraba el camino mientras regresaban por el largo pasillo. Madeleine miró detrás de ella. ¿Brok los estaría siguiendo?

En lugar de tomar las escaleras ocultas, los guardias los condujeron a través de un largo túnel hasta otro edificio. Varios grupos de guardias corrieron junto a ellos y estaba claro que la energía en la ciudad había cambiado. Se asomó a uno de los pasillos de piedra cubiertos que cruzaban un canal y vio varias naves llenas de guardias que pasaban a toda velocidad. Las naves llenas de residentes que reían y descansaban no estaban a la vista.

¿Debería intentar huir antes de que llegaran a la torre? Madeleine miró hacia atrás y señaló con la cabeza al guardia que cerraba la marcha. Los tipos eran más grandes que ella, Serge era prácticamente el único chico que había conocido que no lo era, pero eso no significaba que no pudiera contra ellos. Una patada giratoria debería poder derribar al tipo de atrás antes de que el de adelante supiera lo que estaba sucediendo. Pero una vez que eliminara a los dos guardias, ¿adónde irían ella y Serge, considerando que la seguridad en la ciudad se había reforzado y no estaba segura de adónde había ido el drexiano?

Maddie giró la cabeza y trató de buscar algún indicio de que él los estaba siguiendo. No podía oír nada, aunque Serge no estaba exactamente en silencio mientras caminaba medio tambaleándose junto a ella. Estaba deseando salir corriendo, pero reprimió su instinto. La paciencia nunca había sido una de sus virtudes, pero no quería revelar su tapadera tan pronto. Había convencido a la reina de que no tenía nada que ver con el ataque de su hijo. Eliminar a los dos guardias no ayudaría en su caso. Ella resopló y siguió caminando.

Aunque los guardias habían adaptado sus pasos a los lentos de Madeleine mientras ayudaba a Serge, y su avance por los pasillos era lento, pronto estaban subiendo las escaleras curvas que conducían a sus habitaciones.

«Sigo sin poder creer que estos tipos no hayan descubierto los inclinadores», dijo Serge en un susurro escénico.

Llegaron a la cima de la torre y al rellano con dos habitaciones, una frente a la otra. Madeleine no pudo evitar sentirse derrotada. Estaban de nuevo en el punto de partida y no más cerca de salir del planeta que cuando Brok la encontró.

¿Había tenido razón? ¿Debería haber ido con él al transbordador y dejarlo regresar por Serge? Miró al gatazoide y sintió una oleada de afecto por el organizador de bodas. De ninguna manera. Si hubieran cerrado la ciudad y Brok no hubiera podido sacar a Serge, ella nunca se lo habría perdonado. Además, tendrían más posibilidades de salir, ¿verdad?

El fuerte estruendo de la puerta de la cima de la torre cerrándose detrás de ellos en el rellano hizo que tanto ella como Serge saltaran. Un clic le indicó que esta vez estaban encerrados.

«Hasta aquí el plan de escape», refunfuñó Serge, cojeando por el corto pasillo hacia su habitación.

«Espero que no atrapen al capitán». Madeleine abrió la puerta y notó que la luz que entraba por la ventana se estaba desvaneciendo rápidamente. Se acercó a la ventana y miró hacia abajo,

viendo patrullas recorriendo el canal de abajo.

«Él es invisible». Serge apoyó una mano en la puerta para aliviar el peso de su pie lastimado. «¿Cómo pueden atraparlo?».

Maddie se frotó los brazos desnudos. «Si ese dispositivo suyo vuelve a fallar, será muy fácil».

Hubo un parpadeo frente a ella, y luego el capitán de la Fuerza Infernal apareció en su habitación. «No volverá a fallar y te dije que no me iría sin ti».

Serge retrocedió tambaleándose con una mano apretándose el corazón. «¡No me asustes así! Casi me da un ataque al corazón. Y *no* creas que porque tengo dos estoy dispuesto a prescindir de uno». Miró hacia atrás como si esperara que los guardias spartosianos irrumpieran en cualquier momento. «¿Cómo lograste seguirnos así?».

«Iba detrás del último macho y entré justo antes de que cerraran la puerta. Por suerte, ustedes dos hicieron suficiente ruido al caminar como para que nadie me oyera».

Serge resopló. «Bueno, estoy herido, muchas gracias». Se concentró en el capitán, ladeando la cabeza hacia un lado. «Sabes, para ser un guerrero drexiano, no llevas mucho puesto».

El rostro de Brok se sonrojó. «Tuve que deshacerme de mi ropa mojada para que no me detectaran».

«Oh, no me quejo». Serge le guiñó un ojo y luego giró sobre su pie bueno. «Ahora voy a levantar la pierna y dejar que ustedes dos descubran cómo vamos a escapar de una torre cerrada».

Madeleine lo vio alejarse y luego su mirada se posó en Brok. No pudo evitar recordar ese increíble beso y su duro cuerpo presionado contra ella. El mismo cuerpo duro y prácticamente desnudo que ahora estaba a solo unos pasos de ella.

Solo está aquí para rescatarte, Maddie, se repitió a sí misma. Ese beso fue parte de mantenerte a salvo. Es un guerrero drexiano rudo enviado para llevarte de regreso. Era su misión. Nada más.

Su mirada recorrió su cuerpo hasta sus brazos entintados, y el calor palpitó entre sus piernas.

Era una puta vergüenza, eso era.

CAPÍTULO DOCE

¿Por qué ella lo miraba de esa manera? Brok era muy consciente de que estaban solos y no llevaba casi nada. Por supuesto, no había sido gran cosa cuando era invisible, pero ahora luchó contra el impulso de cubrirse con las manos. Y tendría que cubrirse si ella continuaba mirándolo de la forma en que lo hacía. Su pene ya estaba sacudiéndose en respuesta, y sería casi imposible ocultar una erección en nada más que unos calzoncillos que apenas lo contenían cuando no estaba rígido.

«¿Te importaría explicarte?», dijo ella finalmente.

Instintivamente miró hacia abajo. «¿Qué?».

«¿Por qué estás encerrado aquí conmigo?». Su mirada ardiente brilló con irritación. «Deberíamos haber eliminado a esos dos guardias mientras teníamos la oportunidad y haber huido. Ahora la ciudad está repleta de seguridad y nunca vamos a salir».

Él casi se rió, aliviado de que ella no lo hubiera estado acusando de que estuviera excitado. Luego vio lo furiosa que estaba, con las manos apoyadas en las caderas y el pie golpeando el suelo de piedra. No estaba acostumbrado a que se cuestionaran sus decisiones de mando, pero tampoco estaba acostumbrado a rescatar hembras humanas. Había oído que no siempre eran las más fáciles de tratar.

«Como dijiste, la seguridad está en todas partes. No había manera de que pudiera sacarte a ti y al gatazoide sin que me vieran».

«Serge. El gatazoide se llama Serge».

«Serge», repitió. «No pude sacar a Serge en las condiciones en las que se encuentra».

Madeleine hizo un gesto con la mano hacia la puerta. «Es una reina del drama. Estoy segura de que su pie no está tan mal».

«Escuché eso, señorita», llamó la voz apagada de Serge desde el otro lado del pasillo que separaba sus habitaciones. «Que sepas que mi dedo del pie cuelga de un tendón y aborrezco el dramatismo».

Él guardó silencio y Madeleine sacudió la cabeza. «Ahora me está dando el trato silencioso». Ella sacudió su cabeza. «Pensé que se suponía que ustedes, los drexianos, eran soldados legendarios. Serge lleva contándome todo sobre ustedes durante semanas y cómo iban a

atacarnos y rescatarnos. Hasta ahora, no estoy impresionada».

Sus palabras fueron como un puñetazo en sus entrañas, pero también encendieron un fuego en lo más profundo de su ser. Después de hacerlo sentir frustrado, ¿ahora ella se quejaba del resultado? «Insististe en que encontráramos a Serge, y así lo hicimos. Toda decisión tiene consecuencias, Madeleine. Si descubro mi tapadera, ¿quién te llevará a mi nave camuflada? Se trata de una misión muy delicada en un planeta que se niega a tener contacto con otras especies. No podemos volar disparando cañones láser».

«Pensé que eso era exactamente lo que hacía la Fuerza Infernal. Volar sus naves disparando sus armas. Ya sabes, disparar primero, preguntar después, ¿no?»

¿Qué le había estado diciendo Serge a esta mujer? «No en este caso. No sabemos lo suficiente sobre Spartos como para liderar un ataque, ni queremos una guerra con ellos si podemos evitarla. Ya estamos en guerra con los kronock».

Ella le lanzó una mirada. «No puedes decirme que un capitán de la Fuerza Infernal realmente quiere escabullirse así. He oído las historias de Serge. Sé lo que ustedes hacen». Su mirada revoloteó hacia su cicatriz. «Sé que eres un luchador».

Él se estremeció, más por su alusión a su cicatriz de batalla que por sus palabras. «¿Porque puedes ver la evidencia de mis batallas?».

Por lo general, Brok no pensaba en la cicatriz de su rostro. Era algo a lo que se había acostumbrado, pero no había olvidado que el largo corte que bajaba por un lado de su cara todavía era un corte rosado molesto que estropeaba su piel. Por eso no tenía un espejo en su habitación. Ver su reacción ante la cicatriz le recordaba que estaba lejos de ser el joven y apuesto guerrero que solía ser. Y su oportunidad de tener una Novia Tributo ya había pasado.

Había estado en la lista una vez, pero las cosas habían salido mal cuando la humana que había sido seleccionada para él vio su rostro desfigurado. Pensar en los ojos llorosos y la barbilla temblorosa de la Novia Tributo le hizo apretar los puños. Nunca olvidaría esa mirada mientras viviera, ni la lección que le había enseñado. No era digno de tener una Pareja. Recordando a la Novia Tributo que lo había rechazado, le frunció el ceño a Madeleine.

«No quise decir...», comenzó a decir, con el rostro afligido.

Él la interrumpió, alzando la voz. «Estás en lo correcto. Estoy acostumbrado a pelear, sudar y sangrar. He matado a más soldados enemigos de los que puedo contar. He derribado naves de guerra completas del cielo», señaló su cicatriz. «No soy ajeno al dolor o la muerte, lo cual se puede ver claramente. Pero no eres una de mis guerreros de la Fuerza Infernal y no puedo arriesgar tu vida porque anheló la batalla».

Ella tragó mientras lo miraba. «No necesitas preocuparte por mí. Yo puedo apañármelas sola». Tenía la mandíbula apretada mientras sus ojos oscuros brillaban. «Y tampoco le tengo miedo a la muerte ni al dolor».

Acortó la distancia entre ellos con una sola zancada hasta que estuvo por encima de ella. «Nunca dije que no temía a la muerte ni al dolor. Tú también deberías temerles».

Madeleine alzó la barbilla. «Bueno, no le temo».

Sus ojos se dirigieron a sus labios y luchó contra el impulso de pasar el dedo por la forma del arco que tenían. Tanta valentía, pero podía ver en sus ojos que ocultaba una gran cantidad de dolor. Lo sabía porque había visto la misma mirada angustiada en su propio reflejo. «Entonces debo temerla por ti. Si no te mantienes a salvo, será mi responsabilidad».

Ella dejó escapar una risa débil, pero su respiración era superficial cuando inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo. «Mantenerme fuera de peligro no es tu responsabilidad. No soy responsabilidad de nadie. Puedo hacerme cargo de mí misma».

Él le tomó la cara con una mano y le pasó un pulgar calloso por la mandíbula. Su cuerpo se tensó, pero no se apartó. «Sé que eres más dura de lo que indica tu estatura y sospecho que te has estado cuidando por un tiempo, pero te equivocas en una cosa».

Ella no dijo una palabra, pero sus labios se abrieron ligeramente.

«Tú eres mi responsabilidad, Madeleine. En el momento en que prometí encontrarte y llevarte a casa, te convertiste en mía». Su pulgar rozó su labio inferior y se le escapó un suspiro. «Y no dejaré que nada ni nadie, incluida tú, me detenga».

«¿Crees que puedes decirme qué hacer?».

«Aceptaste obedecerme si recuperábamos a Serge, ¿no es así?». Él se encogió de hombros, deseando desesperadamente inclinarse y saborearla de nuevo, capturar su boca en la suya y sentir sus cálidos labios entregarse a él. «Si no quieres hacerlo, está bien. Siempre puedo echarte sobre mi hombro».

Ella dejó escapar un pequeño sonido de indignación. «No te atreverías».

Brok la miró a los ojos. «¿No lo haría? No creas que estoy bromeando sobre mi deseo de mantenerte a salvo, Madeleine. Y soy un capitán de la Fuerza Infernal que está acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido. Te *sacaré* sana y salva de este planeta».

Sus pupilas oscuras estaban muy abiertas. «Te creo».

Estaban tan cerca que sintió su aliento haciéndole cosquillas en los labios mientras ella exhalaba rápidamente, sin quitarle los ojos de encima. La necesidad la atravesó mientras le sostenía la cara con una mano y mantenía la otra a su lado, cerrada en un puño. Su miembro estaba duro, la fina tela negra de su ropa interior se esforzaba para evitar que saliera, y sabía que solo necesitaba avanzar una fracción para presionarla contra ella.

Por más desesperadamente que la deseara, sabía que no debería hacerlo. Besarla en el pasillo había sido un error, pero había sido impulsado por la necesidad. Había tenido que silenciarla y estar lo más cerca posible de ella para que el dispositivo de camuflaje funcionara. Besarla había sido un desliz, pero al menos podía decirse a sí mismo que había habido un propósito mayor. Y había funcionado. No la habían visto.

Ahora, no tenía tal excusa. Estaban solos en su habitación. Él era el guerrero drexiano encargado de rescatarla y llevarla de regreso a La Nave para ser emparejada. Él no era su Pareja. Él nunca podría serlo. Ella nunca lo querría. No exactamente. Ni siquiera debería tocarla como lo hacía, aunque parecía que no podía apartar la mano de la suavidad de su rostro.

Brok cerró los ojos por un momento, saboreando sus suaves labios y el rápido latido de su pulso

bajo sus dedos. Ella no es tuya, se recordó, las palabras formaron un hoyo en su estómago.

«¿Capitán?». Su susurro hizo que sus ojos se abrieran y se fijaran en los de ella, fundidos y necesitados. «Te creo».

Por un momento, creyó ver deseo en su mirada, pero luego apartó la mano de su rostro y dio un paso atrás, respirando entrecortadamente y alejándose abruptamente para ocultarle su excitación. «Siempre y cuando tengamos eso claro».

CAPÍTULO TRECE

Madeleine yacía boca arriba, con los ojos fijos en el techo. La luz de la luna rebotaba en la piedra y evitaba que la habitación quedara bañada en oscuridad, pero la ciudad fuera de la ventana todavía bullía de actividad. No los cantos y las risas que estaba acostumbrada a escuchar en Ciudad Spartos, sino el zumbido de las naves buscando en los canales y los golpes de los puños en las puertas mientras trataban de encontrar a los intrusos en casas y edificios.

Por supuesto, todo era un esfuerzo infructuoso. No encontrarían nada, ya que el intruso que había atacado al príncipe spartosiano no andaba suelto por la ciudad. Estaba tirado en el suelo junto a su cama.

No necesitaba mirar para saber que el capitán de la Fuerza Infernal estaba tendido sobre la piedra, con los brazos cruzados detrás de la cabeza mientras dormía. Podía escuchar su respiración constante. No necesitaba mirar hacia abajo para saber que el suave resplandor de la luz de la luna iluminaba los anchos músculos de su pecho y hacía que el bronce de su piel pareciera granito. Tampoco necesitaba apartar la vista del techo para saber que sus ajustados calzoncillos negros apenas contenían la enorme polla que había visto estirarse contra la tela cuando él se había alejado de ella tan repentinamente.

No, Madeleine era muy consciente del hermoso drexiano acostado tan cerca de ella que podía pasar su brazo por el costado de la cama y tocarlo. No es que ella fuera a hacer eso. Definitivamente no confiaba en sí misma para tocarlo. No después de que casi le flaquearon las rodillas cuando él le acarició la cara. Sin mencionar cómo había reaccionado cuando él la besó en el pasillo. Para alguien que se enorgullecía de estar siempre a cargo, no parecía estarlo de sus reacciones cuando se trataba del capitán drexiano.

Ella dejó escapar un suspiro. ¿Cómo podía dormir tan profundamente? Él había tomado una posición en su piso para protegerla. Al menos, eso era lo que él había dicho, pero casi tan pronto como ella se metió en la cama y él insistió en dormir en el suelo, se quedó dormido y ella permaneció despierta, pensando en todo lo que había sucedido y dejando que sus pensamientos se salieran de control.

«Típico», susurró para sí misma.

«¿Qué es típico?». Su voz baja y profunda la sobresaltó y giró la cabeza hacia un lado.

Aunque no se había movido de donde su enorme cuerpo era una línea larga y delgada que se extendía más allá del final de la cama, sus ojos estaban abiertos, observándola.

«Pensé que estabas durmiendo». Su corazón latía con fuerza en su pecho, mientras miraba la luz de la luna que iluminaba su piel desnuda y hacía que su oscuro tatuaje en el pecho pareciera aún más feroz.

«Lo sé».

¿Estaba sonriendo? Cruzó los brazos sobre el pecho y giró la cabeza hacia atrás para mirar al techo. ¿Cuánto tiempo había estado observándola? ¿Y por qué su pulso iba a un kilómetro por minuto?

«Deberías descansar», dijo.

«Bueno, tú también deberías hacerlo». No sabía por qué era tan vivaz, excepto que el estrés la hacía actuar sin pensar y hablar sin medir sus palabras.

«Estoy bien. Los drexianos no necesitan dormir tanto como los humanos».

Se giró en la cama y apoyó la cabeza en una mano. «¿Oh sí? ¿Cuántos humanos has conocido?».

Él se dio la vuelta y reflejó su posición. «Tú eres la segunda».

«Eso difícilmente te convierte en un experto».

Una sonrisa apareció en la comisura de su boca. «Tal vez no, pero los drexianos han estado estudiando a los humanos durante muchos años. Sabemos mucho sobre tu especie. Aunque nunca he estado en La Nave, sé mucho sobre las de tu especie».

«¿Quieres decir por todo el asunto de la Novia Tributo?». No pudo evitar poner los ojos en blanco cuando lo dijo.

Inclinó ligeramente la cabeza. «Sí. ¿No te gusta el hecho de ser una Novia Tributo?».

«¿Te gustaría la idea de ser secuestrado y luego obligado a casarte con una completa extraña?».

Se quedó en silencio por un momento. «No creo que lo haría. Pero nunca te obligarían a hacer nada. Puedes elegir no ser una Tributo».

«¿Y ser expulsada a la sección de rechazadas?». Ella le dirigió una mirada fulminante. «No, gracias».

Madeleine no sabía por qué descargaba sus frustraciones con él. Él era solo el tipo enviado a rescatarla, y obviamente no tenía nada que ver con todo el asunto de la abducción extraterrestre y el pedido de novias por correo. «¿Dijiste que nunca has estado en La Nave?».

Sacudió bruscamente la cabeza.

«Pensé que todos los drexianos iban a casarse», ella lo miró. «Entonces, ¿no hay una Novia Tributo para ti?».

«No». Su respuesta fue cortante.

Probablemente no debería presionar. Podía sentir que él no quería hablar de eso, pero tenía curiosidad. «Explícame por qué un capitán de la fuerza de combate más elitista de todo el imperio no elegiría una mujer».

«La Fuerza Infernal lucha en la periferia. No es lugar para una hembra humana».

Eso tenía sentido, pero ella no creía que esa fuera la única razón. «Estoy segura de que algunos guerreros de la Fuerza Infernal se casarán. Estoy bastante segura de que Serge me habló de dos o tres bodas de la Fuerza Infernal que había planeado recientemente».

Más silencio. «No todos los guerreros son adecuados».

Su mirada recorrió su cuerpo, observando su estómago afilado y ondulado, sus piernas musculosas y sus brazos gruesos y entintados. Si había un espécimen de masculinidad más “adecuado”, ella no lo había visto. Claramente estaba sucediendo algo más, pero él no iba a decírselo. «Lo entiendo. No eres el tipo de hombre de una sola mujer para toda la vida. Yo soy igual».

Su ceño se arrugó. «¿No crees en una pareja de apareamiento para toda la vida?».

Ella soltó una carcajada. «Realmente no pienso en aparearme, pero no». Ella se dejó caer en la cama. «Por lo que he visto, la mayoría de la gente no se queda. Los amigos siguen adelante o pierden el contacto, los compañeros de trabajo se mudan a diferentes puestos, la familia...». Su voz tembló, pero respiró hondo. «La única constante en la vida es el cambio. Es lo único con lo que puedes contar».

«¿Y te gusta el cambio?».

«Cuando tenía doce años, tuve un accidente de tren. Toda mi vida cambió en un instante. Todo lo que pensé que iba a ser se fue y estaba totalmente fuera de mi control». Ella levantó un hombro. «Decidí abrazar el caos en lugar de intentar luchar contra él».

Él no respondió durante varios segundos, el silencio se abrió entre ellos.

«Lo siento, Madeleine».

Intentó aclararse la garganta, pero la sentía espesa. «Es lo que es. Supongo que por eso me eligieron como Novia Tributo, ¿verdad? Serge dijo que ustedes prefieren mujeres sin familias ni muchos amigos. ¿Quién hubiera imaginado que mantenerte discreta te convertiría en la principal candidata para una abducción extraterrestre?».

Quería reírse de su propio chiste, pero no podía. Aunque había pasado mucho tiempo, la pérdida aún persistía como una herida abierta en lo más profundo de ella. Por eso había evitado acercarse a alguien. No podía soportar la agonía de perder a personas que amaba. No tenía ningún problema en arriesgar su vida, pero no podía soportar arriesgar su corazón.

«¿Por eso eres tan imprudente?».

No le gustó esa caracterización, pero no era como si no la hubiera escuchado antes. Sus compañeros de trabajo la habían llamado intrépida porque siempre era la primera persona en encontrarse ante una situación peligrosa. «La ola te va a golpear pase lo que pase. Es mejor salir corriendo y enfrentarla de frente. Al menos te divertirás un poco en el camino».

«¿Estás segura de que no eres de la Fuerza Infernal?».

Madeleine sonrió. «Bastante segura, pero lo voy a tomar como un cumplido».

«Deberías».

Dejó escapar un suspiro, lista para terminar de hablar sobre ella y su triste historia. Hacía mucho tiempo que no le mencionaba el accidente de tren a nadie, y siempre la sorprendía que todavía sintiera dolor allí... y que fuera tan agudo. A pesar de intentar enterrarlo hace mucho tiempo, seguía siendo la fuerza impulsora de su vida.

«Entonces, cuéntame sobre ti y la Fuerza Infernal». Ella giró la cabeza para mirarlo de nuevo. «¿Cómo decidiste que vivir con un grupo de tipos en medio de la nada y luchar contra alienígenas era lo tuyo?».

«La Fuerza Infernal es para los más valientes y fuertes, los guerreros dispuestos a hacer el mayor sacrificio».

Su mirada instintivamente se dirigió al corte que bajaba a un lado de su cara. Quería saber cómo había conseguido esa marca de batalla. Aunque lo que había visto de su destreza guerrera había sido impresionante, también había estado muy controlado. No era ni salvaje ni sanguinario, aunque ella sospechaba que no se llegaba a ser capitán estando fuera de control.

Ese beso no había sido controlado, susurró una vocecita en el fondo de su cabeza. El beso que le había dado en el pasillo había sido apasionado y hambriento, que era lo opuesto a todo lo demás que había visto de él. El beso y la cicatriz le indicaban que Brok era mucho más de lo que quería que nadie supiera. Le decían que debajo del barniz de mando y disciplina, había deseo e impulso. Madeleine se preguntó qué pasaría si pudiera liberar más de ese lado de él. Un escalofrío de anticipación recorrió su espalda.

«Tienes razón». Se volvió para mirar de nuevo el techo. «Si yo fuera drexiana, también querría pertenecer a la Fuerza Infernal».

CAPÍTULO CATORCE

Vekron se echó hacia atrás y pasó su dedo por su largo cabello, levantándolo y atándolo en un nudo suelto en la parte superior de su cabeza. Dejó escapar un suspiro mientras miraba la transmisión entrante.

«Esto no puede estar bien», murmuró, llevándose la taza de té Chedi caliente a los labios y estremeciéndose por el calor, pero agradeciendo el dulce sabor a bayas de la bebida. Su bebida preferida solía ser la ginebra Cressidian, pero no cuando necesitaba permanecer despierto y concentrado.

Había pasado mucho tiempo desde que terminó su turno, pero no había podido dormir bien desde que el capitán había bajado a la superficie de Spartos. Sabía que probablemente se debía a que el capitán Brok estaba usando su última actualización tecnológica por primera vez. Siempre era estresante que un invento se encargara de una misión, especialmente cuando su ejecución era una cuestión de vida o muerte.

Sin embargo, esa no era la única razón por la que estaba despierto hasta tarde en su habitación. Había estado sumergiéndose profundamente en el misterioso planeta de Spartos y en sus residentes aún más misteriosos. Había tan poca información disponible, siendo resultado de ser un lugar xenófobo y aislar a los forasteros, que hasta el desafío le pareció estimulante. Siempre le había encantado buscar una respuesta que nadie más hubiera encontrado, ya fuera creando una nueva modificación de armas o buscando el origen oculto de una especie.

Miró la pantalla y se frotó los ojos con una mano. Definitivamente llevaba en esto demasiado tiempo, porque estaba empezando a tropezar con extraños fragmentos de información y susurros de rumores que eran más que inquietantes.

Por supuesto, en este punto, casi todo lo que había rastreado sobre Spartos había sido un rumor. El planeta no mantenía relaciones diplomáticas con otras especies ni realizaba intercambios comerciales. Parecían ser autosuficientes, con armamento lo suficientemente avanzado como para defenderse de ataques o avances no deseados. Por lo que había podido averiguar, la última raza alienígena que había enviado a un grupo de desembarque en Spartos, nunca había vuelto a saber de su tripulación. Se las habían arreglado para enviar una transmisión a su mundo natal antes de ser expulsados al cielo por violar el espacio spartosiano. Eso había sido hace veinte años astro.

Se puso de pie y caminó en un pequeño círculo en su estrecha habitación. Sabía que el capitán

Brok había insistido en ir él mismo a la superficie, pero odiaba la idea de que su capitán y mentor estuviera allí solo, especialmente porque esta especie desconocida parecía tener tolerancia cero ante la intrusión. Si lo descubrieran, seguramente lo matarían. Pero solo descubrirían a Brok si el dispositivo que había creado fallaba.

«Lo cual no será así», insistió para sí mismo.

Vekron se calmó y se sentó de nuevo, tocando el teclado y hojeando más relatos de Spartos. Casi no existían relatos de primera mano, pero incluso las historias transmitidas decían lo mismo: temerosos de los forasteros, interesados en poco más que el placer, tecnológicamente avanzados, pero aún viviendo con tradiciones antiguas. Encontró algunos informes de que adquirían esclavos, pero siempre era a través de un agente de adquisiciones. Hasta donde él sabía, ningún spartosiano había abandonado jamás el planeta. Tenían la capacidad de realizar viajes espaciales, pero aparentemente no tenían ningún deseo de hacerlo.

Eso era algo que Vekron no podía entender. Desde niño había anhelado aventuras y desafíos. Por eso, a pesar de su talento para la ciencia, se había unido a la Fuerza Infernal. Además, ninguna parte del ejército drexiano necesitaba tanta innovación como la Fuerza Infernal. Estaban en la primera línea de cada batalla, y sus armas modificadas habían salvado el trasero de su nave más de una vez. El hecho de que sus modificaciones de armas fueran compartidas con toda la flota drexiana era una ventaja adicional.

Tomando otro sorbo de té dulce, profundizó aún más en la astrored, usando sus habilidades para sumergirse detrás de cortafuegos y entrar en lugares oscuros que pocos podían encontrar. Buscar en la red oscura no era algo que hiciera a menudo, porque las cosas que veía atormentaban sus sueños, pero se sentía obligado a saber más sobre el planeta que orbitaban en secreto.

Después de buscar durante tanto tiempo que hasta se le enfrió el té, estaba a punto de terminar y darse por vencido cuando algo llamó su atención: un informe de una nave que afirmaba haber tomado como rehén a un spartosiano. La nave era una de contrabandistas, y la tripulación, casi en su totalidad, buscaba criminales, por lo que parecía que sus afirmaciones habían sido ampliamente ignoradas, pero lo que dijeron le heló la sangre.

Vekron se levantó de un salto y salió corriendo de su habitación, sin siquiera molestarse en ponerse una camisa encima de los pantalones con cordones con los que dormía. Sus pies descalzos pisaron el frío piso de acero mientras casi atravesaba la nave de guerra de la Fuerza Infernal.

Cuando irrumpió en el puente, vio que estaba tripulado por un reducido equipo de quinta guardia, con solo un puñado de oficiales de pie ante las consolas de metal oscuro. El planeta azul que se arremolinaba con blanco que era Spartos se mostraba en la pantalla de visión frontal, aunque sabía que nadie en el planeta era consciente de que estaban flotando sobre la atmósfera, completamente encubiertos.

Escaneando a los oficiales, su mirada se fijó en Kalex, de pie en el puesto del capitán. Dejó escapar un suspiro de alivio. El drexiano que esperaba encontrar.

«Kalex», se acercó rápidamente al primer oficial.

El drexiano levantó la vista y miró su pecho desnudo y sus pantalones bajos con cordones. «No

usar uniforme completo no significa *esto*, Vek».

Vekron miró a su amigo y luego se miró a sí mismo. Casi había olvidado que estaba apenas vestido y descalzo. «Aún no es mi turno, pero tenía que contarte lo que encontré».

«¿Qué encontraste? Pensé que no era tu turno».

Vekron agarró al compañero oficial de la Fuerza Infernal con el que había pasado por la academia militar drexiana, y la expresión burlona de Kalex desapareció de su rostro. El guerrero lo conocía lo suficientemente bien como para saber cuándo hablaba en serio.

«¿Qué es?», preguntó Kalex, prestándole toda su atención. El resto del puente también se había quedado en silencio, como si todos estuvieran conteniendo la respiración para escuchar lo que había descubierto.

«Es sobre Spartos. Creo que el capitán corre más peligro del que creemos».

«¿Por qué piensas esto?».

Vekron estabilizó su respiración. «He estado buscando información sobre el planeta y encontré algo que explica por qué no quieren que nadie los visite y por qué nunca salen».

«¿Y no es solo porque no están interesados en hacer nuevos amigos?», preguntó Kalex.

«Los spartosianos no son en realidad lo que creemos que son, ni lo que nadie piensa que son», dijo Vekron.

Kalex miró fijamente el punto parpadeante en su consola que indicaba la ubicación de su capitán en el planeta y tragó saliva. «Entonces, ¿qué son exactamente?».

CAPÍTULO QUINCE

«Los spartosianos están locos», Serge miró el nuevo traje que le habían entregado esa misma mañana. «*No pueden* esperar que use esto».

Madeleine evaluó el traje verde brillante y el sombrero de visera. Se parecía un poco a un Robin Hood galáctico. «Recuerdo la ropa que llevabas en La nave. Sé que no prefieres los tonos neutros».

Él entrecerró los ojos hacia ella. «Esos trajes tenían estilo: cuellos acampanados, ribetes metálicos. Esto no tiene nada».

«Mira el lado positivo. Al menos tiene color».

«Supongo que es mejor que esa cosa aburrida que me pusieron ayer», murmuró Serge. «Pero *no* usaré el sombrero».

Brok se aclaró la garganta con brusquedad para disimular sus ganas de reír. «¿Recibes ropa nueva todos los días?».

Había podido cubrirse rápidamente cuando el ayudante entró en la torre, pero había estado cerca y no quería repetirlo. Cuando finalmente se quedó dormido, ya era tarde y todavía estaba tumbado en el suelo de Maddie cuando se abrió la pesada puerta al final del corto pasillo. Por suerte, un toque en su dispositivo lo había hecho invisible, pero no menos sólido. Había necesitado cada gramo de autocontrol para no hacer ningún ruido cuando la humana balanceó sus pies sobre el costado de la cama y se paró sobre él.

Si la spartosiana no hubiera estado tan distraída llevando la ropa sobre su cabeza, Brok estaba seguro de que le habría parecido extraño que Maddie pareciera caminar en el aire durante unos segundos antes de finalmente aterrizar en el suelo de piedra.

«Hasta ahora, nos han traído un traje nuevo todos los días», le dijo Maddie. «Aunque, para ser honesta, no hemos estado aquí el tiempo suficiente para saber qué es normal o no».

«Este traje no es normal», dijo Serge en voz baja, lo que le valió una mirada curiosa tanto de Brok como de Maddie.

«Debe tener algo que ver con la *baccavalía* de la que esa mujer no paraba de parlotear», dijo Madeleine. «Parecía muy entusiasmada con eso».

«¿En serio?», Serge arrugó la nariz. «Estaba demasiado distraído por la ropa horrible». Sus ojos

se posaron en el traje de Maddie. «Aunque el tuyo no es tan malo. Se parece mucho al otro, solo que con muchos destellos y menos capas de falda».

Brok miró la prenda nueva que Maddie se había puesto bajo la dirección de la asistente. El gatazoide tenía razón. Era similar al otro conjunto, con una falda larga hecha de capas de tela transparente con muchas aberturas altas y una blusa sin mangas apenas visible. En lugar de que la parte superior fuera de tela sedosa, ésta parecía estar hecha completamente de cuentas brillantes y no había tantas capas de tul para la falda, lo que hacía posible ver el contorno de las piernas de la mujer.

Brok apartó los ojos para no pensar en sus piernas desnudas debajo de la falda. Él seguía sin tener nada que ponerse excepto sus calzoncillos, por lo que excitarse delante de Madeleine y Serge no era una opción.

«Dijo que los trajes iban con su participación para la *baccavalia*», les recordó Brok.

«¿Nuestra participación?», Serge se quitó el sombrero puntiagudo. «¿Y eso qué significa? ¿Es esto una especie de ritual de novatadas teatrales de aficionados?».

«Lo dudo», Brok cruzó hacia la ventana de la habitación de Serge y miró hacia abajo. Las patrullas habían disminuido y las risas y la frivolidad habituales habían regresado a la ciudad. O habían decidido que, después de todo, no había ningún intruso o habían cambiado sus tácticas de búsqueda. «No se sabe mucho sobre Spartos, pero sí sabemos que solo se trata de pasar un buen rato».

Madeleine emitió un sonido burlón con la garganta, que no dejó a nadie duda de lo que pensaba sobre la versión spartosiana de un buen momento. Brok sintió que su propia ira aumentaba al recordarla aturdida y desnuda mientras yacía debajo del príncipe spartosiano. Si no hubiera podido encontrarla a tiempo, sabía lo que hubiera pasado. No, tampoco tenía mucha consideración por el concepto de diversión de los spartosianos.

«Entonces, ¿crees que esto es una fiesta de disfraces de algún tipo?», preguntó Serge.

Brok vaciló, sabiendo que cualquier fiesta que organizaran los spartosianos probablemente rivalizaría con cualquiera de las fiestas del planeta del placer. Había visto la forma en que actuaban los residentes en público. Solo podía imaginarlos en una fiesta. «De algún tipo».

«Al menos *los dos* escupimos nuestras pastillas hoy», le dijo Maddie a Serge, cuyo cabello se sonrojó ligeramente.

Él ignoró su mirada mordaz. «¿Cómo iba a saber que era una droga para sentirme bien? Nadie quiere envenenarse por radiación».

Brok frunció el ceño. «Si ambos tienen que asistir a esta *baccavalia*, al menos ambos estarán plenamente conscientes».

«Solo no bebas el agua», añadió Madeleine.

Serge la miró boquiabierto. «¿No beber el agua? ¿Qué clase de cosa para decir es esa? ¿Qué se supone que debemos beber?».

«Probablemente sea mejor no beber», dijo Brok. «Pero no te preocupes demasiado. Yo estaré

vigilando».

«Sobre eso», Serge golpeó el suelo con un pie. «¿Cuál es el plan para irnos? Por muy encantador que sea estar encerrado en una torre y ser disfrazado por extraños, si no vuelvo pronto a La Nave, habrá muchas novias infelices».

Brok se dio vuelta. «Mi esperanza es usar la tapadera de lo que sea que es esta *baccavalía* para sacarlos a ustedes dos de la ciudad y llevarlos a mi transportador encubierto».

«Eso significa que vamos a tener que seguirles la corriente durante el tiempo suficiente para que todos los demás se desentiendan o estén distraídos». Madeleine cruzó los brazos sobre el pecho y las cuentas de su blusa tintinearón. «Puedo hacer eso».

Brok dio dos pasos para pararse junto a ella. «Lo prometo, no te perderé de vista». Un gruñido escapó de su garganta. «Y le romperé el cuello a ese príncipe si te pone un dedo encima».

La idea del alienígena de cabello pálido tocándola hizo que su sangre se calentara y sus dedos se cerraran en puños apretados. Sabía que Madeleine no era suya para reclamarla, pero también sabía que moriría antes de permitir que esa criatura indigna la tocara de nuevo.

Ella le puso una mano en el brazo. «Estaré bien. De todos modos, ¿romperle el cuello no violaría algún tipo de código diplomático o de primer contacto?».

Brok le dedicó una rápida sonrisa. «Soy de la Fuerza Infernal. Las reglas son más bien sugerencias».

«Mi tipo de reglas favorito», dijo Madeleine.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Maddie siguió al asistente spartosiano por la escalera de caracol, sosteniendo una mano sobre su blusa para evitar que las cuentas chocaran entre sí. Su atuendo era ridículo, aunque supuso que era mejor que el que tenía que usar Serge. Al menos el gatazoide asistía a la fiesta o *baccavalía* o lo que fuera, y no lo obligaban a trabajar en las cocinas ni a servir la comida. Se sentía mejor con él cerca, a pesar de que él era la mitad de su tamaño y probablemente no podía hacer mucho más que gritar histéricamente si sucedía algo malo.

Sabía que debería sentirse más aliviada de tener al capitán Brok siguiéndolos en secreto, pero si era honesta, su presencia era más desconcertante que reconfortante. Algo en el drexiano la hacía sentir nerviosa, y la inquietud no era un sentimiento al que estaba acostumbrada.

Su propósito es sacarte de aquí, Madeleine, se dijo. Nada más.

Entonces, ¿por qué sus ojos brillaban cuando la miraba? ¿Y por qué se le secaba la boca cuando él estaba cerca de ella?

Miró por encima del hombro mientras los conducían a través de varios pasillos y pasarelas abovedadas hacia el palacio. Él estaba en algún lugar detrás de ellos, incluso si el dispositivo de camuflaje le impedía verlo.

«Ojos al frente», le dijo Serge en voz baja y urgente mientras se giraba por tercera vez.

Ella asintió y se volvió hacia el frente mientras los conducían al salón principal donde antes se habían reunido con la realeza spartosiana. Se ajustó la máscara enjoyada que le habían dado, aliviada por la pequeña sensación de anonimato que le daba la cubierta para los ojos, incluso si eso la hacía preguntarse a qué clase de fiesta espeluznante irían.

Madeleine se detuvo en seco cuando entraron y Serge casi chocó contra ella.

«Al menos una pequeña advertencia la próxima vez que te detengas así, cariño». Él levantó las manos para evitar chocar contra su trasero, la punta puntiaguda de su máscara casi la golpea.

«Lo siento». Madeleine intentó no quedarse expuesta boquiabierta, pero le resultaba difícil evitar que se le colgara la mandíbula.

El enorme espacio abierto se había transformado por completo desde la última vez que lo vieron. En lugar de que la luz entrara por las altas ventanas, pesadas cortinas rojas colgaban del suelo al techo y oscurecían el pasillo. La única luz procedía de las velas encendidas a lo largo de las

paredes de piedra, haciendo que las sombras bailaran por el suelo mientras los spartosianos se arremolinaban con trajes tan inusuales como los que ella y Serge llevaban y dos veces más reveladores.

«Bueno, esto es demasiado», susurró Serge, mientras un hombre pasaba junto a ellos vestido únicamente con pantalones cortos dorados y brillantes, portando un látigo a juego y con una máscara negra y dorada.

Otros asistentes a la fiesta enmascarados estaban tumbados sobre enormes otomanas con mechones dispuestas en el largo espacio detrás de las altas columnas. Hasta donde podía ver, el centro de la habitación estaba descubierto por muebles o mesas, pero estaba lleno de spartosianos disfrazados hablando en pequeños grupos y bebiendo bebidas carmesí en altas flautas.

Su asistente les puso dos bebidas en las manos. «Disfruten de la *baccavalia*».

Madeleine no tuvo tiempo de hacer preguntas antes de que el asistente desapareciera entre la multitud, dejándola a ella y a Serge solos.

«¿Hueles eso?», preguntó Serge, olfateando el aire.

Inhaló, pero su nariz no captó nada más que la cacofonía del perfume y las velas encendidas. «¿Cera ardiendo?».

Sacudió la cabeza. «Alimento. Me muero de hambre, ¿tú no?».

Ahora que lo pensaba, había pasado un tiempo desde la última vez que había comido. «¿Deberíamos comer algo? ¿Y si está drogado?».

«Estuve en la cocina, ¿recuerdas?», dijo Serge. «Nunca vi a nadie añadiendo algo sospechoso a lo que estaban haciendo».

Siguió al gatazoide mientras él los conducía entre la multitud, evitando encontrarse con las miradas curiosas de los alienígenas escasamente vestidos. Al menos todos llevaban máscaras y ella también, aunque no era difícil decir que ella no era una de ellos ya que todos eran rubios, y ella definitivamente no lo era.

«Algunas personas necesitan aprender a mantenerse en el patio», murmuró Serge, mientras pasaban junto a una mujer spartosiana que azotaba alegremente a un hombre que no vestía nada más que una falda escocesa reluciente que se levantaba para revelar su trasero desnudo.

Cuando uno de los machos spartosianos la observó con descaro y su mirada detrás de su máscara claramente recorría su cuerpo, Madeleine sintió el retumbar de un gruñido bajo detrás de ella. Saltó y se llevó una mano al corazón, dándose cuenta de que provenía del capitán drexiano.

«Me asustaste», susurró, mirando detrás de ella.

«No me gusta la forma en que te miran estos spartosianos», fue la respuesta en voz baja.

Por suerte, el bullicio de la multitud era tal que nadie más que ella podía oírlo.

«A ti y a mí», dijo con la comisura de su boca, manteniendo una sonrisa pegada a su rostro. «De todos modos, Halloween nunca fue lo mío».

«¿Halloween?».

Era extraño escuchar su voz incorpórea, pero también la reconfortaba saber que él estaba cerca. Como no podía verlo, no podía ponerse nerviosa por su intensa mirada ni distraerse por su impresionante físico.

«Una cosa de la Tierra», le dijo. «La gente se viste con disfraces y máscaras. Nunca me vestí como otra persona y las máscaras siempre me han asustado. La gente hace cosas con máscaras que normalmente yo nunca haría».

«¿Tienes miedo de hacer algo que normalmente no harías?».

«¿Yo?». Rodeó a un grupo de mujeres con trajes que parecían contruidos enteramente con hilos de colores. «No. Pero no confío en ninguno de estos alienígenas con exceso de sexo».

«Tampoco yo quiero». Su cálido aliento le hizo cosquillas en la nuca. «Por eso no te perderé de vista».

Un escalofrío de placer recorrió su espalda y se mordió el labio. Tal vez había hablado demasiado pronto sobre hacer algo que normalmente no haría.

Finalmente llegaron a una mesa llena de comida y su estómago gruñó en respuesta. Tenía más hambre de lo que pensaba.

Madeleine miró a su alrededor y se dio cuenta de que ella y Serge eran los únicos que mostraban interés en la comida.

«¿Estamos seguros de que se supone que debemos comer esto?», preguntó, mirando las impecables bandejas de comida colorida y del tamaño de un bocado. Ninguno de ellos se parecía a ningún tipo de alimento terrestre, pero los sabrosos aromas le resultaban familiares. «Nadie más está comiendo».

«Están demasiado ocupados bebiendo». Serge cogió una tartaleta violeta brillante de una bandeja escalonada.

Madeleine miró a su alrededor. Él tenía razón sobre eso. Los demás asistentes a la fiesta se bebían vaso tras vaso de la bebida de color rojo rubí que circulaba en bandejas. Miró su propio vaso y se sorprendió al ver que había vaciado la mitad.

Puaj. Debió haber estado bebiendo inconscientemente. Mal hábito de fiesta, pensó.

Serge se tragó la tarta morada. «Nada mal. Deberías probar una».

Madeleine vaciló. Ahora que habían dejado de moverse, sintió un ligero zumbido en las yemas de sus dedos. «¿Estamos seguros de que las bebidas no están drogadas?».

«Bueno, son bebidas de fiesta», murmuró Serge mientras llenaba un plato con comida. «Incluso si no están rociadas con medicamentos para sentirse bien, dudo que sean benignas».

«Tenía miedo de eso». Madeleine no estaba tan fuera de sí como cuando la obligaron a tragar la pastilla, pero definitivamente estaba sintiendo los efectos de la bebida.

Serge la miró a ella y a su vaso medio vacío. «¿Lo bebiste? Pensé que habíamos acordado no

beber».

Dejó su vaso sobre la mesa de la comida. «Lo hice inconsciente».

«¿Estás bien?», Serge corrió hacia ella y le tomó una mano. «¿Sientes algún impulso incontrolable de dar nalgadas a alguien?».

Ella le sonrió. «Estoy bien. Aunque siento más hormigueo que de costumbre».

«Hormigueo bueno u hormigueo...», Serge agitó las cejas. «... ¿travieso?».

Madeleine no estaba segura. Su piel se sentía demasiado sensible y era muy consciente de que Brok estaba detrás de ella.

Los ojos de Serge se agrandaron cuando vieron algo a un lado. «Supongo que ahora no es el mejor momento para decirte que veo acercarse al príncipe manoseador».

Ella iba a darse la vuelta, pero Serge le sacudió las manos. «No mires. Él sabrá que lo viste. Inventaré una historia para cubrirte mientras ustedes dos se esconden».

«Entendido». La voz de Brok era un ronroneo oscuro cuando su mano se cerró sobre su brazo y la apartó.

Madeleine no tuvo la oportunidad de decir una palabra antes de que la arrastrara entre la multitud en la dirección opuesta.

«Su Alteza». La voz de Serge se elevó por encima del ruido de la conversación. «Qué placer volver a verte».

No se giró para ver cómo Serge estaba distrayendo al príncipe, pero supuso que era efectivo porque no escuchó al spartosiano llamándola ni sintió su agarre jalándola hacia atrás.

Brok la movió rápidamente entre la multitud de alienígenas apenas vestidos. Era una suerte que los spartosianos estuvieran aún más dañados que ella. Apenas parecieron notar que una fuerza grande e invisible los empujaba mientras Brok separaba a la multitud y la conducía hacia la pared del fondo.

«¿Dónde estamos...?». Comenzó a preguntar antes de que las pesadas cortinas que cubrían las ventanas se agitaran y la arrastraran detrás de la tela.

Había más espacio del que había imaginado, ya que la tela no estaba plana contra las ventanas, sino que estaba suspendida de barras de cortina que se extendían a unos centímetros de distancia de las paredes.

«¿Y si me vio entrar aquí?», preguntó, mirando nerviosamente hacia el borde de la tela.

El cuerpo de Brok la presionó contra la pared, haciendo que se quedara sin aliento y su cuerpo se volviera invisible. «¿Mejor?».

La sacudida que la recorrió no tuvo nada que ver con la dulce bebida que había tomado, sino con lo bien que se sentía su firme cuerpo contra el de ella. Presionó sus manos contra los músculos de su pecho y acarició su piel sedosa. «Mucho mejor».

CAPÍTULO

DIECISIETE

No podía ver sus dedos recorriendo sus músculos, pero podía sentirlos. Su toque fue como un susurro, pero aún así le quemaba la piel.

Cerrando su mano sobre la de ella, detuvo sus caricias. Aunque sus dedos ya no se movían sobre su piel, el calor de sus pequeñas manos hacía que su corazón latiera con fuerza y estaba seguro de que ella podía oírlo.

«¿Qué ocurre?», susurró ella, sus palabras hicieron que él cerrara los ojos mientras su aliento le hacía cosquillas en la piel.

«Estás mal».

«Y una mierda que los estoy». Ella sacó sus manos de debajo de las de él y las bajó hasta su estómago.

Él dejó caer las manos hasta sus caderas, con la intención de alejarla, pero se dio cuenta de que no podía. Necesitaba estar cerca de ella para mantenerla cubierta. Si él se alejaba de ella, podría ser vista.

«Madeleine». Intentó mantener la voz firme, pero sonaba ahogada incluso para sus propios oídos.

«Pensé que te había dicho que me llamaras Maddie». Ella colocó su boca donde habían estado sus manos, besando su pecho ligeramente.

Agarró sus caderas con más fuerza, más para evitar pasar las manos por su cuerpo que cualquier otra cosa. «Maddie. No sabes lo que estás haciendo».

Sus brazos rodearon su espalda y sus dedos rozaron sus nódulos. «Estoy bastante segura de que sí».

No arrastraba las palabras, pero Brok sospechaba que la bebida era más fuerte de lo que había pensado. Había visto lo suficiente de lo que sucedía en Ciudad Spartos como para saber que sus ocupantes se mantenían en una especie de estado de perpetua excitación. Era la única manera de explicar por qué lo estaba tocando de esa manera.

Él apretó los dientes mientras ella frotaba sus nódulos inflamados y enviaba el deseo a través de él. «Necesitas parar».

«¿Por qué? No pueden atraparnos aquí. Nadie puede vernos». Ella dejó de besar su pecho. «¿No me deseas?».

Su corazón martilleó en su pecho ante su toque. «No se trata de desearte. Estoy aquí para rescatarte. No reclamarte. Tú no eres mía».

Su boca se cerró sobre su pezón y sus rodillas casi se doblaron cuando ella lo mordió suavemente y luego con más fuerza. «No soy de nadie, pero eso no significa que no podamos divertirnos un poco».

«Soy un capitán de la Fuerza Infernal», dijo, más para recordarse a sí mismo.

«¿Eso significa que no puedes divertirme?».

Deslizó sus manos de sus caderas para atraparlas mientras se movían más hacia el sur. No quería que ella sintiera lo duro que estaba o que estaba a punto de quitarse sus ajustados calzoncillos. «No con una Novia Tributo que no es mía».

«Vamos», bromeó ella. «Estamos en una ciudad alienígena en una fiesta loca donde un príncipe me persigue, y la mitad de los invitados probablemente van a hablar entre ellos antes de que termine la noche. ¿Me estás diciendo que no quieres vivir un poco?».

«No se trata de lo que quiero»

«Entonces, puede tratarse de lo que yo quiero». Sus dedos trabajaron en uno de sus nódulos duros hasta que sus ojos casi se pusieron en blanco. «Y te deseo».

«Tú no me deseas». Logró pronunciar las palabras entre respiraciones entrecortadas.

«¿Por qué no?».

Sus labios tararearon contra su piel. «Eres valiente, fuerte y guapo. Sin mencionar que eres grande por todas partes. Me gusta grande».

Comenzó con su descripción. ¿Cómo podía pensar que él era guapo? ¿No había visto su cicatriz? «Se te asignará un guerrero drexiano más adecuado».

«No puedo imaginar que ningún drexiano sea más adecuado que tú». Le pasó la lengua por el costado de la garganta y le chupó el lóbulo de la oreja. «Eres tan honorable que no tocarías a una mujer que prácticamente se está lanzando hacia ti».

«Porque sé que te arrepentirás. Cualquier mujer tan perfecta como tú merece una pareja que no esté dañada. Si no estuvieras tan mal en este momento, no me querrías».

Sus manos se detuvieron. «¿Por qué piensas eso? ¿Crees que no sé lo que quiero?».

«Podrías tener cualquier hombre. No te conformarías conmigo si no estuvieras borracha».

«En primer lugar, no estoy borracha». Su voz había perdido el tono entrecortado. «Y segundo, ¿en qué universo se consideraría conformarse con alguien tan atractivo como tú?».

«Estoy desfigurado».

«¿Estás hablando de tu cicatriz?».

Él no respondió. Lo último que quería era su lástima.

«Bueno, no podrías estar más equivocado». Levantó los brazos hasta que sus manos encontraron su rostro y deslizó un dedo por la cicatriz que dividía un lado. «Simplemente demuestra que eres un tipo rudo, y creo que eso es increíblemente sexy».

Con un movimiento fluido, la tomó en brazos y apretó su boca contra la de ella. El beso no fue suave ni tierno; era rudo y dominante, y él tomó posesión de su boca con un fuerte golpe de su lengua. Ella gimió cuando él le tomó el pelo con una mano y le echó la cabeza hacia atrás para poder besarla más profundamente, pero ella se hundió en el beso, sus propios brazos se apretaron alrededor de él y acariciaron sus ganglios con más fuerza.

Ninguna mujer había tocado jamás su cicatriz y ciertamente ninguna lo había calificado de sexy. Las pocas mujeres que había visto desde su lesión habían desviado la mirada o lo habían mirado con curiosidad. Pero Madeleine, no. Ella nunca lo había mirado como si estuviera dañado.

Apoyándola completamente contra la pared, rozó su polla en ella, incapaz de detener la necesidad que lo atravesaba. Moviéndola con urgencia desde su espalda hasta su trasero y la levantó hasta que sus piernas rodearon su cintura. Era fácil sentirla a través de la fina tela de su falda, y aún más fácil deslizar una mano debajo de su falda y tocar la suavidad de sus muslos.

Grek. Estaba tan mojada por él. Se arqueó y su pene chocó contra su abertura, lo único que los separaba eran unas pocas capas de tela. Saber que ella lo deseaba tanto hizo que su cuerpo temblara mientras intentaba contenerse.

Sabía que no debería tocarla así. Ella era una Novia Tributo a la que había sido enviado a rescatar, no a reclamar para sí mismo. El Alto Mando no vería con buenos ojos que él la poseyera antes de entregársela a su Pareja. Incluso si nunca descubrieran su transgresión, estaría agravando al drexiano que acabaría siendo su Pareja. El honor le exigió que se detuviera.

«Por favor, Brok», dijo Madeleine entre jadeos cuando él apartó su boca de la de ella.

No podía verla, pero sentía su respiración acelerada y su pecho palpitante. Le resultaba casi imposible detenerse. Su necesidad por ella era abrumadora, bloqueando todo pensamiento racional. El sabor y la sensación de ella eran tan estimulantes que todo a su alrededor desapareció.

Todo menos la voz en el fondo de su cabeza, advirtiéndole que se detuviera antes de profundizar demasiado. No podía enamorarse de ella y luego perderla. No sobreviviría a más angustias y decepciones.

«No puedo». Él se apartó y ella reapareció, con el rostro sonrojado.

Ella bajó por su cuerpo hasta que estuvo de rodillas. «Si tú no puedes, yo puedo».

Se sintió congelado cuando ella rápidamente liberó su miembro y lo apretó en su mano. Con un toque de su dedo, desactivó el dispositivo de camuflaje. Él quería verla cómo lo tocaba.

Madeleine le sonrió. «¿Quieres verme chuparte el pene?».

Intentó responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Todo lo que pudo hacer fue mirarla mientras ella giraba su lengua rosada alrededor de su coronilla, provocándolo y sonriendo más ampliamente.

«Me muero por saber si realmente eres tan grande como pareces». Ella movió su mano arriba y abajo por su pene. «No estoy decepcionada, capitán».

Enredó una mano en su cabello, sabiendo que debía decirle que se detuviera, pero se sentía desesperado por que siguiera adelante. «Si es demasiado...».

Ella sacudió la cabeza, luego se lamió los labios y miró su pene. «Te dije que me gustan los desafíos. Y derrotar a este chico malo es un desafío que vale la pena aceptar».

Él dejó caer la cabeza hacia atrás mientras ella cerraba la boca alrededor de su coronilla. La cálida humedad era casi demasiado para él, y se mordió el labio inferior para evitar gemir. Sabía que estaba mal, pero su boca sobre él se sentía tan bien.

Mirando hacia abajo, observó cómo ella deslizaba su longitud dentro y fuera de su boca. Casi explotó dentro de ella al ver sus labios estirados alrededor de su ancha cabeza. Se echó hacia atrás y trazó la punta de su lengua alrededor de la dura cresta y luego por la gruesa vena que corría debajo. Envolviendo sus dedos con fuerza alrededor de su circunferencia, ella se lo llevó a la boca nuevamente.

Él apretó su cabello con más fuerza. Madeleine tenía casi toda su longitud en la boca. Verla hacía que fuera difícil no estallar, pero también le encantaba verla tomarlo profundamente. Era la cosa más sexy que había visto en su vida, y los suaves sonidos hambrientos que ella hacía eran lo mejor que había escuchado en su vida. Ella bombeó la base de su polla mientras movía la boca, y la combinación hizo que él metiera las manos en su cabello oscuro. Estar dentro de su boca le hizo pensar que estaba dentro de ella, y su miembro se sacudió.

Ella lo miró sin detenerse, sus ojos brillaban oscuros. Luego su paso se hizo más rápido y su respiración se hizo entrecortada. Cuando ella gimió, vibró a lo largo de su miembro.

Grek. La visión de la bella mujer chupándolo era tan fascinante que apenas se dio cuenta de las risas de la multitud más allá de la cortina. Solo cuando ella retrocedió, él sintió el ruido sordo de las pisadas que se acercaban. Instintivamente, presionó el dispositivo de camuflaje y la levantó, atrayéndola hacia él mientras ambos desaparecían.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, la cortina fue arrancada y un par de guardias flanquearon al príncipe spartosiano. Brok agarró a Madeleine aún más fuerte, agradecido de haber sido lo suficientemente rápido para activar el dispositivo en su cintura y de que no hubiera fallado, pero escuchó su pequeño jadeo. El sonido de la fiesta era demasiado fuerte para que el príncipe o los guardias lo escucharan, y bajaron la cortina al no ver nada detrás.

«La Tributo drexiana estuvo justo aquí», dijo el príncipe desde el otro lado de la cortina. «Sé que aquí estaba. ¿Adónde pudo haber ido?».

«¿Qué dijo ese pequeño alienígena?».

«Nada útil». El príncipe suspiró profundamente. «Algunas tonterías acerca de que ella estaba enferma, pero estoy seguro de que estaba mintiendo».

«Entonces esta vez lo interrogaremos adecuadamente», la voz del guardia era amenazadora.

Madeleine se estremeció y Brok le tapó la boca con una mano para tranquilizarla. Intentó mantener su respiración lenta, aunque su corazón todavía se aceleraba.

«Él también se ha ido», dijo el príncipe spartosiano. «Aunque podría estar en algún lugar entre la multitud y simplemente no podemos verlo. Es increíblemente pequeño».

«¿Y ahora qué, excelencia?».

«Ahora la encontramos». La voz del príncipe se elevó. «La quiero en mi cama esta noche. Envía a todos los guardias que tenemos para encontrarla. Es imperativo que la reclame antes del cambio».

«¿Y el pequeño?».

«Mantenlo en la torre. Podría ser útil».

Los guardias y el príncipe se dispersaron y se alejaron de la cortina detrás de la cual Brok todavía sostenía a Madeleine. Ambos respiraban con dificultad, pero ahora ella también temblaba. Se subió la ropa interior y metió su pene aún duro lo mejor que pudo.

«No te preocupes», murmuró. «No permitiré que nada de eso suceda».

Ella asintió, pero su voz tembló cuando habló. «¿Qué quiso decir cuando dijo 'el cambio'?».

«No lo sé». No era la primera vez que Brok deseaba saber más sobre la especie xenófoba. No tenía idea de cuál era el cambio, pero no le gustaba cómo sonaba. Intentó pensar en algo reconfortante que decirle a la mujer. «Podría ser el cambio de sus estaciones».

Ella soltó una pequeña risa. «Me acabo de dar cuenta de algo más que realmente me gusta de ti».

«¿Sí?».

«Eres un pésimo mentiroso».

Dejó escapar un largo suspiro. «Nunca te mentaré, Madeleine. No sé nada del cambio que mencionaron, pero tienes razón. No creo que tenga que ver con las temporadas y no tengo un buen presentimiento al respecto».

«Ya somos dos».

Su ritmo cardíaco estaba volviendo a la normalidad y la neblina del deseo se estaba desvaneciendo. Por mucho que odiara no sentir su boca húmeda en su polla, sabía que debería estar agradecido por que el grupo de búsqueda del príncipe los hubiera interrumpido. Mucho más tiempo y él se habría corrido en su boca o la habría inclinado y follado contra la pared, una acción que temía que ambos se arrepintieran más tarde.

Ella empezó a alejarse, pero él la agarró de la mano y la jaló hacia él. «¿A dónde crees que vas? No puedes caminar por la fiesta con todos estos guardias buscándote».

«Bueno, tampoco podemos pasar el resto de nuestras vidas escondidos detrás de una cortina».

Él sonrió, contento de escuchar que el tono había vuelto a su voz. «De acuerdo. Necesitamos encontrar un lugar mejor para escondernos durante la noche hasta que podamos encontrar a Serge y escapar».

Levantó las manos para rodear su cuello y se subió a sus pies. «Lidera el camino».

No tenía intención de caminar con ella sentada sobre sus pies como una niña. No cuando sabía que había una manera más fácil de mantenerla cerca. Levantándola por el trasero, Brok le levantó las piernas para curvarlas alrededor de su cintura. «Ahora podemos irnos».

CAPÍTULO

DIECIOCHO

«¿Estás seguro de que esta es la mejor manera?» Por muy surrealista que fuera caminar entre la multitud prácticamente con sus pies alrededor del capitán drexiano como un mono araña, fue aún más extraño cuando abandonaron el salón y continuaron hacia el corredor de piedra de marfil donde no estaban rodeados por los estridentes sonidos de la celebración en plena evolución. Las luces parpadeaban en los apliques a lo largo de la pared, haciendo que el largo espacio arqueado pareciera inquietante.

«Shhh», dijo él, el zumbido de sus labios envió escalofríos de placer por su columna nuevamente, mientras continuaba por el sinuoso pasillo.

«Puedes bajarme ahora», susurró, una vez que estuvieron solos.

«¿Por qué habría eso?».

«Porque soy perfectamente capaz de caminar sola y no hay nadie cerca para verme». Ella se movió en su firme agarre.

Él la dejó deslizarse, pero tan pronto como sus pies tocaron el suelo, se quedó congelada. Pisadas firmes resonaron a su alrededor junto con voces fuertes. Brok se tensó, su agarre sobre ella se hizo más fuerte mientras la apartaba del camino de los soldados spartosianos que doblaban la curva y la aplastó contra él pegados en la pared. Ninguno de los dos habló ni siquiera respiró, mientras las filas de soldados marchaban al unísono llevando tridentes de metal brillante en una mano. Madeleine tembló debajo de él, claramente tan aterrorizada como él de que su dispositivo de camuflaje pudiera fallar.

«¿Qué fue eso?» preguntó, una vez que los guerreros armados hubieron pasado y las pisadas se convirtieron en un ruido sordo distante. No había visto semejante despliegue de combatientes en la ciudad desde que había llegado, y los militantes spartosianos que marchaban parecían en desacuerdo con el estado de ánimo general del planeta.

«La razón por la que necesitamos encontrar un buen escondite». Brok tomó su mano entre las suyas mientras se apresuraba por el pasillo y se alejaba de los soldados.

«¿Qué pasará con Serge?», Maddie miró por encima del hombro. «No creerás que esos tipos nos están buscando, ¿verdad? ¿Y él?».

«Si es así, sospecho que el gatazoide podrá permanecer oculto hasta que podamos encontrarlo».

A Maddie no le gustaba la idea de dejar a Serge o esconderse sin él, pero también odiaba mucho la idea de ser atrapada por el espeluznante príncipe spartosiano. Estaba bastante claro lo que pretendía hacer con ella, y de ninguna manera eso iba a suceder.

Mientras doblaban una esquina, Brok se detuvo de repente, sujetándola con un brazo para que no siguiera caminando y luego acercándola a su cuerpo para cubrirla. Una pareja spartosiana salía de un panel de la pared; la mujer se retocaba el pelo despeinado y el hombre se abrochaba los pantalones sorprendentemente ajustados. Miraron nerviosamente hacia el pasillo y soltaron suspiros de alivio cuando no vieron a nadie.

No había pomo ni manija en el exterior de la puerta, y Maddie sabía que nunca habría sabido que existía si no se hubieran topado con personas saliendo a escondidas. Brok la impulsó hacia adelante y atravesó la puerta momentos antes de que se cerrara. Luego ambos se quedaron en el espacio oscuro respirando pesadamente.

«¿Dónde estamos?», preguntó, buscando a tientas en las paredes un panel de luz, sus dedos finalmente localizaron uno y lo presionaron.

Un tenue resplandor iluminó el reducido espacio, mientras Brok buscaba a tientas la puerta, deslizando un cerrojo en su lugar con un chasquido. «Una escalera».

Ella no preguntó adónde conducían las escaleras mientras lo seguía por los sinuosos escalones. ¿Por qué todas en este planeta eran de caracol?, se preguntó mientras se agarraba a la barandilla para mantener el equilibrio. El silencio de la oscura escalera pronto fue reemplazado por el suave zumbido de la música y las voces, y cuando Brok abrió la puerta en la parte superior, Maddie no se sorprendió del todo al descubrir que estaban en un balcón alto, con vistas al salón principal del palacio.

Miró alrededor del pequeño espacio alfombrado que se extendía sobre el pasillo formando un semicírculo. Había cojines esparcidos por el suelo y una botella de vino spartosiano sin abrir flotando en una cubeta con hielo. Era claramente un lugar para citas secretas, aunque le resultaba desconcertante que un spartosiano se molestara en mantenerlo en secreto, cuando todo el mundo parecía perfectamente feliz de hacerlo abiertamente y también estaba claro que la última pareja también había estado allí, con mucha prisa incluso por abrir el vino. «¿Vamos a escondernos aquí?».

Brok echó un vistazo a la fiesta que se desarrollaba abajo. «Nunca pensarán que nos esconderíamos delante de sus narices». Echó el cerrojo de la puerta por la que acababan de salir. «Además, tengo la sensación de que no mucha gente conoce este espacio».

Su pulso latía nerviosamente en su pecho, mientras risas y gemidos de éxtasis flotaban desde abajo. Parecía que la fiesta se estaba calentando y estaba agradecida de que no estuvieran todavía allí abajo, aunque habría sido aún más feliz si estuvieran lejos de Spartos.

Brok apareció de repente ante ella y ella casi saltó. Se había acostumbrado tanto a que ambos fueran invisibles que ver al gran drexiano era sorprendente. Pero también estaba feliz de verlo... y feliz de verse a sí misma otra vez. Ella miró sus propios brazos y movió los dedos.

Él inclinó la cabeza hacia ella. «¿Te asusté?».

«No, simplemente me acostumbré a que fueras el hombre invisible». Ella notó que él se

estremecía ligeramente y tomó su mano. «Pero me gustas más de esta manera. Me gusta poder verte».

Sus mejillas bronceadas se sonrojaron y señaló el suelo. «Dudo que alguien desde abajo pueda vernos, pero probablemente deberíamos bajar, por si acaso».

Maddie se sentó, se apoyó en una de las almohadas y tomó el vino. «La pareja que salió corriendo de aquí ni siquiera se molestó en abrir esto».

«Parecía que tenían prisa».

Maddie sacó la botella y parte del agua helada de la cubeta goteó al suelo. «Él parecía uno que se queda corto en la cama después del primer asalto, si me preguntas».

Brok arqueó una ceja. «¿Que se queda corto?».

Oh, mierda. ¿Acababa de decir eso en voz alta? Su rostro se calentó mientras estudiaba atentamente la botella de vino. «Expresión de la Tierra».

«Tendré que recordar decírsela a Serge».

«Dios, no», dijo Maddie. «No quiero oír esa frase salir de su boca».

«Bueno», Brok le sonrió. «¿Hay muchos de estos cortos en la cama en la Tierra?».

Quitó la tapa de la botella, manteniendo la vista baja. «En mi opinión, cualquier proporción es demasiada». Escaneó el espacio y vio dos copas de cristal pegadas a la pared.

«¿Estás segura de que deberías beber eso?», preguntó Brok mientras llenaba cada vaso casi hasta arriba.

Ella le entregó un vaso. «En primer lugar, no soy la única que va a beberlo».

Miró el líquido color granate con sospecha.

«Vamos», bromeó. «Vive un poco. No es que estemos en peligro de sufrir nada aquí arriba. Estamos solos en una habitación secreta y las puertas están cerradas. Además, no sé tú, pero yo tengo sed y necesito algo para aliviar mis nervios. No eres tú a quien el príncipe está buscando».

Su expresión se ensombreció ante esto y ella se arrepintió de haberlo dicho.

«Lo único que digo es que tomar un trago pequeño no es gran cosa».

«¿Alguna vez eres cautelosa?», preguntó, mientras ella tomaba un trago de su bebida.

Maddie se reclinó sobre los codos. «Siempre estoy a salvo, pero rara vez soy cautelosa».

Él entrecerró los ojos hacia ella. «Explícate».

«Bueno», ella tomó otro trago. «Mi trabajo es ayudar a las personas que han resultado heridas. Eso significa que sé mucho sobre cómo salvar vidas. También significa que sé hasta dónde puedo esforzarme y qué riesgos son demasiados».

Él la miró como si no le creyera. «Entonces, ¿nunca corres riesgos peligrosos?».

Ella le guiñó un ojo e inclinó su copa hacia atrás para terminarlo. «Yo nunca dije eso. No creo en ir a lo seguro, pero sí creo en la seguridad».

Él sacudió la cabeza y tomó un sorbo vacilante de vino spartosiano. «Suenas como muchos guerreros de la Fuerza Infernal que conozco».

«Sigues diciendo eso». Se sirvió más vino. «Tal vez debería considerar unirme a la Fuerza Infernal en lugar de convertirme en una Novia Tributo».

Brok frunció el ceño y apuró el resto de su bebida. «Imposible».

Aunque sus dedos parecían vibrar y sus labios se sentían un poco entumecidos, la irritación aún la hizo sentarse. «¿Por qué? ¿No crees que puedo ser una guerrera tan ruda como tú? Has de saber que soy una campeona de kickboxing y he sometido a imbéciles borrachos que me doblan en tamaño».

«No dije que no serías tan feroz como cualquier guerrero de la Fuerza Infernal». Un músculo de su mandíbula tembló. «Estoy seguro de que lo serías».

Ella se inclinó hacia él hasta que sus caras estuvieron a centímetros de distancia. «¿Entonces qué es?».

Su mirada se posó en sus labios y le tomó la mandíbula con una mano. «No hay hembras en las naves de la Fuerza Infernal. Si fueras uno de mis guerreros, los otros drexianos te estarían mirando constantemente. No podría soportar la idea de que otro macho piense en ti como yo lo hago».

Su respiración se detuvo en su pecho. «¿Cómo piensas de mí?».

Brok le pasó la yema callosa del pulgar por el labio inferior y gimió. «Con tu bonita boca envuelta alrededor de mi pene».

«Eso es solo porque me viste chuparte». Ella se burló de él. «¿De qué otra manera me quieres?».

«Extendida desnuda debajo de mí con las piernas bien abiertas para que pueda tomarte por completo», dijo rápidamente, luego pareció sorprendido por sus propias palabras.

Su corazón martilleó en su pecho cuando se encontró con su mirada fundida, sintiéndose sorprendida y emocionada de que él realmente hubiera dicho eso. «Entonces, hazlo».

Él cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza mientras apretaba su rostro con más fuerza. «No puedo. No estás destinada a ser mía».

«Pensé que habíamos superado eso cuando te hice lo de la garganta profunda», dijo, complacida cuando sus mejillas se enrojecieron. «Me importa un carajo lo que debo ser, o lo que tu precioso imperio Drexiano cree que debería hacer o con quién debería ser emparejada. Puedo decir quién, puedo decir cuándo y te quiero ahora mismo».

Sus ojos se abrieron de golpe, se encontraron con los de ella y ardieron. «Pero tu Pareja drexiano...».

Ella le agarró la cara con ambas manos. «En lo que a mí respecta, eres el único drexiano que quiero. Y antes de que digas que es el raro vino el que habla, te prometo que no lo es. Te quiero

porque eres valiente, amable y guapo, y he pensado que eres todas esas cosas desde el momento en que te conocí». Ella inclinó la cabeza para que sus labios rozaran su oído. «Ah, y después de probar tu deliciosa polla, creo que es justo que finalmente pueda sentirla dentro de mí».

Él gimió. «¿Finalmente?».

«*Has estado exhibiéndote en pequeños calzoncillos que apenas te contienen*».

Brok la rodeó con sus brazos y la sentó en su regazo. «No me he estado exhibiendo».

Ella rió. «Tal vez pavonearte sería una mejor palabra. No es que te culpe. Cualquier chico querría lucir un paquete tan grande como el tuyo».

Su risa fue un murmullo bajo mientras la bajaba para colocarla sobre su espalda. «Me alegra que te guste lo que has visto».

«Y probado», le recordó.

El calor irradiaba de su gran cuerpo mientras se cernía sobre ella, apoyándose en sus musculosos brazos. Maddie deslizó sus manos desde sus hombros por las duras curvas de su pecho hasta las crestas de su estómago hasta llegar a la dura polla que luchaba contra la tela de su ropa interior. Su pequeña mano se cerró alrededor de su espesor y el calor corrió entre sus piernas. «Estoy lista para hacer más que simplemente mirar, capitán. Estoy lista para que me folles».

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Se mordió con fuerza el labio inferior mientras ella le apretaba el pene. Aunque Brok solo había terminado una copa de vino spartosiano, sentía que el calor se extendía por su cuerpo mientras sus barreras habituales parecían derretirse.

«¿Quieres que te folle, Madeleine?», preguntó con voz ronca.

Su asentimiento fue furtivo y sus ojos estaban muy abiertos.

Sabía que no debería estar haciendo esto. Era una hermosa Novia Tributo que él estaba rescatando. Él era el capitán con cicatrices de una nave de la Fuerza Infernal cuya tarea era encontrarla y llevarla de regreso a La Nave. Necesitaba concentrarse en su misión, pero en ese momento lo único que inundaba su cerebro era sentirla debajo de él, con su pecho agitado. Todo lo que sabía era que nunca se había sentido así por una hembra y que no podía renunciar a ella. Aún no. No cuando había tanto deseo en sus ojos. No sabía cuánto extrañaba ver la necesidad en la mirada de una hembra.

Ella gimió cuando él capturó su boca, presionando su cuerpo contra el de él. Él separó sus labios y agitó su lengua con la de ella, saboreando la dulzura del vino junto con su sabor. No creía que alguna vez podría tener suficiente de probarla, pero sabía que quería más. Quería probarla toda.

Rechinando contra él, intensificó su beso y le pasó las manos por la espalda, sus dedos chocaron contra sus duros nódulos. El roce de sus dedos envió el deseo a través de él. A él no le importaba nada más que reclamarla.

Movió una mano hacia su cuerpo, sus dedos se movieron sobre su blusa de cuentas y bajaron por su cintura hasta llegar a su trasero y luego a su muslo, separando la tela de gasa y levantando su pierna para que se enganchara alrededor de su cintura. Ella se arqueó hacia él, su calor balanceándose contra su duro pene. Su cuerpo era delgado, pero su piel era suave. Nada como el firme e implacable músculo propio por el que había trabajado tan duro. Deslizó su mano hacia su trasero, amando su suave hinchazón.

«Tan perfecta», murmuró.

Brok no se sorprendió cuando levantó la mano y se dio cuenta de que ella no llevaba bragas. La ropa interior no era algo que les importaba a los spartosianos.

Ella enterró la cabeza en su cuello mientras él la acariciaba con el dedo entre las piernas y su gemido fue ronco. No había esperado que su sexo fuera completamente suave; había pensado

que las hembras humanas tenían pelo, pero la piel debajo de su dedo era aterciopelada y resbaladiza por la excitación.

«¿Te gusta?», preguntó ella, su voz entrecortada en su oído.

«Mmmm. Me gusta todo de ti». Pasó un dedo grueso entre sus pliegues y luego dudó. «¿Está bien?».

Ella levantó las caderas para que su dedo se deslizara hacia adentro. «Es mejor que bien, capitán».

Su pene dolía mientras metía el dedo más profundamente, sus pliegues reaccionaban a su alrededor. «Estás tan apretada».

«Prometo que puedo aceptar todo tú». Sus palabras fueron entrecortadas y vibraron contra su oído. «Quiero tenerte completo».

Se reclinó y observó su rostro mientras acariciaba su dedo más dentro de ella. Sus ojos estaban entrecerrados, parpadeando mientras él giraba su dedo y lo arrastraba hacia adentro y hacia afuera, y sus labios estaban ligeramente separados.

Madeleine lo miró a los ojos, le pasó una mano por el cuello y acercó sus labios a los de ella. El deseo lo atravesó cuando su lengua se enredó con la de él, su beso necesitaba mientras sus uñas raspaban la piel de la parte posterior de su cuello. La sensación de su lengua y su dedo acariciándola lo aturdió, y todo lo que podía pensar era que quería más.

Con un gruñido, Brok se separó del beso y deslizó su dedo fuera de ella, bajando por su cuerpo. Apartó las capas transparentes de su vestido, amontonándolas alrededor de su cintura y exponiendo su sexo.

«¿Quieres que me detenga?», preguntó, separando sus piernas y colocándose entre ellas.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos ardían mientras se fijaban en los de él, pero el único ruido que hizo fue la rápida inhalación de aire cuando él separó sus calientes pliegues con los pulgares.

Al ver sus pliegues de seda abiertos para él, un ruido sordo se escapó de la garganta de Brok. Estaba mojada y lista, y él inhaló su aroma femenino, su pene palpitaba. Madeleine era suya. A él no le importaba nada más que reclamar su pequeño y apretado cuerpo como suyo.

«Esto es mío». Pasó un dedo por su humedad.

Ella se apoyó sobre los codos y lo miró con las pupilas oscuras. «¿Oh sí? Demuéstralo, capitán».

Brok sonrió mientras bajaba la boca hacia ella y ella dejó caer la cabeza hacia atrás con un grito ahogado. Deslizó su lengua hacia arriba, amando su sabor, hasta que llegó a su protuberancia hinchada, luego comenzó a chuparla suavemente. Había oído hablar de esto a otros drexianos y sabía qué hacer con ello.

Mientras movía su lengua sobre el manojito de nervios, quedó fascinado cuando su respiración se volvió entrecortada y sus caderas se retorcieron. Su jadeo se convirtió en gemidos y él movió la lengua más rápido.

Cuando ella comenzó a sacudirse, él volvió a meter su dedo dentro de ella, sintiendo sus

músculos tensos mientras ella se animaba y gritaba. El sonido de su placer lo enardeció, pero mantuvo su boca sobre ella mientras ella temblaba y sus piernas se aflojaban. La necesidad lo desgarró mientras se echaba hacia atrás y se bajaba los calzoncillos para dejar que su pene se liberara, apretándolo con una mano y mirando a la mujer tan mojada y lista para él.

Madeleine lo miró aturdida, sus ojos se dirigieron desde su rostro hasta su pecho y finalmente a la polla que sobresalía de su cuerpo. Se sentó y lo alcanzó, sus delgados dedos lo agarraron por encima de donde él cerró el puño en la base, pero sin hacerlo por completo. «No puedo tener suficiente de tu enorme pene».

La vista de sus dedos sobre su miembro junto a su gran mano era casi demasiado. Él fijó su mirada en su rostro. «No quiero hacerte daño, Madeleine».

Ella lo miró a los ojos y se lamió el labio inferior. «Pero quiero que me hagas daño. Quiero que esa gran polla me parta en dos».

Su cuerpo se sacudió en respuesta a sus palabras, y observó mientras ella avanzaba y bajaba la boca hasta la coronilla de su pene. Ella rodeó con su lengua alrededor de la parte superior y Brok dejó caer la cabeza hacia atrás.

Dioses, la hembra iba a hacer que se corriera antes de que pudiera follársela adecuadamente.

«Turnarse puede resultar un juego justo», ronroneó. «Tú lamiste el mío, ahora puedo lamer el tuyo».

Sabía que no podría aguantar mucho más de su boca caliente sobre su polla y su lengua resbaladiza acariciando su coronilla. Por mucho que le encantara tener su boca sobre él, necesitaba estar dentro de ella. La necesidad primordial de reclamarla estaba dominando cualquier otro impulso o pensamiento en su cabeza.

Levantando la cabeza, la empujó hacia atrás sobre los cojines y le abrió más las piernas.

«¿No te gustó mi boca?».

Se cernió sobre ella, la besó y le mordisqueó el labio inferior mientras se alejaba. «Ya me lamiste una vez. Amo tu boca, pero necesito estar dentro de ti».

Ella asintió mientras colocaba su pene en su abertura. «Necesito tu polla dentro de mí, Brok».

Le encantaba el sonido de su nombre en sus labios. «Dilo otra vez».

«Necesito tu polla dentro de mí». Ella movió sus caderas hacia adelante mientras él presionaba su corona contra ella.

«Mi nombre», dijo, y la tensión de ella se apoderó de él. «Di mi nombre».

«Brok». Ella jadeó mientras él empujaba un poco más y su mirada se centró en la de él.

Dejó que sus ojos se cerraran brevemente mientras se sostenía sin profundizar más. «Así es, Madeleine. Ese es el nombre que vas a gritar cuando te haga venir».

«Hazlo», ordenó ella. «Hazme gritar».

Apretó la mandíbula y mantuvo los ojos cerrados.

«No me romperé, ¿sabes?». Sus uñas rasparon su nuca, y él abrió los ojos para encontrar su mirada caliente y fundida y fijada en la suya. «Y quiero que me folles duro».

Dudó sólo por un momento antes de empujar completamente hacia adentro, jadeando por lo apretado y caliente que estaba su cuerpo a su alrededor. Nunca había sentido a una hembra que lo enfundara tan perfectamente, y se retiró rápidamente y volvió a sumergirse, sintiendo el delicioso estiramiento mientras ella lo tomaba por completo.

«¿Estás bien?». Logró decir mientras se mantenía profundamente dentro de ella. «¿Te lastimé?».

«Es un dolor agradable». Ella extendió sus manos y agarró su trasero para atraerlo hacia ella más profundamente. «No te detengas».

Él empujaba hacia adentro y hacia afuera, y ella encontró cada golpe con uno propio mientras encontraban un ritmo, su respiración se aceleraba mientras se movían juntos. Madeleine abrió más las piernas y las envolvió alrededor de su cintura mientras su cuerpo comenzaba a temblar.

«Así es, Madeleine», dijo con voz ronca. «Quiero sentir que te corres en mi polla».

Ella gritó su nombre mientras su cuerpo se estremecía alrededor de él, apretándose aún más.

Brok se mantuvo enterrado en ella mientras avanzaba más profundamente, levantando sus piernas sobre sus hombros y empujándola. No le importaba lo malo que era estar follándose a una Novia Tributo que no era suya. Lo único que importaba era que Madeleine lo era; en ese momento, cada parte de ella le pertenecía a él. Sus manos agarraron sus caderas desesperadamente mientras buscaba su liberación, el rugido creció en su pecho.

«Córrete dentro de mí, Brok», suplicó entre jadeos desesperados. «Quiero sentirlo».

Sus urgentes palabras lo llevaron al límite. Él dio un empujón final y sus pulsos calientes la llenaron, la euforia era cegadora. Brok se desplomó, apoyándose con los codos para no aplastarla, con la polla todavía dentro de ella. Nunca había sentido algo tan agradable en su vida como estar dentro de ella, su pequeño cuerpo temblaba debajo de él.

«Siempre serás mía», susurró, apoyando la cabeza en su cuello.

CAPÍTULO VEINTE

Maddie apenas podía oír sus palabras entre el torrente de sangre en sus oídos y los fuertes ruidos que llegaban desde la fiesta de abajo. No le importaba que el chico se volviera un poco dominante en la cama. ¿Qué chica no querría someterse a un tipo grande como él? Pero él no hablaba en serio acerca de que ella fuera suya, ¿verdad?

El pánico revoloteó en su pecho, pero lo apartó. El sexo increíble era una cosa, pero ella nunca podría ser de nadie, especialmente de un guerrero que podría perder en alguna batalla. Se había propuesto no apegarse nunca para no volver a experimentar la pérdida. ¿Solo follar por una noche? Ningún problema. ¿Quedarse con un chico e involucrarse emocionalmente? No lo creía.

Ella ignoró la vocecita que le decía que ya se estaba encariñando con el capitán, mientras pasaba sus dedos por su espalda, rozando sus nódulos, distraída de su línea de pensamiento por el hecho de que todavía estaban calientes y duros. Ahora que lo pensaba, todo todavía seguía estando difícil. «Entonces, ¿los drexianos no se ablandan?».

Se levantó un poco de ella. «No mientras siga estando dentro de ti». Él movió las caderas y ella tuvo que contener un gemido. «No cuando te sientes tan apretada, y no cuando me froto los nódulos».

Ella se rió y dejó de frotarlos. «Escuché sobre estos, pero nunca había tocado uno».

«Bien». Su voz era áspera y su rostro parecía serio. «Tocar los nódulos de un drexiano es algo muy íntimo».

«Creo que ya hemos dejado de tocar los nódulos en la escala de intimidad, capitán».

Él esbozó una sonrisa. «De acuerdo».

Todavía le temblaban las piernas y las dejó flojas. «Quizás necesite un pequeño descanso o mañana no podré caminar».

Inmediatamente se apartó de ella y quedó boca arriba, tirando de ella con él, pero retirándose. «¿Estás adolorida?».

«Todavía no, pero mis piernas están como gelatina». Maddie extrañaba la sensación plena de él dentro de ella, pero apoyó la cabeza en su amplio y desnudo pecho y escuchó los latidos de su corazón. Levantó la cabeza. «Definitivamente deberíamos hacer mucho más de eso».

Él no respondió, pero la rodeó con sus brazos.

Maddie se movió hasta quedar cara a cara con él. Tenía los ojos cerrados mientras respiraba pesadamente. «Supongo que ha pasado un tiempo para ti».

Brok abrió los ojos y arqueó las cejas.

«No es que estuvieras oxidado ni nada». Las palabras salieron de ella en un tono avergonzado. «Porque no lo estás. En absoluto. Estuviste increíble. En serio. Pero simplemente pensé que, si eres capitán de una nave únicamente con hombres, apenas quedan hembras drexianas y tienes que estar en una lista de espera para tener una Pareja, probablemente no tengas relaciones».

Le apartó un mechón de pelo de la cara. «Estás en lo correcto. No tengo relaciones. Sería demasiado difícil ser capitán de la Fuerza Infernal y tener una familia».

Ella tragó. Nunca se había imaginado casándose, pero todavía le parecía muy solitario pensar en Brok volando por el espacio y sin siquiera tener una novia. «Entonces, ¿cómo aprendiste todos tus movimientos?».

La comisura de su boca se arqueó. «¿Mis movimientos?».

Ella le golpeó el pecho. «Sabes lo que quiero decir. ¿Cómo aprendiste a follar así, porque seguro que sabes lo que estás haciendo?».

Le tomó la cara con una palma. «Los planetas del placer son un destino común para los guerreros drexianos».

Su boca se abrió. «¿Prostitutas?».

Él se encogió de hombros. «Los llamamos placeres y no hay nada de qué avergonzarse al ocuparlas».

Mierda. ¿El alienígena acababa de reprenderla por avergonzar a las putas?

«Tienes razón. No debería juzgar lo que no entiendo. Sigo olvidando que estoy tratando con extraterrestres que tienen culturas muy diferentes a la mía».

Él pasó un dedo por su mejilla. «Está bien. Sé que los terrícolas desconocen las especies alienígenas, aunque parece increíble que tu gente piense que son los únicos en el universo».

«Sí, somos especiales en ese sentido, aunque hay bastantes personas en la Tierra que creen en la vida en otros planetas».

«¿Eras tú uno de ellos?».

«Para ser totalmente honesta, nunca imaginé algo parecido a lo que he visto». Maddie le sonrió. «Y definitivamente no imaginé que ningún extraterrestre fuera tan atractivo como tú».

«Y no olvides increíble. Creo que dijiste que era increíble en el sexo».

Intentó golpearlo de nuevo, pero él la atrapó por la muñeca y sus ojos bailaron de risa. «También eres increíblemente arrogante, incluso para ser un capitán».

«No me importa que me llamen arrogante». Presionó la palma de su mano contra sus labios.

Ella puso los ojos en blanco, pero se rió. «Entonces, ¿un arrogante capitán de la Fuerza Infernal

nunca quiere algo más que placer?»..

Se puso ligeramente rígido. «Tengo más ahora mismo. Te tengo a ti».

«¿Qué pasará cuando salgamos de aquí?».

Su rostro se ensombreció. «No puedo pensar en eso. Mi misión es rescatarte y llevarte de regreso a La Nave. Se suponía que nunca debía reclamarte como mía».

«Podrías, deberías, lo harías». Maddie agitó una mano ante su rostro perplejo. «Claramente me has arruinado para cualquier otro chico, así que creo que deberías considerar seriamente mi propuesta».

Él inclinó la cabeza hacia ella. «¿Qué propuesta es esa?».

Ella se levantó y lo besó ligeramente en los labios. «Que me aceptes como parte de tu equipo de la Fuerza Infernal».

Sacudió la cabeza mientras le pasaba una mano por el pelo. «Te dije que sería imposible».

«No si tu tripulación sabe que estamos juntos. Ninguno de ellos se atrevería a insinuar a la puta amiga con beneficios del capitán, ¿verdad?».

«¿Amiga con beneficios?».

«Ya sabes, amigos con derecho, alguien con quien te acuestas, pero con quien no vas en serio».

Su mano se congeló en su cabello. «¿Esto es lo que crees que quiero?».

Su ceño fruncido la hizo retroceder un poco. «Pensé que ambos queríamos divertirnos un poco. No quieres una Novia Tributo normal. Yo no quiero serlo. Es una situación en la que todos ganamos».

«Amigos con beneficios no es ganar para todos, Madeleine».

Ella dejó escapar un resoplido de aire. «No veo por qué no. Pensé que querrías tenerme cerca».

Se sentó rápidamente y la sentó a horcajadas sobre él. «¿No lo entiendes? No te quiero como nada menos que mi Pareja».

Ella se echó hacia atrás para mirarlo. «No pensé que quisieras una Novia Tributo».

Dejó escapar un suspiro tembloroso. «No es que no quisiera una. No me querrían». Una expresión de dolor pasó por su rostro. «Pero ahora no puedo imaginarme permitiendo que ningún otro hombre te toque, lo que significa que no puedo devolverte al imperio Drexiano ni a La Nave».

Ella lo miró fijamente y todo el peso de sus palabras la golpeó. «Esto es malo».

Él acercó su rostro al suyo y la besó. «Nada en ti podría ser malo, Madeleine».

Sintió la dura hinchazón de su polla levantándose debajo de ella y el calor palpitando entre sus piernas. Quería alejarlo, evitar que las cosas siguieran adelante, detener los sentimientos que burbujearan en su interior. Lo último que quería era sentir. Los sentimientos llevaban al dolor.

«Brok», dijo su nombre como una súplica, pero ya no sabía por lo que estaba rogando.

Apartó su endeble falda y la levantó lo suficiente para que la cabeza de su pene la presionara. «Di que eres mía».

Su aliento se quedó atrapado en su garganta mientras él la movía hacia abajo por su gruesa longitud, y ella gimió cuando lo tomó hasta la empuñadura, con los párpados aleteando. Todo en él se sentía tan bien y, por primera vez desde que tenía uso de razón, se sentía completa.

«Madeleine», dijo, con voz autoritaria mientras acercaba su rostro para mirarlo a los ojos. «Dime que eres mía y solo mía».

«Soy tuya», dijo. En ese momento, estirada alrededor de su pene, era total y completamente suya. Por mucho que lo odiara, el capitán se había abierto camino hasta su corazón.

Su boca chocó contra la de ella, y ella fue arrastrada por su sabor y su sensación, dura y enorme, mientras comenzaba a montarlo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Brok se despertó sobresaltado al darse cuenta de que lo que lo había despertado no era un ruido, sino la falta de ruido. La música se había apagado, al igual que las risas y los gritos de placer de la fiesta en el salón de abajo. Todavía había algunos sonidos de movimiento, pero el ruido con el que se había quedado dormido ya no estaba.

Levantó la cabeza y vio que Madeleine yacía tendida sobre su pecho, con su cabello oscuro desplegado en abanico sobre su torso y sus piernas enredadas tanto con su falda diáfana como con sus piernas desnudas. Se había subido la ropa interior, pero su pene era un bulto creciente. No ayudaba que la pequeña mano de la hembra descansara sobre los músculos de su estómago, y su cálida piel fuera un recordatorio de todo lo demás que había de cálido y suave en ella.

Grek. Tenía que dejar de pensar en ella, y definitivamente tenía que dejar de pensar en cómo su rostro había brillado con salvaje abandono mientras se movía arriba y abajo sobre su polla la noche anterior.

Sacudiendo la cabeza, trató de obligarse a pensar en otra cosa... en cualquier otra cosa. Repasó imágenes de batallas y el olor de su tripulación después de una ronda sudorosa en la arena de pelea. Ahí estaba mejor, pensó. No había nada sexy en la forma en que olían sus guerreros.

Por mucho que le hubiera gustado volver a tomar a Madeleine, sabía que tenían que salir de su escondite y encontrar a Serge. Madeleine no se iría sin el gatazoide y él todavía tenía que sacarla de Spartos. Lo que pasara después de eso era algo en lo que no podía permitirse concentrarse.

Su misión principal no había cambiado, aunque sus sentimientos sí. Todavía tenía que rescatar a la hembra humana y al organizador de bodas gatazoide y alejarlos de Spartos.

«Estás despierto». Su voz le hizo mirar hacia abajo. Ella lo miraba y sonreía.

«Estoy despierto». Él le devolvió la sonrisa, mientras su corazón se contraía.

Ella se levantó, todavía apoyada en su pecho, y luego miró su falda arrugada. «Bueno, eso no fue lo mejor para dormir». Ella miró las pequeñas hendiduras que su blusa de cuentas había hecho en su piel y jadeó, tocando los surcos con un dedo. «Te dejé marcado».

Él se rió y se sentó, tomando su mano entre las suyas y besándola. «En más de un sentido».

Manchas de rosa colorearon sus mejillas, se rió y luego se tapó la boca con una mano. «¿Crees que alguien puede oírnos ahora que está tan silencioso?».

Escuchó por un momento. No escuchó el ruido de pies ni los gritos de alarma, pero también sospechó que sus voces podrían llegar fácilmente abajo. «No creo que debamos esperar para saberlo».

Madeleine asintió, dejándolo levantarse y llevarla con él. Ella chocó contra su pecho y retrocedió, con el rostro sonrojado nuevamente. «Lo siento».

Brok tomó su mano y la atrajo hacia él, manteniendo la voz baja. «No me arrepiento de nada, ¿tú?».

Ella lo miró, deteniéndose por un momento antes de darle una pequeña sonrisa. «No».

El calor floreció en su pecho. Hacía mucho tiempo que una hembra no lo miraba como lo hacía Madeleine, como si estuviera ileso y fuera digno de ser deseado. Al verse reflejado en su mirada, supo que era digno de ser su Pareja. Y sabía que moriría por el derecho de reclamarla como suya.

«Todo va a estar bien», le dijo.

Ella ladeó la cabeza hacia él y las comisuras de su boca se movieron hacia arriba. Me gusta cuando usas tu contundente voz de capitán».

Le dio una palmada en el trasero ligeramente. «Entonces me aseguraré de usarla más a menudo para que hagas lo que quiero».

«Promesas, promesas».

Su pene tembló, pero calmó su respiración y se recordó a sí mismo lo que tenían que hacer. «Este debería ser un buen momento para buscar a Serge. Todavía es temprano y la mayoría de los residentes probablemente se estén recuperando de la celebración».

Madeleine se llevó una mano a la sien. «Una cosa puedo decir sobre ese vino. No te da resaca».

Abrió la puerta superior y bajó la escalera de caracol, abriendo la cerradura de la parte inferior y activando el dispositivo de camuflaje que había vuelto a colocar en su cintura. Presionó lentamente la puerta secreta, asomando la cabeza para asegurarse de que no pasara nadie. Podían estar ocultos, pero parecería bastante sospechoso que un panel secreto se abriera por sí solo.

Cuando vio que no había moros en la costa, acercó a Madeleine a él y avanzó hacia el pasillo, deslizando el panel de piedra nuevamente en su lugar.

«¿Por dónde deberíamos empezar?», ella preguntó.

Él pensó por un momento. Había comprobado el dispositivo que le ayudó a localizar tanto a Madeleine como a Serge antes, pero el punto parpadeante había sido débil y solo podía limitarlo al palacio. ¿Adónde iría el gatazoide si también intentara esconderse? Quizás algún lugar que le resultara familiar. «¿Dónde ha estado Serge desde que llegó aquí?».

«Los mismos lugares que yo. Las habitaciones de la torre que nos asignaron y el salón principal. Luego las cocinas cuando lo enviaron a trabajar allí. Ah, y el primer día que llegamos, los agentes de adquisiciones, que resulta ser un nombre elegante para los traficantes de esclavos, en mi opinión, nos llevaron a un edificio administrativo de la ciudad de Spartos.

Eso despertó la atención de Brok. «¿Dónde fue eso?».

«Cerca de la plataforma de aterrizaje donde aterrizó la nave, que creo que estaba en el otro extremo de la ciudad».

Brok asintió, aunque ella no podía verlo. Eso tenía sentido. No querrían que las naves aterrizaran en medio de la ciudad. «¿Había un centro de comunicaciones en el edificio administrativo?».

«Creo que tuvo que haberlo habido, porque el capitán de la nave compradora tuvo que obtener permiso para aterrizar, y la voz que nos dio el visto bueno era la misma que la del tipo que nos recibió en la plataforma de aterrizaje». Madeleine respiró hondo. «¿Crees que Serge pudo haber ido allí?».

«No, Serge todavía está aquí en el palacio, pero creo que podría usar el centro de comunicaciones spartosiano para enviar un mensaje desde mi nave».

«Después de que encontremos a Serge, ¿verdad?».

«Absolutamente». Él le apretó la mano. «Vamos, tengo la sensación de que Serge se esconde a plena vista, igual que nosotros».

Avanzaron rápidamente por el pasillo, con pasos suaves sobre el suelo de piedra. Como esperaba, la ciudad parecía estar recuperándose de las festividades. No se cruzaron con ningún spartosiano mientras regresaban al salón principal del palacio.

La mano de Madeleine se movió entre la suya cuando entraron al salón y vieron los cuerpos semidesnudos y algunos completamente desnudos, tendidos sobre las otomanas. Afortunadamente, todos estaban inconscientes y el cansancio de la juerga los había dejado muertos para el mundo.

«¿Crees que Serge está aquí?», susurró Madeleine.

«Puede que me equivoque, pero creo que lo está». Caminó hacia adelante y miró debajo de una mesa cubierta. «Serge».

No hubo respuesta, pero su voz era tan baja que dudaba que el gatazoide lo escuchara a menos que estuviera justo encima de él.

Madeleine jaló su mano y lo empujó hacia una larga mesa de buffet donde de una fuente todavía burbujeaba una especie de bebida rosa. Levantó el mantel y miró debajo. «¡Serge! Soy yo, Madeleine».

Una pequeña forma salió corriendo, mirando frenéticamente a su alrededor. «¿Madeleine? ¿Dónde estás?».

Brok extendió la mano que no sostenía a Madeleine y lo agarró de la manga. «Estamos justo aquí. Vinimos a sacarte».

«Gracias al cielo», dijo Serge. «He estado escondido debajo de esa mesa toda la noche. No debería haber elegido la mesa de la fuente de champán. Era como intentar dormir bajo, bueno, una fuente».

«¿Listo para salir de aquí?», preguntó Madeleine.

«Definitivamente», dijo Serge, mientras Brok los empujaba a ambos hacia la puerta. «Aunque no

diría que no a ir al baño en el camino».

CAPÍTULO VEINTIDÓS

«¿Estás seguro de que no podremos ocultar a Serge también?», preguntó Maddie, mientras cruzaban apresuradamente un arco cubierto de piedra que se extendía sobre un canal azul brillante.

Brok la levantó sobre su cintura, con una mano debajo de su trasero y la otra agarrando el brazo de Serge. «Este dispositivo solo extiende el encubrimiento sobre alguien que está muy cerca de mí».

Su rostro se calentó. Estaban cerca, no podía negarlo, ya que ella estaba prácticamente envuelta alrededor de su torso como una hiedra reptante. Pero para él era la forma más fácil de cargarla y además moverse rápidamente. Simplemente tendría que ignorar el hecho de que presionar contra su piel desnuda le traía destellos de la noche anterior. Recuerdos que hacían que se le acelerara el pulso.

«No creo que nuestro amigo gatazoide quiera montar sobre mi cabeza», añadió Brok.

«Yo no», Serge resopló y miró hacia el espacio vacío donde estaban ella y Brok. «Ya es bastante malo que parezca que me falta la mitad del brazo».

Maddie vio que tenía razón. La parte del brazo que obviamente sostenía Brok era invisible, por lo que el organizador de bodas parecía tener medio brazo. «Esperemos que los spartosianos piensen que eres un amputado».

Serge refunfuñó algo sobre las indignidades por las que le habían hecho pasar, pero siguió avanzando, sus cortas piernas daban dos pasos por cada uno de los del capitán. «Dime otra vez adónde vamos».

«Madeleine cree que el administrador de la ciudad que conoció cuando llegó por primera vez a Spartos City tiene un centro de comunicaciones».

Pasaron junto a un par de residentes con ojos llorosos y ropa arrugada que apenas levantaron la vista hacia Serge mientras caminaban penosamente hacia el palacio.

«No sé si dije 'centro'», corrigió Maddie, una vez que pasaron junto a la pareja. «Pero sí sé que estaba en comunicación con la nave que nos trajo aquí».

«Así es», Serge chasqueó los dedos. «Estos spartosianos pueden ser notoriamente xenófobos, pero claramente contratan comerciantes para que les adquieran cosas. Y hay que tener

comunicación fuera del mundo para hacer eso».

Bajaron por una amplia escalera hasta llegar a unas puertas dobles que conducían al exterior. Maddie inhaló profundamente mientras salían del edificio, oliendo un toque de sal en el aire. Habían pasado días desde que había salido y levantó la cara hacia el sol naciente, incluso si era menos brillante que el que estaba acostumbrada en la Tierra.

«¿Y por qué necesitamos llegar al centro de comunicaciones? Pensé que nuestro objetivo era escapar lo más rápido posible», preguntó Serge, manteniendo la voz baja mientras pasaban junto a más spartosianos. Afortunadamente, todos todavía estaban en modo de recuperación y nadie miró dos veces al pequeño alienígena.

«Por lo que dijo Madeleine, el edificio administrativo está ubicado en las afueras de la ciudad. Allí me espera mi transportador. El capitán Brok los llevó hasta el borde de un canal y saltó a un aerodeslizador vacío, arrastrando a Serge con él. «Preferiría que los spartosianos no tuvieran la capacidad de enviar solicitudes de ayuda para cazar a los prisioneros que pretendo sacar de su planeta. O contactar con las naves que patrullan la atmósfera de su planeta».

Brok se inclinó y jugueteó con los controles de la nave mientras un operador de aspecto somnoliento miraba boquiabierto a Serge, que estaba de pie en medio de la góndola mientras el motor de la nave se encendía y salían disparados hacia adelante.

«¡Oye!». El spartosiano corrió por el estrecho sendero al borde del canal mientras los veía alejarse a toda velocidad. «Esa es mi nave».

«Lo siento», gritó Serge, encogiéndose de hombros y haciendo un gran espectáculo mirando a su alrededor y actuando en estado de shock. «No lo estoy controlando».

«Ahí va nuestro perfil bajo», murmuró Maddie, sabiendo que Brok podía oírla ya que su rostro estaba a solo unos centímetros del de ella.

«¿Tuviste una idea mejor para pasar desapercibidos por la ciudad?».

Ella no respondió. No tenía una idea mejor, pero esperaba que el sorprendido propietario de la nave no enviara un grupo de búsqueda de su nave robada y del pequeño alienígena que se había escapado en ella.

Se deslizaron sobre el agua azul brillante, enviando una fina niebla detrás de ellos, mientras giraban a través de canales estrechos con edificios de alabastro elevándose a ambos lados. Los balcones de piedra se extendían sobre el agua y algún residente ocasional se inclinaba y miraba hacia abajo. La música salía de las ventanas abiertas, pero era suave y combinaba con el estado de ánimo somnoliento de la ciudad entusiasta.

Maddie apoyó su cabeza en el sólido hombro de Brok, y su calidez la reconfortaba. Él se movió ligeramente, tocando su cabeza con la de ella. El movimiento fue sutil, pero íntimo, y su corazón latió nerviosamente.

Por mucho que su yo racional supiera que no debería enamorarse del drexiano, no podía evitarlo. Él era todo lo que ella siempre había deseado en un hombre... y más. Claramente luchar contra sus sentimientos ya no funcionaba, y no sabía si era el loco planeta alienígena, pero su autocontrol habitual se había evaporado cuando se trataba del capitán.

Lo curioso era que ya no le importaba. Se sentía bien estar cerca de él y confiar en él. Después de años de depender únicamente de sí misma, era un alivio poder depender de otra persona. Y si eso significaba preocuparse por él y correr el riesgo de salir herida, tendría que afrontarlo. Estaba cansada de luchar contra los crecientes sentimientos que tenía por el mandón drexiano. Además, ¿cuáles eran las posibilidades de que mataran a un duro capitán de la Fuerza Infernal?

«Esto es lo más lejos que podemos llegar por agua». El capitán se enderezó, mientras la nave desaceleraba y finalmente flotaba hasta un lúgubre muelle de piedra.

El área en el otro extremo de la ciudad era muy diferente del centro de la ciudad y del palacio. En lugar de piedra blanca reluciente, los edificios estaban amarillentos, con líneas de agua verdes marcando sus lados. El fresco aroma de la sal ahora se mezclaba con el fuerte olor del pescado y el hedor de la grasa quemada.

«Supongo que te estacionaste en el lado económico», dijo Maddie, aunque sabía que Brok no entendería la referencia.

Él gruñó. «Había menos posibilidades de ser visto aquí».

«Puedo ver el porqué». Serge bajó de la nave y se dirigió al camino sembrado de restos de basura. «¿Estás seguro de que el edificio administrativo está aquí?».

«¿Eso te resulta familiar?», Brok los giró a ambos para mirar hacia un edificio que se elevaba sobre el resto y tenía una amplia plataforma en forma de disco que se extendía desde la parte superior.

«Una plataforma de aterrizaje», dijo Serge.

Maddie asintió. «Ese es el lugar».

Brok tomó a Serge del brazo y comenzó a moverlos a todos por el laberinto de calles que conducían al alto edificio.

«¿Cuál es el plan para entrar?», preguntó Serge. «Supongo que este lugar tendrá seguridad».

«¿Aún te niegas a montar sobre mi cabeza?».

Serge lanzó una mirada al espacio vacío que era el capitán Brok. «Sí».

«Entonces servirás como vigía mientras Madeleine y yo localizamos el centro de comunicación».

«¿Vigía?», Serge pareció ofendido. «Pero, ¿cómo te avisaré del peligro inminente? No tenemos ninguna forma de comunicarnos entre nosotros».

«¿Puedes hacer cantos de pájaros?», preguntó Maddie, tratando de mantener su voz seria. «Un par de graznidos fuertes deberían ser suficientes».

Serge aspiró aire y prácticamente corría para mantener el ritmo. «¿Cantos de pájaros? ¿Esperas que grazne a un edificio?».

«Valió la pena intentarlo», le susurró a Brok, mientras sentía su cuerpo temblar de risa.

«Será más seguro tenerte afuera», dijo el capitán cuando calmó su voz. «No podemos arriesgarnos a que te vean dentro del edificio. Habría demasiadas preguntas. Pero si ves un grupo

de guardias acercándose, siempre puedes intentar crear una distracción para darnos más tiempo».

«Una distracción». El gatazoide se tocó la barbilla. «Bueno, ¿por qué no lo dijiste? Las distracciones son mi especialidad».

Después de conocer a Serge desde hacía varias semanas, le creyó.

Doblaron una curva y el alto edificio apareció frente a ellos. A diferencia del resto de la sección deteriorada de la ciudad, este edificio era de un blanco inmaculado, con una puerta de metal brillante rodeándolo y rematada con lo que parecían tridentes afilados. Un par de guardias estaban afuera de las puertas con elegantes trajes verdes que brillaban de la misma manera que su piel.

«¿Cómo podremos superarlos?», le susurró a Brok. «¿O vamos por encima de esa valla?».

Se quedó en silencio por un momento y luego soltó el brazo de Serge. «Quédate aquí y pasa desapercibido».

Serge asintió solemnemente mientras se apoyaba contra un edificio cercano. «Ustedes pueden contar conmigo. Soy el alma de la discreción».

Maddie echó una última mirada al alienígena bajito de pelo morado y puntiagudo y esperó que todavía estuviera allí cuando regresaran. Si regresaban, se recordó a sí misma.

Cuando se acercaron a los guardias, ella notó que un spartosiano les hablaba y les mostraba un fajo de papeles. Brok se tensó mientras se acercaban, aproximándose lo más posible al rubio sin tocarlo. Maddie contuvo la respiración cuando los guardias asintieron y abrieron las puertas, haciéndole señas para que entrara y, sin darse cuenta, permitiéndoles pasar también.

Una vez que estuvieron dentro de las puertas, Brok igualó los pasos bruscos del spartosiano mientras caminaba hacia el edificio y atravesaba las puertas dobles transparentes. Retrocedió una vez que estuvieron en el amplio y reluciente vestíbulo, dejando que el rubio avanzara y entrara en el ascensor de cristal en el centro del espacio abierto.

Maddie dejó escapar un suspiro una vez que estuvieron solos en el atrio vacío. Recordó que la apresuraron a través de este espacio después de llegar, pero todo había sucedido tan rápido, y había estado tan cansada después de su viaje que no se había concentrado en cuán brillantes y relucientes eran los pisos de mármol blanco o cómo las altas ventanas enviaban rayos de luz a través de ellas.

«¿Dónde crees que estaría el centro de comunicaciones?», le preguntó a Brok, manteniendo la voz baja mientras las duras superficies parecían hacer eco de cada sonido.

«Iba a preguntarte lo mismo».

Ella echó la cabeza hacia atrás. El edificio debía tener al menos diez pisos de altura. «Supongo que deberíamos ir piso por piso».

Los llevó rápidamente al ascensor, tocando un panel plano a un lado y entrando una vez que las puertas se abrieron. Salieron y ella se movió en sus brazos.

«¿Quieres decepcionarme?».

«No particularmente».

Ella se rió y el sonido llenó el compacto compartimento. «¿No se te cansan los brazos?».

Él se rió junto con ella. «Eres muy ligera. Podría cargarte todo el día y no cansarme».

«Presumido», murmuró, ganándose otra risa de Brok.

Las puertas se abrieron cuando llegaron al último piso. Había un hombre spartosiano esperando para subir, y Brok pasó junto a él para salir. El edificio había sido construido con habitaciones rodeando el centro, puertas espaciadas uniformemente para formar un círculo alrededor del atrio abierto y elevado.

Caminaron hasta la primera puerta y Brok la abrió, empujándola lo suficiente como para que pudieran ver que era una oficina vacía y no la habitación que necesitaban. Repitió la acción mientras se movían alrededor del perímetro, a veces encontrándose con caras confusas cuando la puerta parecía abrirse por sí sola. Casi habían abierto todas las puertas del piso cuando Brok abrió una y se encontraron con consolas y la baja estática de las transmisiones entrantes.

«Aquí es», susurró, aunque no vio a nadie dentro de la habitación.

Brok los hizo entrar rápidamente y cerró la puerta. «Necesito bajarte para que pueda trabajar en las computadoras».

Maddie se deslizó fuera de sus brazos y al instante extrañó su calidez. Se hizo a un lado y vio reaparecer su propio cuerpo. «De todos modos, no hay nadie aquí para verme».

No podía verlo, pero escuchaba a Brok teclear en una consola cercana y esperó que hubiera encontrado lo que necesitaba. Antes de que pudiera preguntarle, escuchó que se abría la puerta detrás de ella y un hombre spartosiano alto y de cabello rubio entró en la habitación, deteniéndose en seco cuando la vio.

Mierda.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Brok dejó de pasar los dedos por la suave superficie de la consola mientras el spartosiano dejaba que la puerta se cerrara detrás de él.

«No eres uno de nosotros». El alienígena entrecerró la mirada hacia Madeleine. «¿Quién eres y qué haces aquí?».

Madeleine le dedicó al hombre una sonrisa deslumbrante. «Soy la humana que llegó hace unos días. ¿No has oído hablar de mí?».

El spartosiano se aclaró la garganta. «Lo he hecho, pero ¿qué estás haciendo aquí? Este es un edificio restringido».

«No para un príncipe spartosiano, no lo es».

El alienígena miró a su alrededor como si un príncipe fuera a aparecer detrás de una consola. «¿Está aquí uno de nuestros príncipes?».

Madeleine se encogió de hombros mientras caminaba hacia él. «¿Estaría aquí si no estuviera con alguien importante?».

Brok quedó impresionado por su actuación, aunque no le gustó la forma en que le sonrió al alienígena, ni la forma en que torcía las caderas mientras caminaba.

«No», admitió el rubio, su mirada todavía revoloteando nerviosamente por la habitación.

«Fue a comprobar algo o a hablar con alguien». Maddie hizo girar un mechón de su cabello con los dedos. «No volverá por un tiempo».

El spartosiano miró por encima del hombro hacia la puerta y Madeleine aprovechó la oportunidad para lanzar una mirada en su dirección y hacer un movimiento de “apresúrate” con una mano.

Brok intentó volver a centrar su atención en su tarea. Desactivar los sistemas de comunicación del planeta. Escaneó las luces y los símbolos de la pantalla plana e intentó ignorar la seductora voz de Madeleine. Mirando hacia arriba, notó que ella había acortado la distancia entre ella y el hombre con cabello rubio que colgaba suelto sobre sus hombros.

Concéntrate, se dijo a sí mismo con fiereza. Cuanto más rápido hagas el trabajo, más rápido podrás alejarla de él y sacarla de aquí.

«¿Qué fue eso?».

Brok levantó la cabeza ante la pregunta y se dio cuenta de que había gruñido con impaciencia.

«¿Qué fue eso?», Madeleine balbuceó y giró la cabeza del spartosiano hacia ella. «No hay nadie más aquí excepto tú y yo».

El alienígena no parecía convencido y su mirada se dirigió al espacio aparentemente vacío que ocupaba Brok. «Escuché algo».

«Probablemente una de esas máquinas divertidas tuyas», dijo Madeleine. «¿No hacen ruidos?».

«Bueno, sí», admitió, permitiendo que su mirada volviera a ella.

Brok se obligó a mirar la pantalla, pero la tocó lo más silenciosamente posible mientras Madeleine se reía al otro lado de la habitación. Incluso cuando su voz se volvió más sensual, él no levantó la vista y fijó su mirada en los símbolos parpadeantes hasta que pudo descifrar su significado. El diseño no era tan diferente de un sistema de comunicación drexiano, y una vez que determinó eso, no le tomó mucho tiempo desactivar los distintos satélites. Una vez que comenzó el proceso de apagarlos todos, levantó la vista.

Grék. Sus manos se apretaron en puños cuando vio que Madeleine había saltado sobre una de las consolas y había jalado al hombre spartosiano para colocarlo entre sus piernas. Sabía que ella estaba haciendo esto para distraer al hombre y que Brok pudiera terminar su tarea, pero no le importaba. La visión de la mano del alienígena apoyada en su muslo hizo que la sangre le palpitara en los oídos. Se tragó el gruñido que se estaba formando en su garganta.

«Entonces, ¿para qué es esto?», preguntó Madeleine, tocando con un dedo una mancha colorida en el uniforme del extraterrestre.

Echó ligeramente los hombros hacia atrás. «Por la victoria en los *sirenatos*».

«¿Sirenatos? ¿Qué es eso?».

Su expresión vaciló. «Es una antigua tradición en Spartos, pero no la compartimos con los forasteros».

Madeleine pasó los dedos por su pecho. «¿Ni siquiera puedes decírmelo?». Cruzó la carne desnuda sobre su pecho. «Prometo que no se lo diré a nadie».

Sus ojos se dirigieron a su diminuto top sin mangas con cuentas y se lamió los labios. «Pronto podrás verlo por ti misma».

Madeleine hizo un puchero con el labio inferior. «Por favor».

Brok apartó la mirada de ella, a pesar de que tenía las manos apretadas en puños tanto que le dolían. Confirmó que los satélites estaban desactivados y luego presionó comandos para apagar todo el sistema. Incluso cuando se daban cuenta de que sus comunicaciones estaban desconectadas, les llevaría una cantidad de tiempo considerable reiniciar todo el sistema.

Especialmente si puedo codificarlos, pensó para sí mismo. Sabía que Vekron podía hacerlo más rápido, pero había aprendido lo suficiente de su jefe de seguridad para realizar el trabajo él mismo. Miró furtivamente a Madeleine, que ahora estaba reclinada mientras el spartosiano se

presionaba contra ella. La pregunta era: ¿podría hacerlo antes de sucumbir al impulso de arrojar al alienígena por la ventana?

«Entonces, ¿no me lo dirás?», preguntó Madeleine con su voz sexy ahora teñida de irritación.

«¿Qué me darás si lo hago?».

Aunque la voz del hombre era baja y le hablaba al oído, Brok podía oírla. Apretó la mandíbula y movió los dedos con destreza por la pantalla. Casi había configurado la codificación que impediría a los spartosianos reiniciar el sistema sin pasar por obstáculos considerables.

«¿Qué quieres?», bromeó Madeleine.

Lo que fuera que el macho murmuró en su oído fue demasiado suave para que Brok lo escuchara, pero su carcajada fabricada y sorprendida dejó pocas dudas sobre lo que el tipo había sugerido.

«Eres un chico muy malo», ella le dio un golpecito.

«No en Spartos». Él agarró sus piernas y tiró de su cuerpo hacia él para que sus piernas rodearan su cintura. «Aquí creemos que el placer es la parte más importante de la vida. Ningún spartosiano rechaza jamás la oportunidad de experimentar el éxtasis».

«¿Qué pasa con el príncipe?», preguntó Madeleine, tratando de alejarse de él.

«Le gusta compartir sus juguetes». El alienígena la miró de reojo. «Todos lo hacemos».

Con un toque final a la consola, Brok apagó los sistemas y el leve zumbido de estática en la habitación desapareció.

El spartosiano levantó la vista de repente y dejó caer las piernas de Madeleine. «¿Qué pasó?».

Ella lo empujó hacia atrás y se giró fuera de su alcance. «Ni idea. Estuve aquí contigo todo el tiempo, ¿recuerdas?».

Retrocedió, el pánico cruzó por su rostro mientras escaneaba las consolas ahora oscuras. Se abalanzó sobre el brazo de Madeleine. «Tienes que venir conmigo».

Ella se apartó del camino. «No me mires. Yo no toqué nada».

El spartosiano dejó escapar un gruñido amenazador y volvió a alcanzarla, pero Brok se adelantó y plantó un puño invisible directamente en la cara del hombre. El alienígena voló hacia atrás y golpeó la pared, cayendo al suelo.

Madeleine se quedó boquiabierta ante el cuerpo inmóvil. «¿No crees que fue demasiado?».

Brok la tomó de la mano. Todavía estaba temblando de furia al pensar en las manos del hombre sobre su carne desnuda. «Estaba a punto de preguntarte lo mismo».

«Estaba desempeñando un papel», dijo, mientras él la sacaba corriendo de la habitación hacia el ascensor. «Así podrías hacer lo tuyo sin que él se diera cuenta. Por cierto, de nada».

Las puertas del ascensor se abrieron y él la empujó hacia el compartimento vacío. «¿Quieres que te agradezca por permitir que esa criatura te pusiera las manos encima?».

«¿Crees que me gustó?».

«Si no lo hiciste, entonces creo que eres mejor actriz de lo que imaginaba», escupió.

Sus ojos brillaron cuando apartó su mano de la de él. «Entonces supongo que no sabe tanto como cree, capitán».

Brok la apoyó contra la pared del ascensor. «Sé que ningún hombre volverá a tocarte, excepto yo».

Ella abrió la boca para responder, pero él la silenció aplastando su boca contra la de ella, vertiendo todo su miedo, frustración y anhelo en el beso desesperado y castigador.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cuando él separó su boca de la de ella, Maddie respiró hondo. «¿Qué fue eso?». Brok apartó la mano de donde tenía su cara y la arrastró por su cuello. «Te dije. Eres mía».

«Pensé que todo ese asunto del cavernícola posesivo era un juego sexual», ella parpadeó, sus piernas se sintieron débiles.

«No estoy jugando con esto, Madeleine, y no puedo compartirme con ningún otro hombre. No lo haré».

No podía verlo, pero sintió su cuerpo temblar mientras se presionaba contra ella. «No dije nada sobre compartirme, pero no sabía que hablabas en serio...».

«¿Pensaste que no hablaba en serio cuando te reclamé?». Él acarició con un dedo el hueco de su garganta. «Quise decir cada palabra que mencioné cuando estaba dentro de ti. ¿No quisiste decir lo que me dijiste?».

Había querido decir lo que dijo, pero era difícil hablar de lo que pensaba ahora. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido algo como esto, y mucho menos había hablado de ello. «No es que no lo dijera en serio, pero fue el calor del momento y todo eso».

«Un drexiano nunca diría algo que no quisiera decir ni haría una promesa que no tuviera intención de cumplir. No sería honorable».

Era cierto que no la había emocionado que los drexianos la sacaran de la Tierra, pero tenía que admitir que tenían muchas cualidades por las que la mayoría de las mujeres matarían. Por lo que Serge le había dicho y lo que había visto de Brok, eran honestos, leales y valientes. Agregando el hecho de que todos eran altos, morenos y hermosos, y era una combinación bastante irresistible. Sí, definitivamente se estaba enamorando mucho del chico, lo cual era una lástima para ella, considerando su estricta política de "ámalos y déjalos". Maddie supuso que eso se había ido al infierno.

«Pensé que estar juntos era una especie de violación del honor», dijo.

Él dejó escapar un suspiro que le agitó el pelo. «Con mucho gusto aceptaré el castigo que merezco, pero no te abandonaré».

Su pulso se agitó. A pesar de lo independiente y dura que había tenido que ser la mayor parte de

su vida, se sentía bien tener un chico que pondría todo en juego por ella, y eso hacía que se enamorara aún más de él. Levantó una mano y encontró su rostro, frotando con las yemas de los dedos la piel de una mejilla y su cicatriz. «Entonces, ¿me estás diciendo que no estás de acuerdo con la filosofía spartosiana?», preguntó ella.

Un estruendo oscuro emanó de su pecho. «No si esa filosofía significa que otro hombre te toque».

«Oye, eso tampoco me gustó. Los rubios no son lo mío».

«¿No?». Su voz tenía un toque de diversión.

«Definitivamente no. Los chicos aquí son demasiado bonitos para mi gusto». Ella le raspó el cuello áspero con las uñas. «Me gustan los rudos».

Él gruñó y se inclinó más cerca, su polla hinchada presionaba el estómago de ella. En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron y un spartosiano entró.

Maddie miró hacia abajo. Brok se había inclinado tan cerca de ella que había sido absorbida por su burbuja de camuflaje. Le rodeó la espalda con los brazos y, levantándola del suelo, salió rápidamente del compartimento del ascensor momentos antes de que las puertas se cerraran de nuevo.

«Eso estuvo cerca», susurró ella, mientras él la levantaba y envolvía sus piernas alrededor de su cintura, moviéndose silenciosamente a través del espacioso vestíbulo.

No esperaron a salir con nadie, sino que Brok abrió las puertas transparentes y salió a grandes zancadas hacia el exterior.

«No queremos estar aquí cuando descubran al macho que atacué», le dijo mientras se acercaban rápidamente a las puertas vigiladas.

Se giró para mirar a los dos spartosianos apostados al otro lado con sus tridentes puntiagudos a los lados. «No creo que podamos abrir esta puerta sin que los guardias se den cuenta».

Brok dudó cuando llegaron a la puerta, pero ambos se giraron ante la conmoción que provenía del edificio detrás de ellos. Un par de machos spartosianos salieron corriendo, gritando y haciendo señales a los guardias. Brok se hizo a un lado mientras se acercaban.

«Ha habido una intrusión», gritó uno de los machos sin aliento a los guardias.

«Imposible». Un guardia negó con la cabeza. «Nadie ha entrado sin nuestra autorización».

«Entonces, dejaron entrar a alguien que realizó un ataque». El otro spartosiano agitó un brazo. «Necesito que uno de ustedes traiga su arma y nos ayude en la búsqueda del agresor».

Los guardias abrieron las puertas y uno entró mientras Brok salía sigilosamente del estrecho espacio, pasando rápidamente junto al guardia restante y alejándose del edificio. Cuando hizo una pausa, Maddie se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

«Mierda», susurró. «Eso estuvo cerca».

«Necesitamos llegar a mi nave antes de que se den cuenta del alcance de mi ataque. No quiero

que tengan comunicaciones activas cuando descubran que Serge y tú se han marchado».

Maddie estiró el cuello hacia las estrechas calles que se alejaban del edificio cerrado. Ahora había más residentes moviéndose, pero aún no estaba abarrotado. «¿Dónde está Serge? Pensé que lo habíamos dejado allí».

Brok caminó hasta el pasadizo sinuoso donde habían visto a Serge por última vez, pero no había señales del gatazoide.

El estómago de Maddie dio un incómodo salto mortal. «No crees que se lo llevaron, ¿verdad?».

Brok guardó silencio y ella sospechó que no quería decirle la verdad. Había muchas posibilidades de que los spartosianos hubieran localizado a Serge y lo hubieran llevado de regreso al palacio. No era como si el diminuto alienígena y de cabello púrpura se mezclara con una especie que parecía haber salido directamente de un libro sobre mitología nórdica.

«Pssst».

Maddie giró la cabeza ante el sonido agudo. Un destello rosado asomó sobre una pila de cajas de madera desgastadas. «¿Serge?».

Sacó la cabeza y luego emergió todo su cuerpo. Caminó pisando fuerte en su dirección, con las manos en las caderas. «¿Y dónde han estado ustedes dos?».

«Desactivando los sistemas llevó más tiempo de lo que esperábamos», dijo Brok.

Serge giró la cabeza mientras intentaba localizar sus voces. «Bueno, he estado aquí, encogido detrás de montones de basura maloliente y recibiendo bastantes miradas desagradables. Para que sepan, tuve que cambiar mi escondite tres veces y ahuyentar a lo que creo que era una especie de perro, aunque podría haber sido un niño mal cuidado. Lanzó los brazos al aire. «¿Quién sabe?».

Maddie reprimió las ganas de reír. «Lo sentimos mucho».

El rosa vivo de su cabello comenzó a desvanecerse. «Espero que la misión haya sido un éxito».

«Lo fue», dijo Brok. «Ahora tenemos que llegar a mi nave y salir de aquí».

«No tienes que pedirlo dos veces», murmuró Serge, extendiendo el brazo y chasqueando los dedos. «Vamos».

Su brazo hizo contacto con el capitán y Maddie escuchó un ruido agudo cuando algo golpeó el suelo. Cuando miró hacia abajo, tanto ella como Brok eran visibles.

«El dispositivo de camuflaje». La soltó y miró frenéticamente a su alrededor en busca del pequeño dispositivo que había sido enganchado a su cintura y derribado.

Escaneó el suelo, pero se distrajo con los sonidos de los gritos cuando el guardia spartosiano los vio.

«Oh, no». Serge tenía las manos en las mejillas y los ojos redondos muy abiertos por el horror.

El guardia corría hacia ellos, con el tridente extendido y la expresión mortal. Maddie sabía que Brok era más grande que él, pero también estaba desarmado y supuso que los spartosianos eran hábiles con su arma. El otro guardia salió del edificio y empezó a correr hacia ellos también.

Maddie se arrodilló y buscó el dispositivo. Tenía que encontrarlo para que pudieran desaparecer de nuevo. Una vez que fueran invisibles, estarían a salvo. Esta vez, Serge tendría que aguantar que Brok lo llevara en brazos o lo montara sobre los hombros. Buscó debajo de la pila de cajas detrás de las cuales Serge se había estado escondiendo y sus dedos se cerraron alrededor del duro dispositivo de metal.

Se levantó y se giró para mirar a Brok, que estaba a varios pasos de distancia. «¡Lo tengo!».

Su rostro estaba sombrío cuando se sacó el otro dispositivo de la cintura y se lo arrojó. «Toma a Serge y vete».

Antes de que Maddie pudiera discutir con él, el guardia spartosiano lo alcanzó y lo golpeó con la punta del tridente. Brok se quedó rígido por un momento y luego cayó al suelo. A pesar de su sorpresa, Maddie atrajo a Serge hacia ella y presionó el dispositivo para que ambos desaparecieran. Cuando el guardia dirigió su atención hacia ellos, todo lo que vio fue un espacio vacío.

«¿Dónde están los otros?», preguntó el segundo guardia mientras corría y miraba a Brok tirado en el suelo.

«Desaparecieron. Deben haber huido». El primer guardia golpeó a Brok con el extremo del tridente. «No importa. Éste será perfecto para los *sirenatos*».

Maddie puso su mano sobre la boca de Serge mientras se alejaban. No podrían ayudar a Brok si ellos también fueran capturados.

Cuando avanzaron por la calle estrecha, doblaron una esquina, soltó a Serge, quien inmediatamente comenzó a sollozar. «Todo esto es mi culpa. Nunca me lo voy a perdonar».

«No quisiste apagar el dispositivo», le dijo, manteniendo la voz baja. «Y no podemos insistir en eso ahora».

«Tienes razón. ¿Qué podemos hacer?».

Maddie respiró hondo y su resolución se fortaleció. «Exactamente lo que haría el capitán. Vamos a salvarlo».

CAPÍTULO VEINTICINCO

Brok se recuperó lentamente, se sentó y se llevó una mano a la cabeza dolorida. Lo último que recordaba era mirar a Madeleine y decirle que corriera. Luego sintió un destello de dolor y el mundo se volvió negro.

Abrió los ojos y dejó que se acostumbraran a la tenue iluminación. Claramente ya no estaba en el exterior. El olor a humedad y las paredes de piedra mojadas que lo rodeaban le decían que estaba bajo tierra. Los barrotes que cruzaban la abertura arqueada que daba a un amplio pasillo le indicaron que se encontraba en una especie de mazmorra.

¿Qué tipo de especies todavía usaban mazmorras? Para un planeta que obviamente poseía tecnología avanzada, Spartos continuaba sorprendiéndolo con el uso de diseños y sistemas anticuados.

Apoyando los codos en las rodillas, Brok trató de no notar los sonidos de los pies corriendo o la humedad que impregnaba el aire. Al menos Madeleine no estaba con él. Ella se había escapado, ¿no?

El pánico subió a su garganta mientras se levantaba y caminaba tambaleantemente hacia los barrotes, agarrando el frío metal en sus manos mientras miraba hacia el pasillo. No había nadie en la celda frente a él, ni nadie retenido en ningún lugar que él pudiera ver.

«¿Madeleine?», gritó, su voz resonó contra el arco de piedra del techo.

No hubo respuesta, solo el sonido del agua goteando y su propia respiración agitada. Brok sintió alivio y arrepentimiento al mismo tiempo. Se alegraba de que Madeleine no hubiera sido llevada cautiva con él, al menos no que él pudiera ver, pero le dolía el corazón por no volver a verla.

Apretó los barrotes con fuerza. Mientras ella estuviera a salvo. Eso era todo lo que importaba. Él le había dado todo lo que necesitaba para encontrar su nave y regresar a la nave de guerra de la Fuerza Infernal. Una vez que ella estuviera allí, su tripulación se ocuparía de ella y la llevaría de regreso a La Nave. Sin importar lo que le pasara, sus guerreros llevarían a cabo la misión.

Brok casi se rió al pensar en lo entregado que había estado en la misión y con qué facilidad la había dejado de lado para estar con Madeleine. Ahora nunca sabría cómo habría sido estar realmente con ella. No, a menos que su tripulación violara la prohibición de interactuar con el planeta Spartos, algo que él les había prohibido hacer.

Apoyando la frente contra los barrotes, el frío del duro acero le resultaba casi reconfortante.

Cerró los ojos y trató de apartar de su mente los pensamientos sobre Madeleine. Si pensaba en lo perfecta que se sentía en sus brazos, en lo perfecta que era para él, podría volverse loco.

«No puede ser tan malo». La fría voz femenina le hizo levantar la cabeza.

La hembra spartosiana pareció deslizarse hacia él, con su largo cabello rubio blanco y su piel pálida brillando. No sabía quién era ella, pero estaba claro que era de gran importancia.

Brok se enderezó, aunque el movimiento hizo que le palparan los hombros y se estremeciera por el dolor.

Ellaladeó la cabeza hacia él. «Espero que nuestros guardias no te hayan hecho daño». Su mirada se deslizó por su cuerpo. «Ciertamente sería una lástima».

Él no le respondió, pero tampoco le quitó los ojos de encima. Sus movimientos eran tan vigorosos que él no se habría sorprendido si ella se deslizara entre los barrotes.

«Mi marido, el rey, me dice que eres un drexiano». Caminó hasta los barrotes, tan cerca que él podría haber extendido la mano y agarrarla. Sus pupilas se dilataron y ella le dedicó una lenta sonrisa. «Por las historias que nos llegan, los drexianos son guerreros y estrategas notables. Debes saber que hay guardias lo suficientemente cerca como para acudir en mi ayuda al menor grito».

«No tengo intención de atacarla, Reina...».

«Ligia». Su sonrisa se iluminó. «Sospeché que eras tan inteligente como físicamente atractivo».

Brok intentó devolverle la sonrisa, recordando lo que Madeleine había dicho sobre su interacción con el macho spartosiano. Ella había estado fingiendo distraerlo. Por mucho que despreciara la idea del engaño, se preguntaba si podría utilizar a la reina a su favor.

«Me siento halagado de que me encuentre atractivo, excelencia». Las palabras le parecieron falsas, pero esperaba que ella no notara su malestar. Los guerreros drexianos no se preocupaban por las apariencias y les resultaba extraño hablar de sí mismos con un extraño.

Su mirada se desvió hacia su pecho desnudo y luego hacia abajo, y arqueó la comisura de sus labios. «Tu especie es tan grande». Ella levantó la vista para mirarlo a los ojos. «Y oscura».

«Debo parecerle muy diferente, ya que su gente es blanca».

Ella asintió. «Eres diferente en muchos sentidos. Pero no soy una de los míos que cree que las diferencias son malas. Creo que deberíamos dar la bienvenida a diferentes especies».

«¿Es esa una opinión popular?».

Algo pasó brevemente por el rostro de la reina. «Es una que está ganando popularidad, especialmente desde que comenzamos a buscar otras especies para agregar variedad a nuestro placer».

Brok pensó en Madeleine y en el tipo de placer que el príncipe seguramente esperaba de ella. «¿Y qué pasa con el rey? ¿Está de acuerdo con usted?».

Ella le agitó una mano. «No hablemos de él. Estoy mucho más interesada en aprender más sobre

ti». Pasó los dedos por entre los barrotes y le tocó el pecho. «Estas marcas. ¿Todos los guerreros drexianos las tienen?».

Se obligó a no encogerse ante la frialdad de sus dedos. «No todos».

Ella acarició con el dedo un grueso remolino del tatuaje de su pecho. «Me gusta».

Brok se estremeció por su toque no deseado, pero la reina solo sonrió en respuesta. «Tu piel es más sensible que la nuestra».

De cerca, su piel parecía aún más brillante, con toques de azul pálido y verde parpadeando mientras se movía. También era más fría que la piel drexiana o humana, y le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda.

«Creo que tú y yo podemos ayudarnos mutuamente». Su dedo se detuvo en la curvatura de los músculos de su pecho.

A Brok se le hizo un nudo en el estómago. Podía ser que no fuera un experto en mujeres, pero reconoció el tono sensual de su voz. Ella quería algo de él y él sospechaba que no era algo que estuviera dispuesto a darle.

«Los drexianos negocian, ¿no?», ella susurró mientras movía sus manos hacia abajo.

«Creemos en la diplomacia antes de la guerra». Aunque el imperio Drexiano era conocido en toda la galaxia por su capacidad de contar con guerreros feroces, no atacaban sin provocación.

Sus largas pestañas revolotearon. «Yo también. Sería una pena perder una oportunidad tan valiosa de hacer...», su dedo trazó el borde de sus calzoncillos, «...diplomacia».

Brok apretó la mandíbula, resistiendo el impulso de apartar su mano. Su tensa sonrisa tembló.

Deslizó un dedo debajo de la tela negra y respiró hondo. «Si aceptas mis términos, drexiano, me aseguraré de que te perdonen la vida».

Eso llamó su atención. Aunque lo habían capturado, no había supuesto que lo ejecutarían. Aunque su información sobre los spartosianos era escasa, nunca había oído hablar de que fueran una especie punitiva. «¿Está mi vida en peligro?».

Ella movió un hombro desnudo hacia arriba y hacia abajo. «Te sacaron del edificio administrativo después de un acto de sabotaje. Has roto el pacto de no interacción. El castigo por eso es severo».

No sabía si debía señalar que estaban rompiendo su propio pacto de no interacción al conseguir alienígenas de otras especies para sus propios fines de búsqueda de placer, pero decidió no tentar su suerte. Si la reina deseaba salvarle la vida, él no quería disuadirla.

«Es mala suerte que te hayan capturado tan cerca de los *sirenatos*», continuó, acariciando su dedo hacia abajo. «Naturalmente, todo el mundo quiere ver a un drexiano poderoso en la arena».

«Entonces, ¿este *sirenatos* es una batalla?». Una oleada de alivio lo recorrió. Le gustaban sus probabilidades en cualquier tipo de batalla con los spartosianos. Como había señalado la reina, era más grande que ellos y mucho más musculoso. Mientras no usaran sus tridentes electrificados contra él, agradecería una pelea justa.

«Más o menos», dijo la reina. «Es una de nuestras tradiciones más antiguas, pero se ha vuelto aburrida. Preferiría que me entretuvieran de diferentes maneras».

Brok se negó a bajar la vista, aunque su dedo descendió aún más. No encontró excitante su toque, pero era casi imposible que su cuerpo no reaccionara de alguna manera. Apretando los dientes, pensó en las cosas menos sexis que podía. En la arena de Kranji llena de guerreros malolientes, en un plato de estofado de escarabajo gartoliano, en Serge con su ajustado traje.

La punta de su dedo rodeó la coronilla de su polla y él dio un tirón involuntario. «Entonces, ¿qué será? ¿Preferirías participar en la diplomacia conmigo?».

Brok dio un paso atrás y ella perdió el control de su pene. «Me temo que soy mejor guerrero que diplomático, mi señora. Me arriesgaré con los *sirenatos*».

Su rostro se contrajo brutalmente por un breve momento, luego su expresión plácida regresó. «Es una lástima, drexiano. Tenía muchas ganas de disfrutarte», ella suspiró. «Ahora tendré que ver cómo te destrozan. Qué pena».

Giró sobre sus talones y sus faldas se arremolinaron alrededor de sus largas piernas mientras se deslizaba por el húmedo pasillo y se perdía de vista.

Brok relajó las manos, sin darse cuenta de que le habían dado un puñetazo tan fuerte que tenía marcas en las palmas, y se alejó de los barrotes. ¿Acababa de perder su única oportunidad de sobrevivir?

«Creo que eso oficialmente nos iguala».

La voz de Maddie desde atrás le hizo darse la vuelta y mirar hacia el vacío del pasillo poco iluminado, con la boca abierta cuando la mujer se materializó fuera de los barrotes, con las manos en las caderas y los ojos entrecerrados.

Nunca en su vida se había sentido tan feliz de ver a una mujer furiosa.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

«¿Puedo simplemente decir que eres un total hipócrita?», Maddie lo fulminó con la mirada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se había colado en las mazmorras detrás de la reina y había estado esperando a que ella se fuera para poder revelarse a Brok. Nunca había imaginado que la hembra spartosiana intentaría seducir al capitán, aunque sabiendo lo que hacía con la especie, probablemente no debería haberse sorprendido.

Caminó hacia los barrotes, mirándola como si no creyera que ella realmente estuviera allí. «¿Madeleine?».

«En vivo», ella se acercó a él. «Ah, y hablando de eso, ¿cuánto tiempo ibas a dejar que esa criatura se frotara contra ti antes de detenerla?».

«¿Qué? ¿Viste eso?».

«Cada momento doloroso», dio unos golpecitos al dispositivo que había enganchado a la cintura de la ridícula falda que todavía llevaba puesta. «Tengo tu dispositivo de camuflaje, ¿recuerdas?».

Él frunció el ceño. «Sí, y se suponía que debías usarlo para llegar a la nave. No seguirme a un calabozo».

Miró a su alrededor, hacia el desierto corredor en forma de arco, con las paredes de piedra brillantes por la condensación. Había tenido que bajar muchas escaleras de caracol para llegar a la prisión subterránea, y estaba bastante segura de que estaban bajo el agua. Eso explicaría por qué hacía tanto frío y por qué el aire tenía un ligero sabor a sal.

Volvió su atención al capitán drexiano. «No intentes cambiar de tema. Tienes el descaro de perder la cabeza conmigo por pretender seducir a ese tipo para poder sabotearlos, pero luego te das la vuelta y dejas que la reina te meta la mano en los pantalones».

Se agarró a los barrotes. «¿Crees que quería sus manos sobre mí?».

Ella se encogió de hombros. «No te vi hacer mucho para detenerla».

Sus ojos brillaron oscuros cuando se encontraron con los de ella. «Las únicas manos que quiero sobre mí son las tuyas, Madeleine, pero no pensé que fuera prudente enojar a la reina de Spartos. No si ella pudiera sacarme para poder regresar contigo».

Maddie sintió que parte de la lucha la abandonaba. «Pero la rechazaste».

Sus propios hombros se alzaron. «No podía hacerlo. Preferiría que me enviaran a la arena de los *sirenatos* que estar con una mujer que no eres tú».

Ella frunció los labios y luego dejó escapar un suspiro. «O eres un romántico o un idiota. No puedo decidir cuál».

Él le dedicó una sonrisa. «Me seguiste a un calabozo. ¿Cuál eres tú?».

«Aparentemente ambas cosas», refunfuñó ella, acercándose y poniendo sus manos sobre las de él en los barrotes. Si hubiera sido inteligente, habría salido del planeta. Pero ella nunca dejaba atrás a un hombre, especialmente cuando era el chico del que se había enamorado profundamente.

«Pido disculpas si te molestó ver a la mujer spartosiana tocándome». Él entrelazó sus dedos con los de ella. «Sé lo que se siente cuando alguien intenta quitarte lo que es tuyo».

Sus mejillas enrojecieron. «No pienso en ti como mío».

«Pero soy tuyo y no hay nadie más que tú, Madeleine. Eso nunca cambiará, pase lo que pase».

Se le formó un nudo en la garganta y se maldijo a sí misma. Éste era el problema de apegarse emocionalmente. Te hacía débil cuando necesitabas ser duro. «Lo que va a pasar es que te sacaremos de aquí».

«¿Tienes las llaves de la celda?».

Se mordió el labio inferior. «No. No vi ninguna llave, pero estoy segura de que hay otra salida».

Brok miró alrededor del pasillo. «¿Dónde está Serge?».

«Lo dejé en tu nave».

Brok dejó escapar un suspiro. «¿Encontraste mi nave? ¿Todavía sigue ahí?».

«La encontramos. Dejé a Serge allí para que trabajara en algunas cosas mientras yo venía por ti. Resulta más fácil que nosotros dos caminemos juntos para que ambos quedemos cubiertos por el dispositivo de camuflaje».

Las comisuras de la boca de Brok temblaron. «Supongo que no fue un viaje fácil hasta la nave».

Maddie contuvo las ganas de reír al recordar la letanía de quejas susurradas por Serge mientras iba sobre su espalda. «Adivinas correctamente. No le va bien cuando no está a cargo».

Brok le apretó las manos. «Sabes que no deberías haber venido. Te di ambos dispositivos para que pudieras salir del planeta».

«¿Y dejarte atrás?», ella sacudió su cabeza. «De ninguna manera. No dejo a los hombres atrás».

Brok la miró. «Realmente serías una excelente candidata para la Fuerza Infernal».

Ella sonrió ante eso. «Salgamos de aquí, luego podremos hablar de mi futuro en tu nave».

El capitán empujó los barrotes, pero estos no se movieron. «Estos son de hierro y no parece que pueda moverlos. Mi mejor apuesta a estas alturas es ganar los *sirenatos*».

Allí estaba esa palabra otra vez. «Los guardias mencionaron eso después de que te

electrocutaron. ¿Crees que tienen algún tipo de cultura de gladiadores aquí?».

El ceño de Brok se frunció. «El imperio Drexiano rastrea a la mayoría de las especies que trafican con luchadores y dirigen arenas de gladiadores. Hasta donde yo sé, nunca hemos oído que Spartos tenga algo que ver con esta práctica».

«La reina dijo que era una tradición antigua y parece que no sucede con frecuencia. Tal vez sea algo que guardan para ocasiones especiales, o lo hacen tan raramente que no se ha corrido la voz».

«Sabemos muy poco sobre su cultura».

«Lo que no entiendo es que las peleas de gladiadores no parecen encajar con su filosofía de dar prioridad al placer. A menos que consideres placentero ver a la gente recibir una paliza».

«Muchas culturas lo hacen, incluida la Tierra».

Ella ladeó la cabeza hacia él. «Mira quién sabe sobre mi planeta. Pero tienes razón. Durante mucho tiempo, los humanos hemos disfrutado viendo a la gente pelear y, a veces, morir».

«Y es verdad que Spartos parece estar centrado en el placer sexual», dijo Brok, luego abrió mucho los ojos. «No crees que los *sirenatos* sean algún tipo de exhibición sexual, ¿verdad?».

Ella lo pensó por un momento. Eso definitivamente tendría más sentido, pero podía ver que pensar en eso aterrizzaba a Brok más que la idea de una pelea de gladiadores. «Por supuesto que no. La reina dijo que era una batalla, ¿no?».

«En cierto modo», le recordó Brok.

A Maddie no le gustó la idea de estos *sirenatos*, ni el hecho de que fueran tan misteriosos. Era demasiado arriesgado esperar y dejar que arrojaran al capitán a algún tipo de arena. No, necesitaba encontrar la llave de su celda y sacarlo mientras todavía tenía la oportunidad. Se preocupaba demasiado por Brok como para arriesgarse a que le pasara algo. Incluso pensar en ello la hacía sentir mal.

Tragó el sabor de la bilis en el fondo de su garganta y calmó su voz, para que él no supiera cómo la estaba afectando su situación. «Por muy divertido que sería verte patear traseros spartosianos, creo que es hora de sacarte de aquí, capitán. Las llaves tienen que estar en alguna parte. Voy a activar el dispositivo de camuflaje e iré a buscarlas».

Su agarre sobre sus manos se hizo más fuerte. «No quiero que corras el riesgo de que te descubran. Deberías regresar a la nave y salir del planeta. Una vez que llegues a la nave de la Fuerza Infernal, puedes enviar un equipo para sacarme».

Ella sacudió bruscamente la cabeza. «Para entonces, quizá ya sea demasiado tarde. Hay mucho ajetreo y bullicio en la ciudad, y creo que estos *sirenatos*, sea lo que sea, sucederán pronto».

«Razón de más para que tú y Serge se vayan. Estarán distraídos por los preparativos. Creen que han capturado al saboteador, lo que les ha distraído del hecho de que Serge y tú desaparecieron del grupo».

«Te lo dije, no te dejaré atrás».

Su rostro se ensombreció. «¿Qué pasa si te ordeno que te vayas? Una vez me prometiste que me obedecerías».

«Eso fue antes de que me enam...». Su voz se quebró. Ella apartó las manos de las de él y las devolvió a las caderas mientras se aclaraba la garganta. «Creo que ya hemos establecido lo buena que soy para seguir órdenes».

Él gruñó en voz baja. «No eres buena en absoluto».

«Bien, entonces...». Sus palabras fueron interrumpidas por el sonido de fuertes pasos avanzando hacia ellos. Maddie miró por encima del hombro a las sombras que se acercaban. «Mierda».

«Vete», insistió Brok, pasando un brazo por los barrotes. «*Por favor, Madeleine*».

Ella ignoró su mano y se presionó contra él, besándolo con fuerza mientras las barras se clavaban en su piel. Sus labios eran suaves, pero se movían ansiosamente para capturar los de ella. Maddie estaba aturdida cuando se obligó a separar su boca de la de él. «Nunca te dejaré».

Él la apartó, con dolor en los ojos. «¡Corre!».

Tocó el dispositivo y desapareció de la vista, mientras los guardias spartosianos aparecían a la vuelta de la esquina. Retrocediendo para no ser pisada, aplastó su cuerpo contra la pared del fondo, mirando impotente mientras abrían la puerta de la celda y sacaban a Brok.

El guardia principal sonrió mientras cuatro spartosianos intentaban someter a Brok. «Tengo muchas ganas de verte en la arena».

Maddie se tapó la boca con una mano para evitar gritar mientras se llevaban a rastras a Brok. Él estiró la cabeza por encima del hombro como para mirarla por última vez, aunque ella sabía que él no podía ver dónde estaba. Cuando él se fue, ella se reclinó contra la húmeda pared de piedra, con el corazón martilleando en su pecho.

No importaba que ella supiera que él tenía razón y que debería sacar a Serge y a ella del planeta mientras pudiera. Tampoco importaba que ella supiera que esto era lo que pasaba cuando te permitías estar preocupado por alguien. Ya era demasiado tarde para deshacer *esa* colosal mierda. Se había enamorado perdidamente del drexiano y ahora no había manera de que fuera a perderlo.

Supuso que debía dirigirse hacia los *sirenatos*.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Brok observó los afilados tridentes que apuntaban a su piel desnuda mientras lo conducían por las amplias y sinuosas escaleras desde las mazmorras. Al menos Madeleine se había camuflado antes de que llegaran los guardias. No era tan tonto como para esperar que ella realmente hubiera regresado a la nave, pero esperaba que fuera lo suficientemente inteligente como para permanecer oculta. Incluso juntos, no eran rival para las armas electrificadas de los spartosianos.

El inquietante silencio de la cárcel subterránea pronto dio paso a los sonidos de vítores y cánticos, mientras lo conducían por un túnel largo y estrecho. El techo sobre él tembló y el polvo cayó sobre su cabeza.

«Están ansiosos por verte», dijo el guardia principal, girándose desde su posición al frente de la procesión y dándole a Brok una sonrisa malévola.

Brok calmó su respiración y esperó que su ritmo cardíaco lo hiciera también. Solo es una pelea, se dijo. Había estado en suficientes peleas como para saber que podía defenderse de casi cualquier oponente. Era para lo que lo habían entrenado y para lo que lo habían preparado los años en la Fuerza Infernal. No eran las peleas lo que le preocupaba. Era lo que vendría después.

Una vez que derrotara a sus oponentes spartosianos, ¿sería liberado o ejecutado sumariamente, independientemente del resultado? Sospechaba que los líderes de Spartos no lo dejarían ir tan fácilmente, aunque era posible que no quisieran provocar una guerra con el imperio drexiano.

Al final del túnel, lo empujaron bruscamente por un corto tramo de escaleras.

Lanzó una mirada asesina detrás de él. «Iré».

Cuando emergieron del subsuelo, Brok esperaba ver una gran arena de gladiadores. Lo que encontró en cambio fue una enorme piscina hundida, rodeada por todos lados por asientos que se extendían hacia el aire libre. Era de noche y las cuatro lunas del planeta estaban en lo alto del cielo y parecían estar casi una encima de la otra, enviando luz a la brillante superficie del agua.

Grek. Podría haber sido un luchador experimentado, pero no era un nadador experto. Una desventaja de pasar la mayor parte de la vida en el espacio era la falta general de lugares para nadar. Solo había visto océanos en simulaciones de holocubierta, y su entrenamiento acuático consistía en poder mantenerse flotando en el agua.

Su estómago se revolvió cuando lo condujeron a una plataforma que se extendía ligeramente

sobre el agua. Mirando por encima del borde, fijó la vista sobre la enorme piscina, pero no pudo ver el fondo. Ahogarse no era como había imaginado morir. Siempre había esperado encontrar su fin en la batalla, y eso le había parecido bien. ¿Pero hundirse hasta el fondo de una piscina aparentemente sin fondo? Tragó saliva.

Mirando por encima del hombro, vio que los guardias habían retrocedido. No había nadie con él en la plataforma, pero también se había alejado del borde. Ahora no había salida, pensó, maldiciendo en su cabeza.

Al otro lado de la piscina del tamaño de una arena, vio a la reina spartosiana parada sobre una plataforma al nivel del agua, su falda reflejaba la luz de la luna mientras ondeaba con la brisa. Junto a ella estaba un spartosiano de cabello dorado que supuso era el rey. Flanqueando a ambos había dos hombres que claramente eran príncipes y parecían casi idénticos. Entrecerró la mirada, tratando de determinar quién había sido el que casi había agredido a Madeleine.

El rey abrió los brazos. «Bienvenidos a los *sirenatos*».

Las gradas abarrotadas estallaron en vítores mientras cientos, quizá miles de spartosianos agitaban los brazos y saltaban. El agua se onduló y las olas chocaron contra los lados de su plataforma flotante.

«Honramos nuestra antigua tradición haciendo lo que hicieron nuestros antepasados», continuó el rey. «Aunque hemos evolucionado en muchos sentidos, es importante recordar nuestra verdadera naturaleza».

Más aplausos. Brok estudió los rostros salvajes de la multitud y pasó de un pie al otro. Parecía una pelea de gladiadores, pero definitivamente había algo fuera de lugar, además del agua.

El rey calmó a la multitud con un movimiento de un brazo. «El placer solo puede apreciarse plenamente cuando se lo contrasta con el dolor. Honramos el sacrificio del dolor y la euforia del placer que es Spartos».

Brok giró la cabeza. ¿Estaba Madeleine cerca? Esperaba que no. Esperaba que, si ella hubiera visto la extraña arena, hubiera regresado a su nave. No quería que ella lo viera derrotado tanto como sabía que lo estaría.

Había ignorado el discurso del rey y casi logró bloquear los cánticos de la multitud. Echando la cabeza hacia atrás, observó cómo las lunas del planeta se alineaban perfectamente, de modo que parecía que solo había una luna en el cielo. La arena se oscureció instantáneamente cuando la luz de tres lunas disminuyó y los sonidos de los spartosianos se transformaron en un extraño ruido frenético.

Volvió su atención a la arena y vio que la familia real ya no estaba frente a él. Habían desaparecido.

El nudo en su estómago se endureció. ¿Dónde habían ido? Su mirada se dirigió hacia la multitud y se le heló la sangre. Los alienígenas de cabello rubio se sacudían y tenían espasmos mientras sus rostros se contorsionaban. Se giró para escanear las gradas. Todos estaban pasando por una especie de metamorfosis.

Un fuerte chapoteo le hizo girar la cabeza y alejarse del borde de la plataforma. ¿Qué *grek* era

eso? El agua se agitó donde algo había emergido desde abajo y volvió a caer. ¿Estaba la piscina repleta de enormes criaturas marinas? Pensó en el monstruo marino de dientes afilados del que había escapado por poco cuando llegó al planeta. Ahogarse empezaba a parecer el mejor escenario posible.

Una criatura dorada y brillante saltó del agua frente a él, con el cabello pálido cayendo por su espalda. Su corazón se agitó cuando reconoció los ojos de la reina antes de que ella le mostrara una sonrisa con sus dientes ahora afilados y cayera nuevamente en el agua, su cola lanzaba un chorro de agua en su cara.

«Entonces, ella es un pez», murmuró para sí mismo. «Un pez con brazos y dientes afilados».

Otra figura salió disparada por el aire, y luego otra. Toda la familia real spartosiana se había transformado en aterradoras criaturas mitad peces. Entonces, estos eran los *sirenatos*.

Centrándose en el medio de la plataforma, echó otro vistazo a las lunas. Tenía que ser provocado por la alineación de las cuatro lunas, lo cual sospechaba que no ocurría muy a menudo. ¿Los spartosianos descendían de alguna especie anfibia? Tendría sentido, ya que su planeta era principalmente agua. Y explicaría su piel iridiscente que podría haber evolucionado a partir de escamas.

Brok miró la distancia entre su plataforma y el borde de las gradas por donde había entrado. Era un buen saltador, pero ni siquiera él podía recorrer esa distancia sin terminar en el agua. Tenía la sensación de que el agua era el último lugar en el que quería estar.

Los spartosianos comenzaron a saltar desde las gradas al agua, salpicando agua sobre él y balanceando su plataforma. Extendió los brazos para mantener el equilibrio y dobló las piernas. Todo lo que tenía que hacer era mantenerse fuera del agua y esperar a que las lunas se desalinearan. O eso esperaba.

A medida que más cuerpos entraban al agua, esta empezó a agitarse y a oscurecerse. Un spartosiano emergió y emitió un grito espeluznante cuando otra criatura le mordió el brazo.

Brok tragó el sabor de la bilis. Corrección, los spartosianos descendían de una especie anfibia violenta. Una mano cortada cayó sobre su plataforma y Brok volvió a maldecir. Al menos eso explicaba por qué eran tan xenófobos. Este tipo de cosas no era bueno para las relaciones interplanetarias. Si salía vivo de esto, se aseguraría de que todas las demás especies lo supieran.

«Por eso no me van a dejar salir vivo de aquí», se dijo, al comprenderlo.

Lo único que realmente anhelaba era ver a Madeleine. Deseó haber tenido más tiempo con ella. Parecía injusto que finalmente hubiera encontrado una hembra que parecía perfecta para él, y una a la que no parecía importarle que tuviera cicatrices de batalla y fuera menos que perfecta, y que le estuvieran arrebatando su oportunidad de ser feliz.

Mientras ella estuviera a salvo, se dijo. Mientras ella escapara de estas criaturas, todo valdría la pena.

La plataforma que lo sostenía se balanceó salvajemente sobre el agua agitada, y el corazón de Brok latió con fuerza cuando vio a dos de los spartosianos transformados arrastrándose hacia un lado. Reconoció el rostro del rey, aunque parecía menos majestuoso y más horrible cuando

mostró sus hileras de dientes puntiagudos en una sonrisa venenosa.

Antes de que pudiera retroceder, la plataforma se hizo a un lado y fue arrojado a la piscina, el agua fría fue un gran impacto para su sistema. Pateando, trató desesperadamente de evitar que su cabeza se sumergiera mientras el agua salada le golpeaba la cara. Entonces, algo lo jaló.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Maddie observó horrorizada cómo Brok desaparecía bajo la superficie.
«¡Mierda!» Escaneó el agua desde donde estaba en la entrada subterránea de la arena. La única forma de llegar hasta él era arrojarse ella misma al agua. No le tenía miedo al agua, era buceadora certificada y salvavidas sin mucha práctica, pero sí le temía a las sirenas carnívoras. Para ser justos, las cosas que salían del agua y se revolcaban definitivamente no eran sirenas. Al menos, ninguna que ella hubiera visto o imaginado alguna vez. Eran más como sirenas mutadas con actitudes realmente malas.

Sirenas mutadas o no, tenía que salvar a Brok. No había podido salvar a sus padres cuando tenía doce años. De ninguna manera iba a ver morir frente a sus ojos a alguien que amaba.

Su respiración se detuvo en su pecho. ¿Realmente lo amaba? En el momento en que se hizo la pregunta, supo la respuesta. Por ridículo que pareciera, ya que solo lo conocía desde hacía unos días, lo amaba. Claro, había tratado de convencerse a sí misma de que era solo físico, pero se había enamorado de él cada vez más cuando él hacía algo valiente, amable o abnegado. El imbécil se había abierto camino hasta su corazón y ella podría haberle dado una patada en las pelotas por ello.

«Entonces será mejor que le salve el trasero rápido», murmuró para sí misma.

Lo único que la mantenía a salvo era el hecho de que nadie podía verla. Tocó con una mano el dispositivo pegado a su cintura. ¿Funcionaría incluso si estuviera sumergida? «Supongo que estoy a punto de descubrirlo».

Respiró hondo y se zambulló en la piscina, aclimatándose rápidamente al agua fría y usando brazadas fuertes para nadar hasta la plataforma. Cuando apareció y agarró el costado, vio que su mano todavía estaba cubierta. Punto a favor para la tecnología drexiana.

Girando rápidamente la cabeza, buscó a Brok, pero no lo vio entre los destellos de cuerpos relucientes. La piel de los spartosianos ahora tenía mucho sentido para ella, ya que solo había necesitado adaptarse ligeramente para convertirse en escamas que cubrían sus colas.

Maddie se sumergió nuevamente bajo el agua y nadó debajo de la plataforma, abriendo los ojos bajo el agua y buscando a Brok. Esperaba que su ropa interior oscura y su piel bronceada resaltarán entre todos los peces iridiscentes y le facilitaran encontrarlo.

Un spartosiano nadó hacia ella y rebotó, sacudiendo la cabeza y mirando frenéticamente a su

alrededor. Puede que fuera invisible, pero su cuerpo seguía allí. Nadó hasta la superficie y esperó que la aturdida criatura no la siguiera.

Miró rápidamente por encima del agua, luego aspiró una bocanada de aire y se sumergió de nuevo. Mientras giraba la cabeza, vio al capitán abajo, luchando con un spartosiano. Aunque Brok parecía ser más fuerte que la criatura, no tenía branquias y parecía debilitarse por falta de aire.

Con una fuerte patada, Maddie se impulsó hacia abajo y empujó la palma de su mano en la mandíbula del spartosiano, aturdiéndolo lo suficiente como para agarrar a Brok por el brazo y jalarlo hacia ella. Afortunadamente, no estaba demasiado débil para patear y pronto salieron a la superficie del agua.

«¿Qué vas a...?», comenzó a decir entre jadeos.

«Cállate y nada», siseó, señalando hacia el borde de la arena.

Él asintió, pero agitó los brazos en vano, por lo que ella lo agarró en una posición de salvavidas cruzando su brazo por su cuerpo y comenzó a nadar hacia un lado. Su cuerpo era pesado encima de ella, pero sus poderosas patadas ayudaron a que se movieran rápidamente a través del agua.

Maddie llegó a un lado y colocó sus manos en la pared mientras ella salía. Sus brazos temblaron cuando la adrenalina la recorrió, pero pudo salir de la piscina. Momentos después, Brok yacía a su lado.

Se puso de rodillas, miró hacia atrás y vio a una de las criaturas saliendo de la piscina a solo unos centímetros de distancia. Jaló el brazo de Brok. «Vamos. Tenemos que salir de aquí».

Dio un paso adelante, pero la criatura lo agarró del tobillo y lo empujó hacia atrás. Golpeó el suelo y comenzó a deslizarse hacia el agua.

«De ninguna manera, maldito tritón», gritó, lanzando fuertes patadas en el brazo del spartosiano hasta que este se encogió sorprendido. Se dio cuenta de que su dispositivo de camuflaje ya no era efectivo, pero no le importó.

Brok retrocedió tambaleándose, pero otra criatura salió corriendo de la piscina. Maldijo en voz baja al ver masas de spartosianos dirigiéndose hacia ellos.

«Gracias a Dios que los encontré», dijo Serge, saliendo del túnel y respirando con dificultad.

«¡Serge!», Maddie se quedó boquiabierta. «¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que deberías estar en la nave. Se supone que debías...».

«Lo sé, lo sé», Serge le arrojó un pequeño dispositivo de metal. «Créeme, cariño. Me lo agradecerás más tarde».

Maddie lo atrapó y lo giró entre sus manos, escuchando el batir de las aletas detrás de ella. «¿Qué hago con esto?».

«Presiona el botón y arrójalo al agua», gritó Serge por encima del ruido.

Maddie miró a Brok, que estaba golpeando a una criatura que le mordía el tobillo. «Aquí no pasa nada».

Presionó el botón y lo arrojó a la piscina. Casi al instante, el agua se iluminó y brilló tan intensamente que tuvo que protegerse los ojos. El sonido de las salpicaduras fue reemplazado por estallidos y chisporroteos eléctricos. Cuando miró bien, las criaturas medio sumergidas en el agua yacían inertes, con las colas carbonizadas negras. Más cuerpos burbujearon hasta la superficie, hasta que la piscina estuvo cubierta de spartosianos electrocutados de pared a pared.

«No mencionó el olor», dijo Serge, detrás de la mano que ahora se tapaba la boca. «Odio el olor a pescado cocido».

Maddie se tapó la boca con una mano para evitar vomitar ante el olor a carne quemada.

«¿Estás herida?», preguntó Brok, tocándole el brazo con una mano.

Se giró hacia él, donde él se balanceaba sobre sus pies y el agua goteaba por sus piernas. Aparte de un corte en un brazo del que brotaba sangre, se veía bien. «No, ¿tú?».

Maddie se inclinó hacia él, reconfortada por el calor de su cuerpo, a pesar del agua fría en la que ambos habían estado.

«Odio terminar con esto, pero aún no estamos fuera de peligro», dijo Serge, con una nota de pánico en su voz.

Maddie miró alrededor de Brok y vio a las criaturas que habían salido de la piscina y no habían estado en el agua despertándose. También se estaban transformando nuevamente a su forma original, las colas se transformaban en patas y los dientes afilados se encogían.

«No sé qué van a recordar», dijo Brok, «pero como acabamos de matar a cientos de sus ciudadanos, creo que probablemente deberíamos huir».

«De acuerdo».

La tomó de la mano y levantó a Serge, colocándolo debajo de su brazo antes de salir por el pasillo alejándose de la arena.

«¿Qué crees que estás haciendo?», los gritos de Serge resonaron en el túnel de piedra. «No soy un bolso de mano. Bájame de inmediato».

«No hasta que estemos a salvo en la nave». Brok no perdió el paso mientras subía corriendo un tramo de escaleras que los llevaba al exterior.

La arena estaba en las afueras de la ciudad, por lo que la nave no estaba lejos, lo cual era bueno, ya que varios guardias armados con tridentes lo habían perseguido. Maddie miró hacia atrás por encima del hombro y maldijo. Hasta aquí lo de eliminar a todos los malos. Debieron haber mantenido a algún personal de seguridad alejado del agua, aunque ella todavía no estaba segura de cómo funcionaba su proceso de transformación. Todo lo que sabía era que los spartosianos que los perseguían definitivamente tenían piernas y parecían bastante enojados.

La mano de Brok apretó la de ella y ella se obligó a correr más fuerte. Ninguno de los dos había llegado tan lejos para ser atrapado. Ella apretó los dientes con determinación. Se estaban escapando y lo hacían juntos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El costado de Brok dolía mientras corría, puntos negros bailaban frente a sus ojos. Había estado bajo el agua por bastante tiempo y le dolían los pulmones por el esfuerzo de contener la respiración. Pero no tenía tiempo de ceder al dolor. En este momento, necesitaba superarlo y poner a Madeleine y Serge a salvo. Ya habría tiempo para recuperarse más tarde y tiempo para preguntar cómo habían acabado Serge y Madeleine en la arena.

Los soldados detrás de ellos parecían decididos, pero no podían igualar sus largas zancadas. Si mantenía el ritmo y se aseguraba de que esos tridentes puntiagudos que blandían no se acercaran a ellos, debería poder dejarlos atrás. Después de serpentear por calles estrechas y sucias, Brok los condujo por un sendero de tierra hacia el agua.

«Por favor, díganme que no volveremos a nadar», dijo Madeleine entre jadeos.

Brok no respondió, pero justo antes de que se lanzaran al agua, extendió la mano y la sostuvo sobre una superficie invisible. Una elegante nave color gris metálico se materializó en el borde del océano, con el agua chapoteando a sus costados.

«Guau», dijo Madeleine. «Esto es impresionante».

«Me alegra que lo apruebes». Brok la levantó hasta la cima, arrojando a Serge junto a ella mientras se quejaba del trato intolerable, luego saltó junto a ellos y abrió una escotilla.

«¿Lista para ver una nave espacial de la Fuerza Infernal?», le preguntó a ella.

«Como no lo creerías».

Un tridente zumbó sobre su cabeza cuando se inclinó de nuevo sobre la escotilla. Los soldados habían doblado la curva y estaban haciendo un último intento para eliminarlos antes de que pudieran abandonar el planeta.

Grek.

Empujó bruscamente a Madeleine y Serge hacia abajo por la escotilla, gritándoles que abrieran la escotilla interna mientras esquivaba otro tridente volador que pasó tan cerca de su oreja que estaba seguro de que le había arrancado parte del cabello. Con el corazón martilleándole, saltó adentro, cerró la escotilla sobre él y se dejó caer dentro de la nave antes de saltar, bajar la segunda escotilla y cerrarla.

«Es bueno estar de nuevo en una nave drexiana». Serge giró la cabeza para contemplar el oscuro

y compacto interior del transportador.

«Aún no estamos a salvo», Brok pasó junto al gatazoide para llegar a la silla del piloto. «Les sugiero que ambos se pongan el cinturón y se preparen para el despegue».

Serge murmuró algo acerca de no recordar muy bien lo mandones que eran los guerreros drexianos, pero Brok lo ignoró y rápidamente encendió los motores y reactivó el camuflaje de la nave. Vio a los spartosianos al frente de la pantalla de visión de la nave y observó cómo sus rostros se relajaban por la sorpresa cuando la nave parecía desvanecerse ante sus ojos.

Por supuesto, todavía podían escuchar el ruido del motor y ver el escape enviando agua al aire desde la parte trasera, pero al menos la tecnología de camuflaje los sobresaltó lo suficiente como para despegar sin que les lanzaran otro tridente. No sabía si las armas electrificadas tendrían algún efecto en su nave, pero no quería saberlo.

La nave se elevó en el aire y Brok pudo ver a algunos de los residentes de la ciudad corriendo por las calles, pero sabía que la mayoría de su población yacía muerta en la piscina del agua, incluida toda la familia real. Vio la enorme arena mientras la nave se elevaba más, pero se obligó a no centrarse en ella ni en los cuerpos que flotaban en el agua. Las lunas ahora estaban desalineadas y el sol comenzaba a asomarse por el horizonte, por lo que los spartosianos muertos ya no tenían aletas, colas ni dientes mortales.

Mientras flotaba sobre la ciudad, un rayo les disparó desde lo alto del alto edificio administrativo. Giró la nave hacia un lado para evitarlo, maldiciendo en voz alta. Podría haber desactivado los sistemas de comunicación, pero claramente todavía tenían armas. Armas que ni siquiera tenía idea de que poseían.

Antes de que pudiera disparar su propio láser para tomar represalias, un rayo azul atravesó el cielo desde arriba y la parte superior del edificio explotó, haciendo llover trozos de piedra sobre la ciudad. Brok no necesitaba ver a través de la atmósfera para saber que había sido su nave de guerra de la Fuerza Infernal.

La estática llenó el transbordador antes de que la voz profunda de Kalex resonara en el sistema de comunicaciones. «Lo tenemos cubierto, capitán. Vuelva a casa».

Brok nunca se había sentido tan feliz de escuchar la voz de su primer oficial. «Entendido».

Dejó escapar un suspiro. Sería difícil explicárselo al Alto Mando. No solo había violado las reglas del primer contacto, sino que sin darse cuenta había exterminado a una buena parte de la población de la ciudad. Bueno, en realidad Madeleine lo había hecho arrojando al agua un dispositivo que Serge le dio. Ladeó la cabeza hacia un lado y se dio la vuelta.

Serge y Madeleine estaban atados a los asientos uno frente al otro detrás de la cabina, con los ojos muy abiertos mientras la nave se elevaba en el aire y abandonaban la reluciente ciudad de piedra que se encontraba debajo.

«¿Quieres decirme cómo lograste llegar hasta la arena?», fijó su mirada en Serge. «¿Y cómo es que tenías un dispositivo que electrificaba toda la piscina?».

Madeleine también giró su cabeza hacia el gatazoide. «En realidad, esa es una gran pregunta. Te dejé aquí para contactar a la Fuerza Infernal».

Las raíces del organizador de bodas se sonrojaron. «Lo cual hice, muchas gracias. Así es como supe que ustedes dos estaban en esa loca arena acuática y en serios problemas».

Brok arrugó la frente. «Explícate».

Serge dejó escapar un suspiro de impaciencia. «Cuando me comuniqué con la Fuerza Infernal para informarles lo que estaba sucediendo, me dijeron lo que habían averiguado sobre Spartos y por qué ustedes dos iban a estar en grave peligro».

Madeleine se apartó un mechón de pelo que goteaba de su cara. «¿Quieres decir porque los nativos se convierten en terroríficos monstruos marinos?».

Serge le dirigió una mirada fulminante. «Fueron más elocuentes que eso, pero sí. Uno de los oficiales de la nave había investigado algunos rumores oscuros acerca de los spartosianos. Determinó que algún tipo de alineación lunar era inminente y sospechó que las historias eran ciertas».

«Vekron», murmuró Brok.

Serge chasqueó los dedos. «Vekron. Ese es el nombre del oficial. Por cierto, fue de gran ayuda. Él fue quien hizo que su nave usara sus sensores para ubicar la arena con la piscina debajo del piso retráctil, y fue quien me guió para adaptar el control remoto de la nave para emitir un pulso eléctrico lo suficientemente fuerte como para destruir cualquier cosa en una piscina tan grande».

El pecho de Brok se hinchó de orgullo. Una vez más, su equipo de la Fuerza Infernal había ido por él.

«Realmente deberías darle un ascenso a ese chico», dijo Serge.

Brok centró su atención en Madeleine. «Eso no explica por qué estabas en la arena, o por qué saltaste al agua con esas criaturas sedientas de sangre».

Madeleine cruzó los brazos sobre el pecho. «Creo que la mejor pregunta es cómo un guerrero tan duro es un nadador tan malo. Si no te hubiera sacado de allí, estarías en el fondo de esa piscina».

El rostro de Brok se calentó. «La natación no es algo que surja muy a menudo durante las batallas espaciales, y hay muy pocas piscinas en las naves de guerra».

«Aun así». Madeleine negó con la cabeza. «Definitivamente te daré lecciones de natación».

Por mucho que quisiera mantener la expresión severa en su rostro, no pudo reprimir la sonrisa al pensar en Madeleine enseñándole a nadar.

«Espero por el bien de ambos que le vaya mejor que al comandante Dorn», murmuró Serge. «Su novia casi lo ahoga en su suite de fantasía».

«No te preocupes», dijo Madeleine. «No tengo ninguna intención de ahogar a nadie en una suite de fantasía, ni de vivir en una».

Serge puso los ojos en blanco. «Otra vez esto no».

Brok se giró para mirar su consola, el recordatorio de que Madeleine todavía era una Novia Tributo lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Puede que apenas hubieran escapado de

Spartos, pero su misión no había terminado. Tampoco su agitación interior.

CAPÍTULO TREINTA

Maddie salió de la rampa del transportador hasta el suelo del hangar y miró alrededor del espacio. Era tan diferente de la elegante Nave como podría haber imaginado: muchas tuberías y acero expuestos en lugar de superficies blancas y brillantes. La amplia bahía estaba llena de naves de combate con alas curvas y lanzaderas más compactas, todas de color gris metalizado. El olor a aceite quemado y sudor llenaba el aire, junto con los sonidos de voces roncadas y el ruido de metal contra metal.

«Entonces, esto es la Fuerza Infernal», dijo en voz baja, contemplando la nave de guerra.

Brok la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa torcida, con el orgullo evidente en su rostro. «Esto es la Fuerza Infernal».

Dos drexianos caminaron hacia ellos con pantalones cargo oscuros y camisetas ajustadas estiradas sobre enormes músculos. Uno tenía el cabello castaño recogido en un chongo masculino y el otro tenía el cabello desgredado peinado hacia atrás detrás de las orejas. Ambos se golpearon el pecho con los puños cuando llegaron a Brok.

«Capitán». El guerrero de pelo más corto inclinó ligeramente la cabeza.

Maddie reconoció la voz como la que había llegado al sistema de comunicaciones mientras escapaban de Spartos.

«Kalex», Brok le devolvió el saludo. «Gracias por salvarnos en el momento oportuno».

Kalex inclinó levemente la cabeza.

«Y Vekron», Brok giró para enfrentar al otro drexiano. «He escuchado que tengo que agradecerte por eliminar a los spartosianos».

Serge se aclaró la garganta con fuerza.

«Con la ayuda en la superficie de nuestro amigo gatazoide», añadió Brok, señalando a Serge, quien se pavoneaba y sonreía.

«Me alegro de haberlos sacado de allí». Vekron se frotó la nuca. «Spartos no es lo que parece, ni lo que les gustaría que otros pensarán que es».

«Eso es quedarse corto», dijo Brok. «Al menos ahora sabemos por qué son tan reservados. Espero que hayan preparado un informe para enviarlo al Alto Mando y a nuestros aliados».

La boca de Vekron se torció en una sonrisa. «Solo estoy esperando su aprobación para enviarlo, señor».

«Aún no hemos alertado al Alto Mando sobre la situación diplomática». Kalex juntó las manos detrás de él y se balanceó sobre los talones.

«¿Te refieres al asesinato de la familia real y de una buena parte de la población de su ciudad?», preguntó Brok, dejando escapar un suspiro de cansancio.

Kalex bajó los ojos. «Sí, señor».

«Si me lo preguntan, se lo merecían», dijo Maddie, haciendo que todos los ojos se volvieran hacia ella. «No solo nos compraron a Serge y a mí, sino que intentaron utilizar a su capitán como alimento para peces humanos. Estaré feliz de testificar frente a quien quieran de que esos alienígenas eran crueles y retorcidos, y merecían lo que recibieron. Además, fui yo quien arrojó ese dispositivo al agua, así que técnicamente los maté a todos. Si necesitan un chivo expiatorio, pueden castigarme. Brok no hizo más que arriesgar su vida para salvarnos a Serge y a mí, y casi pagó el precio máximo por su valentía. Y lo hizo todo conmigo siendo un verdadero dolor de cabeza y sin seguir ninguna de sus órdenes».

Estaba respirando con dificultad cuando se detuvo y se dio cuenta de que su voz se había elevado hasta casi un grito y todos en la cubierta del hangar estaban mirando. Los dos oficiales desviaron su mirada de ella al capitán y viceversa.

«Ella tiene razón en una cosa», dijo finalmente Brok. «No sigue bien las órdenes».

«Totalmente de acuerdo», murmuró Serge en voz baja.

La boca de Maddie se abrió, aunque no pudo evitar reírse. «Traidores. ¿Este es el agradecimiento que recibo por negarme a dejarlos atrás?».

«Al menos la Novia Tributo ha vuelto sana y salva a manos drexianas», dijo Kalex. «El Alto Mando lo agradecerá. Ojalá lo suficientemente agradecidos como para pasar por alto nuestras indiscreciones diplomáticas».

Maddie levantó un dedo. «Sobre eso de la Novia Tributo. No participaré».

Serge respiró hondo. «¿Después de todo esto? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?». Se tambaleó hacia Vekron, quien lo atrapó, medio desmayado. «Este día va de mal en peor».

«¿Deseas rechazar una unión drexiana?», Kalex se mordió el labio y se formó una arruga entre sus ojos. «Ese es tu derecho, pero aún así debemos llevarte a La Nave».

«No quiero rechazar un emparejamiento drexiano». Se volvió hacia Brok. «Solo quiero elegir a quién quiero».

Él la miró a los ojos y ladeó la cabeza hacia ella.

«Y quiero a su capitán».

Si antes había pensado que la cubierta del hangar había estado en silencio, entonces ahora realmente quedaba en silencio. Ni siquiera podía oír la respiración mientras miraba los penetrantes ojos azules de Brok.

No movió un músculo. «¿Estás segura, Madeleine? Pensaba que...».

«Lo sé. Antes fui una estúpida. Y estaba asustada. Pero la idea de perderte era peor que cualquier otra cosa», le dijo. «¿No sabes que me he enamorado de ti, drexiano mandón?». Ella vio cómo sus pupilas se oscurecían. «Nunca he estado más segura de nada ni de nadie. ¿Ahora me vas a besar o qué?».

Se acercó a ella de un solo paso y la tomó entre sus brazos. «Me vuelves loco»,

«Admítelo. Amas que te vuelva loco».

Él sonrió maliciosamente antes de aplastar su boca contra la de ella. Sintió la sacudida hasta los dedos de los pies cuando él la levantó del suelo y ella le rodeó la cintura con las piernas. Una mano fue a su cintura, luego se enredó en su cabello mojado y finalmente ahuecó su rostro.

Cuando por fin él se separó de ella, pudo sentir todos los ojos clavados en ellos. Serge se había enderezado y sonreía con satisfacción, mientras los oficiales quedaban boquiabiertos.

Serge se frotó las manos. «Parece que, después de todo, puedo planificar una boda».

Maddie puso los ojos en blanco mientras sus mejillas se sonrojaban. «¿Quién dice que nos vamos a casar?».

«Yo lo digo». La voz de Brok era un ronroneo oscuro mientras la miraba fijamente. «Quiero una ceremonia de vinculación, para que todos sepan que eres mi Pareja, incluida tú».

Un escalofrío la recorrió y le dedicó una sonrisa maliciosa. «Tan mandón».

EPÍLOGO

Brok miró la pantalla de visualización de la nave de guerra de la Fuerza Infernal. «Informe». «Hemos despejado La Nave». Uno de sus oficiales se giró en su puesto junto a la consola. «Estableciendo un rumbo hacia las periferias».

«Bien», Brok examinó a la tripulación del puente de la Fuerza Infernal y exhaló. Le encantaba volver a patrullar el espacio en busca de incursiones de los kronock, y sospechaba que ellos sentían lo mismo.

No es que su estancia en La Nave hubiera sido mala. Muchos de sus guerreros habían disfrutado del entorno fabricado de la elegante estación espacial, probando las réplicas de cafeterías y cafés humanos e incluso pasando tiempo en las holocubiertas de oficiales. Habían quedado encantados al ver tantas hembras humanas, y él era consciente de que varios miembros de su tripulación habían añadido su nombre a la lista de espera de Novias Tributo.

Se pasó una mano por el cabello, con la mirada fija en la negra extensión del espacio mientras se alejaban de la estación espacial, inclinándose bruscamente para volar alrededor de ella. Los drexianos habían hecho un trabajo impresionante reparando la estación después del ataque de los kronock, y había escasas señales de que alguna vez hubiera sido dañada. La estructura era toda de vidrio y curvas diseñadas para parecerse a una doble hélice gigante, y casi brillaba en contraste con la superficie verde de la luna de Saturno detrás de ella. Por muy hermosa que fuera, no se la perdería. Su nave de guerra de la Fuerza Infernal era su hogar, y siempre lo sería, especialmente ahora que Madeleine estaba a bordo con él.

Habían sido necesarias varias reuniones y una intensa comparecencia ante el Alto Mando para convencerlos de que permitieran que una humana, y una exnovia tributo, viviera a bordo de una nave de guerra de la Fuerza Infernal. Finalmente fue el Alto Comandante Dorn quien convenció a los miembros mayores de que no debían separarlos. La única disposición era que tuvieran una ceremonia de vinculación, un requisito que complació tanto a él como a Serge.

Brok pensó en Madeleine con su vestido de novia mientras caminaba por el pasillo hacia él, con Serge sirviendo con orgullo como del “Gatazoide de Honor” y sosteniendo su ramo mientras sollozaba durante la ceremonia. No creía haber visto nada más hermoso que ella ese día, y nunca había sido tan feliz como cuando ella aceptó ser su Pareja de por vida. La recepción de la boda había sido un recuerdo borroso, planificada con prácticamente carta blanca por un encantado Serge, pero sí recordaba los fuegos artificiales que se dispararon justo antes de que él y Madeleine se escabulleran a la suite de luna de miel de fantasía.

Aunque su Pareja lo había amenazado con solicitar una de las suites sobre el agua para poder obligarlo a aprender a nadar, le emocionó descubrir que su suite estaba ubicada en algo llamado la sabana africana. Cuando no estaba en la cama con Madeleine, quedaba cautivado por los animales que deambulaban fuera de su terraza. Los tres días en la suite habían sido tan confusos como la boda, pero sabía que nunca olvidaría lo feliz que había sido.

«¿Señor?», la voz de Kalex lo sacó de sus divagaciones mentales.

Parpadeó un par de veces hacia su primer oficial. *Grek*. No tenía idea de lo que le había preguntado el guerrero. «¿Repíte?».

La boca de Kalex se arqueó ligeramente hacia un lado. «Pregunté si le gustaría cambiar a potencia de impulso».

«Sí», Brok se aclaró la voz. «Activen los propulsores».

«Capitán», Vekron se giró desde su puesto en la consola de seguridad. «Sugiero que saltemos a nuestro destino final».

Brok inclinó la cabeza hacia el guerrero. «Usted sabe mejor que nadie que esto agotará nuestra energía y debilitará la potencia de fuego de nuestras armas».

Vekron sonrió. «Ya no, no lo hará. Me concentré en la tecnología y se me ocurrió una modificación que debería mantener estables los niveles de potencia».

Brok le dedicó al guerrero una amplia sonrisa. «Entonces, al máximo».

«Preparando el salto», dijo Kalex, iniciando la cuenta regresiva. «Ah, y ¿capitán? Se solicita su presencia en el área médica».

Algunos guerreros le lanzaron sonrisas rápidas y cómplices, pero él los ignoró. «¿Una emergencia?».

Kalex negó con la cabeza. «No, señor. Aparentemente, es el único drexiano que no ha obtenido la autorización médica para nuestra nueva misión».

Brok sacudió la cabeza, pero giró sobre sus talones y le dio una última mirada a Kalex. «Bien. Encárgate del puente».

Dio grandes zancadas desde el puente y recorrió los pasillos poco iluminados, sus botas resonaron en los pisos de acero. Lo último que necesitaba era una evaluación médica, especialmente porque le habían hecho un examen completo cuando estaba en La Nave, cortesía de una IA bastante sarcástica. Pero su nuevo oficial médico había insistido en que todos los miembros de la tripulación de la Fuerza Infernal fueran autorizados a trabajar».

«Por eso tardé tanto tiempo en sustituir al último médico», se quejó para sí. Los médicos eran demasiado cautelosos con sus pacientes, y éste no era la excepción.

Agitando una mano sobre un panel fuera de un conjunto de puertas dobles, entró pisando fuerte en la bahía médica. «¿Qué es eso de que necesito autorización médica?».

«Pensé que eso llamaría tu atención». Madeleine sonrió mientras se acercaba a él con una bata de laboratorio blanca abotonada.

Él gruñó al ver que tenía las piernas y los pies descalzos. «No es necesario que me solicites para un examen para llamar mi atención».

«¿No?». Ella puso una mano sobre su pecho cuando lo alcanzó. «Has estado bastante ocupado desde que subimos a la nave».

Él se estremeció. Lo habían distraído los preparativos para su despliegue en las afueras. «Pido disculpas». Él la miró fijamente y su corazón latía más rápido. «¿Te he descuidado, Pareja?».

Ella se encogió de hombros y pasó los dedos por su pecho. «Está bien. He estado ocupada aprendiendo toda la tecnología médica drexiana y reorganizando la enfermería para poder encontrar cosas».

«Serás increíble». Le rodeó la cintura con un brazo.

«Solo espero no decepcionar al tipo que me consiguió el trabajo. Es un poco duro».

Una risa baja escapó de sus labios. «Ah, ¿en serio?».

Ella asintió, sonriéndole, sus ojos brillaban con calor mientras se desabrochaba los botones superiores de su bata de laboratorio y él vio que estaba completamente desnuda debajo.

El pene de Brok se puso rígido y él la hizo retroceder hasta que chocó contra la mesa de examen. «Si crees que mi trasero es duro...».

Ella jadeó cuando él presionó su enorme pene contra ella y sus ojos se abrieron muy grandes. «Es bueno que haya venido aquí, capitán. Estoy detectando una frecuencia cardíaca elevada».

«¿Ya mencioné que me vuelves loco? ¿O cuánto amo que me vuelvas loco?». Le abrió con rudeza la bata de laboratorio, los botones se esparcieron por el suelo y la levantó sobre la mesa.

Ella gimió mientras él pasaba las manos por su cuerpo desnudo y luego le abría las piernas. «Últimamente no, capitán».

Bajándose los pantalones, él gimió cuando ella tomó su miembro con una mano y lo miró, lamiendo su labio inferior seductoramente.

Él apretó la presión sobre su trasero. «¿Crees que mi frecuencia cardíaca está elevada ahora...?».

OTRAS OBRAS DE TANA STONE

Novias tributo para los guerreros drexianos

DOMADA

ROBADA

DESPROTEGIDA

RESCATADA

PROHIBIDA

ATADA

CASCABELES

ANHELADA

TOMADA

MARCADO

ACERCA DEL AUTOR

Tana Stone es una autora de novelas románticas de ciencia ficción que ama a los alienígenas sexys y a las heroínas independientes. Su superhéroe favorito es Thor (siendo Aquaman el segundo porque, bueno, Jason Momoa), su postre favorito es la tarta de limón (bueno, está bien, toda la tarta), y adora Star Wars y Star Trek, por igual. Todavía lamenta la pérdida de la serie *Firefly*.

Tiene un esposo, dos hijos adolescentes, dos perros y tres neuróticos gatos. A veces desea poder teletransportarse a una estación espacial holográfica como la de su serie “Novias Tributo” (o tal vez vacacionar en el oasis con los bárbaros del planeta de arena). :-)

¡Le encanta saber de los lectores! Envíale cualquier pregunta o comentario por correo electrónico a: tana@tanastone.com

¿Quieres pasar el rato con Tana en su grupo privado de Facebook? Únete a toda la diversión en: <https://www.facebook.com/groups/tanastonestributes/>



Copyright © 2024 por Broadmoor Books

Diseño de portada por Croco Designs

Traducción por Elizabeth Garay. garayliz@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con eventos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.